

Jule McBride

Una
investigación
ardiente

A45

e^{lit}

elit

UNA INVESTIGACIÓN ARDIENTE

JULE McBRIDE



 HARLEQUIN™

Índice

UNA INVESTIGACIÓN ARDIENTE

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Capítulo 4

El agente del FBI Oliver Vargo decidió consultar los expedientes de sexo para hacerse una idea de cómo sería la mujer más sexy del mundo. Lo que no esperaba era encontrarse con un ejemplo viviente. La bella Peggy Fox lo intrigaba... Y sobre todo, lo excitaba demasiado. ¿Quién era esa misteriosa mujer que parecía tan empeñada en seducirlo?

Peggy necesitaba a toda costa la ayuda de Oliver, pero aquella voz y aquel cuerpo tan sexy la habían pillado por sorpresa. La noche que habían pasado juntos era algo que jamás olvidaría... Y que le encantaría repetir. Pero no podía permitir que él supiera todos sus secretos.

Aquella mujer desapareció tan repentinamente como había aparecido, y ahora él debía encontrarla...

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Julianne Randolph Moore

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica,
S.A.

Una investigación ardiente, n.º 197 - julio 2018

Título original: The Sex Files

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-853-6

Capítulo 1

—**V**amos, Kate... —dijo Oliver Vargo al adelantarse en la silla blanca—. No puedo aceptar el mérito de aportar el conocimiento psicológico a la ejecución de la ley. En realidad, no se trata de nada nuevo.

—Por favor, no sea modesto, señor Vargo —replicó Kate Olsen, la entrevistadora pelirroja del programa *Vidas Brillantes* de la NBC y presentadora de las noticias de la noche—. Los perfiles psicológicos que ha producido para el FBI han conducido al arresto de innumerables delincuentes, incluidos muchos que con anterioridad habían cometido crímenes hasta entonces considerados irresolubles.

—Analizar al malvado es tan antiguo como el crimen mismo —respondió agradablemente.

—Sin embargo, algunos expertos menosprecian la creación de perfiles criminales, aduciendo que no es una ciencia exacta —antes de que pudiera responder, Kate se volvió hacia la cámara para comenzar una transición lenta hacia la publicidad—. Para aquellos que sintonicen ahora, nuestro invitado de hoy es el agente del FBI, Oliver Vargo, cuyo primer libro, *Cómo Piensa El Mal*, fue uno de los éxitos de ventas más prolongados en la sección de Ensayo de la lista del New York Times —alzó una edición en tapa dura de la mesita que tenía delante para sostenerlo ante la cámara—. Su último libro, *Capturar Criminales A La Antigua Usanza*, promete lograr un éxito similar. Dentro de un momento tendremos que realizar una pausa comercial —continuó, centrándose en Oliver—, pero antes de ello, ¿qué puede decirnos de su fascinante libro?

Él esbozó una sonrisa irónica.

—¿En diez o menos palabras? —bromeó.

—No se preocupe —animó Kate con una sonrisa—. Dispondremos de más tiempo después del corte publicitario.

—Mi libro defiende el trazado de perfiles criminales —respondió Oliver, poniéndose serio—. Algo que como usted bien ha señalado, Kate, ha sido menospreciado por muchos como una ocupación absurda.

—¿Aun cuando los métodos demuestran tener éxito?

—Sí —continuó con voz profunda—. Los detractores arguyen que realizar perfiles es un método nuevo para solventar crímenes, aunque en realidad es más riguroso que las pruebas científicas que con tanta facilidad aceptamos, como las huellas dactilares, el análisis del cabello o de fibras...

—Fascinante —murmuró Kate con ojos encendidos—. En beneficio de aquellos que acaben de incorporarse al programa, ¿qué es exactamente el trazado de un perfil?

—El modo de solventar crímenes a la antigua usanza —explicó.

—¿Y qué hace falta para convertirse en un especialista en dicho campo?

—Muchos estudios —bromeó—. Los expertos poseen titulaciones en la aplicación de la ley y en psicología. Algunos, como yo, continuamos para sacar diplomas de postgrado. Técnicamente, yo soy un psicólogo licenciado.

—Vaya —comentó ella.

—Sí —convino Oliver—, es estimulante. Cuando realizamos perfiles, jugamos a ser detectives de salón, como solía hacer Sherlock Holmes. Lentamente recorremos el escenario de un crimen, fingiendo ser el criminal, para meternos en su mente...

Con cada palabra, Oliver proyectaba más intensidad; las cejas fruncidas acentuaban una frente alta, desde la cual un pelo negro y ondulado caía hacia atrás.

—Intentamos pensar, ver y sentir como el criminal.

Por primera vez en los tres años que llevaba emitiéndose *Vidas Brillantes*, Kate daba la impresión de no haber oído ni una palabra pronunciada por su entrevistado. Parecía hipnotizada por el rostro de Oliver.

Él parpadeó, como si hablar del trabajo lo hubiera transportado a un planeta alienígena del que en ese momento regresara.

—¿Sí?

—Sabemos que trata con el lado más oscuro de la naturaleza humana, señor Vargo, pero ¿qué me dice del más luminoso?

—¿El lado más luminoso? —pareció inseguro.

Ella sonrió con expresión indulgente.

—Sí, el más luminoso. ¿Qué hace para divertirse? —al dar la impresión de que aún parecía un poco desconcertado, continuó—: De acuerdo con su biografía, está soltero y reside en Quantico, Virginia, cerca del cuartel general del FBI.

—Cierto, pero este año he viajado, Kate, y durante las siguientes seis semanas, estaré destinado aquí, en Nueva York. Desde el Día de Acción de Gracias hasta la Navidad.

—A pesar de todo el trabajo que realiza, ¿piensa tomarse unos días libres para estas fiestas?

—Claro. Aunque mis padres pasarán la Navidad fuera del país y mi hermana se va de vacaciones con una amiga. Supongo que... —pareció perplejo.

—¿Quiere decir que no hay nadie especial?

Durante la pausa que siguió, la rubia alta que miraba el programa cambió de postura. Hizo una mueca de incomodidad por el tanga que llevaba. Al acomodarse contra el cabecero forrado de satén de la cama enorme del Plaza Hotel, gimió cuando los movimientos hicieron que sus pechos se salieran del pronunciado escote, y luego sintió que las lágrimas le aguijoneaban los ojos. Deseó poder llorar, pero no lo hacía desde...

Desterró el pensamiento. Tenía una mano sobre el mando a

distancia y la otra sobre la tapa del último libro de Oliver Vargo.

—Vamos —susurró, al tiempo que movía la cabeza para apartar un mechón de su pelo color miel que caía sobre uno de sus ojos castaños, oscureciéndole la visión—. ¿Hay alguien especial?

Si Oliver tenía una amante, podría interferir con sus planes de ponerse en contacto con él.

Kate Olsen volvió a girar hacia la cámara.

—Lo siento, pero tendremos que esperar hasta después de la publicidad para conocer la respuesta. Así que no se vayan. Cuando volvamos, el agente y escritor Oliver Vargo nos contará si su vida privada es tan aventurera como su vida profesional.

La espectadora bajó la vista y miró su fotografía.

—Lo reconocería a un millón de kilómetros —murmuró y contuvo el aliento.

Después de todo, hacía tiempo que era una admiradora de su trabajo, y toda la tarde lo había estado siguiendo por Manhattan, preguntándose cuál sería la mejor manera de abordarlo.

Deseó poder llorar, pero aún seguía conmocionada. El día anterior una bala casi le había quitado la vida, y en ese momento necesitaba desesperadamente la ayuda de Oliver Vargo. Ya había tenido un día duro cuando a última hora de la tarde había ido a la casa de su novio, para encontrarlo con otra mujer en la cama, una mujer a la que había reconocido de un cartel que proclamaba que se la buscaba como ladrona de bancos.

A pesar de lo increíbles que parecían los acontecimientos, eran verdaderos. El nombre de la mujer era Susan Jones. Y peor aún, el hombre en cuestión, Miles McLaughlin, su novio, era un agente del FBI.

En cuanto entró en el dormitorio, Susan Jones se había apartado de Miles, sacado el revólver de él de la mesilla de noche y apuntado a su corazón. Ella se había quedado paralizada, de pie como un ciervo atrapado por los focos de un vehículo, preguntándose qué hacía su

novio con esa mujer. La conmoción, la traición y el terror la habían invadido al oír la voz de Susan al volverse hacia Mike y preguntarle: «¿Qué hace ella aquí?»

Entonces la bala había estallado, astillando la madera del marco de la puerta cerca de su cabeza. Aterrada, había girado para correr primero por el pasillo y luego por las escaleras. Se hallaba ante la puerta de la planta baja cuando oyó un segundo disparo. No había mirado atrás. Con el corazón desbocado, había seguido a la carrera. Y desde entonces no había parado de huir.

Se había sentido tan conmocionada y asustada, que había transcurrido una hora antes de asimilar por completo lo visto. Ya resultaba asombroso encontrar a un agente del FBI en la cama con una ladrona de bancos. Devastador, si se tenía en cuenta que había sido su prometido. Pero al calmarse, había recordado la maleta abierta que había visto bajo la cama. A rebosar de dinero, sin duda del atraco por el que se la buscaba. ¿Estaría su prometido, ex prometido, involucrado en los delitos de esa mujer?

Con un escalofrío, en ese momento pensó que odiaba a los hombres. Sí, esa traición era la gota que colmaba el vaso. Era cierto que quien había intentado matarla había sido una mujer. Pero, en última instancia, el responsable de lo sucedido era un hombre... E iba a hacer que pagara. Asimismo, Oliver Vargo era el hombre perfecto al que adjudicarle el papel de ángel vengador.

A pesar de su terror, cada vez que miraba a Oliver Vargo, algo en su interior se derretía y la impulsaba a recapacitar sobre su venganza jurada sobre los hombres en general. Volvió a temblar. De no ser por su profesión, nada de eso habría sucedido. ¿Acaso su madre no se había espantado, diciendo que se ganaba la vida de una forma muy peligrosa? Pero ¿quién habría podido prever que mientras trabajaba iba a encontrarse con un agente del FBI corrupto?

—Tengo que localizar un sitio seguro en el que esconderme cuando deje la habitación —musitó.

¿Dónde? Pasarían horas hasta que Oliver Vargo saliera de trabajar y pudiera solicitar su ayuda. No disponía de tiempo para vestirse y alcanzarlo al abandonar el estudio de televisión. No estaba segura de confiar en él, pero necesitaba ayuda de alguien inteligente dentro del FBI que supiera usar un arma y no le importara proteger a una mujer. Oliver parecía honesto, aunque las apariencias podían engañar. No obstante, como conocía su trabajo, y porque Miles era un agente, se sentía más segura recurriendo a él antes que a la policía...

Según los datos que figuraban en la contraportada del libro, estaba soltero y vivía solo, tal como había dicho Kate Olsen, pero la foto lo mostraba tendido en una hamaca delante de un hogar familiar. Leía un libro.

—¡Ya estamos de vuelta de la publicidad! —interrumpió la voz de Kate Olsen—. Nos encontramos con el agente del FBI, Oliver Vargo, autor de *Cómo Piensa El Mal* y *Capturar Criminales A La Antigua Usanza*. Bueno, Oliver... —prosiguió—. Sabemos que ha estado recorriendo el país para entrenar a otros agentes del FBI en la tarea de trazar perfiles de criminales, a la vez que promocionaba su libro. Pero ¿por qué ha venido a Nueva York?

—Para ayudar en los últimos toques de un nuevo software del departamento —explicó.

—¿Podría contarnos más?

—Claro. Nuestro nuevo software se llama *Combinación Rápida*. Como ya he mencionado, los que trazamos perfiles reunimos hechos sobre posibles sospechosos, imaginando cómo piensa y siente el criminal. Ahora bien, con *Combinación Rápida* el FBI podrá introducir la información en los ordenadores y generar fotos de sospechosos.

—¿Fotos?

—Muy parecidas a las fotos de verdad —asintió—. Sabremos el aspecto que podría tener ese criminal. A medida que trabajamos, deducimos hechos sobre el sospechoso... Cosas como el género o la raza. Altura y peso. Color de pelo y ojos. Al introducir esos datos en

Combinación Rápida, el ordenador generará una foto.

—¿Como el retrato trazado por los dibujantes de la policía?

—Exacto, Kate. Salvo que esto es más sofisticado. La imagen es más precisa y con calidad fotográfica.

—Sorprendente —musitó Kate, como cautivada—. ¿De verdad cree que la fotografía de un sospechoso, una generada por la introducción de datos sobre un delito, podría ser idéntica a la del verdadero criminal cuando lo capturen?

—Sí. Absolutamente. Nuestras imágenes generadas por ordenador se parecerán a los delincuentes cuando los arrestemos. Suena asombroso, pero las nuevas tecnologías no paran de desarrollarse.

Kate frunció el ceño.

—Pero ¿cómo encaja la utilización de la tecnología punta en la captura de los criminales a la antigua usanza?

Oliver rió entre dientes, como concediéndole un punto.

—No encaja, Kate. Yo soy de la vieja escuela. Y he venido a Nueva York para desempeñar el papel de abogado del diablo con el equipo creador de *Combinación Rápida*. Mi trabajo consiste en señalar todos los puntos que la tecnología pase por alto.

—¿Y entonces?

—Me vuelvo a Quantico, a casa —sonó aliviado.

—¿Donde su vida personal es tan fascinante como su vida profesional?

Oliver movió la cabeza.

—Créame —bromeó—, me vale con el estímulo que recibo en el trabajo. Es la vida de mi hermana menor, Anna, la que echa humo. Vive aquí en Nueva York y trabaja como estadística para... —hizo una pausa teatral—. *Los Expedientes Del Sexo*.

—¿*Los Expedientes Del Sexo*? —murmuró la telespectadora.

—El informe anual de las divertidas estadísticas sobre el comportamiento erótico de los estadounidenses estaba siendo

anunciado por todo Manhattan, en los autobuses y en las estaciones del metro.

—¿Puede ofrecerle a nuestra audiencia un adelanto? —instó Kate.

—Es alto secreto. Sólo puedo decir que son los mejores expedientes de sexo que se han publicado hasta ahora, y no debería olvidarse de comprar su ejemplar.

Al ver como alababa el trabajo de su hermana en vez del propio, la telespectadora se emocionó.

—Tiene valores familiares —susurró—. Una buena señal —quizá lo obsesionara el trabajo, pero daba la impresión de poseer integridad.

—Bueno —concluyó Kate—, la próxima vez que venga a este programa, quiero que nos haga un gran favor.

—Lo que quiera, Kate.

La presentadora sonrió.

—Quiero que extraiga las estadísticas de *Los Expedientes Del Sexo*, todos los hechos acerca de las conductas más eróticas de Estados Unidos, y pase la información por el nuevo software del FBI, *Combinación Rápida*.

Oliver rió entre dientes.

—Comprendo. Quiere que genere fotografías que muestren el aspecto que tendrían el hombre y la mujer más sexys... Si es que existen —antes de que ella pudiera responder, continuó—: Encantado, Kate, pero antes de despedirnos de nuestro público, me gustaría añadir que por lo general encuentro a las mujeres igual que resuelvo los crímenes.

Cuando Oliver Vargo miró a la cámara, la mujer rubia volvió a temblar, y por primera vez desde la noche anterior, no fue por miedo, sino por la mirada oscura y penetrante de ese hombre. Sintió un nudo en el estómago y el cuerpo le hormigueó.

—Me gustaría ver el efecto que tienes sobre las mujeres en la vida

real... —murmuró.

Durante un segundo, dio rienda suelta a sus sensaciones y olvidó sus problemas. Nadie había intentado matarla. Podía ir a casa y al trabajo, usar sus tarjetas de crédito y del banco. También llevaba puesta ropa de su medida. Ropa que imaginaba que Oliver Vargo le quitaba...

—Encuentro mujeres del mismo modo que resuelvo los crímenes... —repitió él, antes de añadir—: A la antigua usanza.

Ella movió la cabeza para aclararse los pensamientos. No cabía duda de que cualquier acto sexual con ese hombre sería estupendo, pero en ese momento tenía otras necesidades. Aunque no confiara plenamente en él, iba a tener que solicitarle ayuda.

—Vamos, Gran Hermano —suplicó Anna Vargo al día siguiente al mediodía, mientras se sentaba en el escritorio de Oliver y sacaba dos sandwiches de una bolsa de papel—. ¡La idea de Kate Olsen fue inspirada! Lo único que quiero es que introduzcas las estadísticas de *Los Expedientes Del Sexo* en tu software especial.

Oliver gimió con la vista fija en el monitor, que listaba a los criminales más buscados del país.

—Estoy trabajando.

—Vamos —instó impasible—. Te he traído uno de jamón y queso Gouda, de pan integral y con mostaza —movió el sandwich delante de él—. Tu favorito. Además, si no me ayudas, llamaré a mamá y a papá.

—Están en Utah. Y no olvides que el soborno es ilegal —replicó, aceptando el sandwich—. Parece que olvidas que hablas con un agente del FBI.

—Claro. Pero al que he visto con pantuflas.

Mientras él le daba un bocado al sandwich, ella le sonrió con dientes igual de blancos y rectos que los de su hermano. También tenía el pelo negro y ondulado, aunque vestía con más elegancia, con

unas gafas negras de montura gruesa, una cazadora negra de piel y unos vaqueros negros. Oliver llevaba unos pantalones de pana gruesa y una camisa blanca.

—No tengo pantuflas, Anna.

—Hablaba metafóricamente —dio un bocado a su propio sandwich y lo ayudó a bajar con un sorbo de café—. Ese es el problema con los agentes de la ley —reprendió—. Carecéis de imaginación. Sois demasiado literales. Vamos, Ollie, sólo te llevará un minuto —se terminó la primera mitad del almuerzo—. Todo el mundo en la oficina quiere saber qué aspecto tiene el hombre más erótico de Estados Unidos. Y tú eres el único que nos lo puede mostrar.

Con una sonrisa, él abrió los brazos.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Oh, por favor! —sacó un CD del bolsillo de la cazadora—. Toma. Introduce esto en el CD Rom.

Le costaba negarle algo a Anna. Era la única mujer en el mundo que podía llamarlo Ollie.

—¿Son los nuevos expedientes de sexo? —preguntó mientras seguía comiendo—. ¿Sabes? Vas a conseguir que me despidan.

—No —sonrió—. Eres demasiado bueno en tu trabajo.

—El orgullo antecede a la caída.

—¡Oh, no te pongas puritano! —gimió—. Por las chispas que volaban en *Vidas Brillantes*, imaginaba, junto con todo el mundo, cómo habríais terminado la velada Kate Olsen y tú después del programa.

—No lo hicimos —repuso.

No era que Kate Olsen no lo hubiera intentado. Había entrado en su camerino sin llamar, y al descubrir que sólo se estaba cambiando la camisa y no los pantalones, se mostró desilusionada.

Y Oliver no sabía por qué no había aceptado la invitación de la presentadora. Pero desde que había terminado la construcción de su

casa soñada cerca de Quantico, las mujeres no habían tenido la misma atracción. Suponía que se debía a que empezaba a buscar algo más que sexo. Alguien que lo intrigara lo suficiente como para compartir la vida con ella. O quizá sólo había estado demasiado cansado.

Entre las conferencias de trabajo, los viajes a escenarios de crímenes no resueltos por todo el país, y la promoción de su nuevo libro, en los últimos veinticinco días había estado en cincuenta ciudades. Y el ruido de Nueva York hacía que le costara dormir.

Por lo menos Anna se marchaba al día siguiente.

Quería a su hermana y lamentaba que apenas pudieran verse durante su estancia, pero ella lo visitaba en Quantico los fines de semana. Por desgracia, su presencia en Nueva York había coincidido con unas vacaciones que ella había planeado con Vic, fotógrafo de *Los Expedientes Del Sexo* y novio de ella. En cuanto se marcharan a las Islas Vírgenes, Oliver podría trasladarse del hotel al pequeño pero silencioso apartamento que tenían en el West Village.

Miró alrededor de su despacho, y decidió que lo único peor que los hoteles era el nuevo FBI sin papeles.

Como cualquier otra empresa grande, el FBI había llegado a la conclusión de que las copias físicas ocupaban demasiado espacio. Los datos se empezaban a transferir a ordenadores y luego se destruían. El problema radicaba en que había un margen de error grande al depender de la información electrónica. Por ejemplo, cuando el billete electrónico que había encargado de Los Ángeles a Nueva York no apareció en el mostrador del aeropuerto, tuvo que comprar otro billete que le costó a la agencia, y en última instancia al contribuyente, el doble del precio inicial.

—¿Sigues aquí, Oliver? —antes de que pudiera responder, su hermana añadió—: Sabes que sólo trabajo y nada de juego te vuelve aburrido, ¿no? —con la cabeza indicó a un hombre rubio enfundado en un traje caro que avanzaba entre los cubículos. Una marca de

nacimiento le manchaba la mejilla izquierda—. Es Miles McLaughlin, ¿cierto? Se parece a Don Johnson en *Corrupción en Miami* —hizo una pausa—. Y tienes razón. También parece un imbécil.

Oliver observó al jefe del Departamento de Información de Sistemas, padre del proyecto de un FBI sin papeles y creador del software *Combinación Rápida*.

—¿Qué te lo ha indicado? ¿Que lleva gafas de sol dentro del edificio?

Anna rió y observó a un hombre negro y de complexión ancha, con la cabeza afeitada e igual de peripuesto que Miles.

—Sí. Su compañero parece un Bruce Willis afroamericano.

—Kevin Hall —era la otra mitad del equipo de *Combinación Rápida*—. En su honor, mi siguiente libro lo llamaré *Desaparición De Pruebas*. O tal vez *FBI Virtual*...

—¿Por qué no *FBI.com*?

—Inteligente.

—Suenas cínico. Creía que respaldabas en todo al FBI.

Públicamente eso había hecho, pero por cada criminal atrapado gracias a los métodos nuevos, otros vagaban libres, y en lo que a él concernía, destruir los registros físicos era una locura.

—Deberías ver lo que sucede abajo.

—¿Tan mal está?

El sótano era un caos. En la primera planta, los ficheros estaban siendo escaneados y guardados en una base de datos central. Arriba, Miles y Kevin mantenían reuniones y anunciaban que en la nueva economía global, las pruebas iban a volverse superfluas.

—Probablemente J. Edgar Hoover se está revolviendo en su tumba —musitó Oliver, consternado.

—Hermano —Anna movió la cabeza—, se te ve sombrío. Creo que Kate Olsen dio en el clavo —riendo y con ojos chispeantes, repitió sus palabras—: «*Sabemos que trata con el lado más oscuro de la naturaleza humana, señor Vargo, pero ¿qué me dice del más luminoso?*» —

guardó silencio un momento y luego se mofó de él—: ¿Lado más luminoso? ¿Divertido? ¿Qué es eso?

Oliver no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Lo que me recuerda algo —prosiguió ella—. Mientras esté en las Islas Vírgenes, prométeme que conocerás a gente. Te dejo números de teléfono de todas las amigas que se quedaron prendadas de ti al verte en la tele. Todas te desean de la más lujuriosa de las maneras.

—De modo que fuiste tú quien guardó todos esos preservativos en mi cartera.

—¿Quién creías que había sido? ¿El hada de los preservativos? —rió entre dientes—. Pareces tenso y extenuado, y necesitado de unas vacaciones. Como fue hace tanto tiempo que ya lo debes haber olvidado, el sexo es lo más parecido a unas vacaciones cuando no tienes tiempo de salir de la ciudad.

—No fue hace tanto.

Anna le clavó una mirada penetrante.

—¿Lo hiciste con Kate Olsen?

—No es asunto tuyo.

—Lo suponía —respondió ella—. Diviértete en mi ausencia. Trabajas todo el tiempo, Ollie.

Igual que ella. Y eran afortunados de que les gustaran sus trabajos. El novio de Anna, Vic, era igual de apasionado y podía estar hablando horas sobre las distintas maneras que tenían los fotógrafos de manipular imágenes. A Kate Olsen también le gustaba el trabajo que realizaba, y era una pena que no le hubiera hecho oír campanas. La verdad era que últimamente había rechazado a la mayoría de las mujeres. Era como si en lo más hondo, hubiera trazado una imagen de lo que realmente buscaba y en ese momento sólo esperara que su mujer soñada se materializara.

—He cambiado de idea —anunció Anna, sacándolo de sus reflexiones al tiempo que introducía el CD de *Los Expedientes Del Sexo*

en el CD Rom del ordenador de su hermano—. Primero obtendremos la foto de la mujer más sexy. Eso te pondrá en marcha, así estarás dispuesto a llamar a todas mis amigas, que se mueren por conocerte.

Desde luego, era más interesante que conseguir una impresión del hombre más sexy.

—Estoy trabajando en la lista de los criminales más buscados.

Anna se inclinó y movió el ratón.

—Podemos mantener ese programa abierto —le aseguró—. Lo minimizaremos y trabajaremos en otra ventana.

La observó mientras apretaba el botón de Ejecutar.

Esperaron.

Y entonces la pantalla se llenó de texto. Anna gimió decepcionada.

—Creía que habías dicho que obtendríamos una foto.

—Lo haremos cuando bajés.

—¡Oh! Pero esto va bien —leyó—: «La mujer más sexy de América debería llamarse Cámeron» —anunció.

—Y según esto, debe ser alta —añadió Oliver—. Un metro setenta y ocho.

—Sus medidas son noventa y cinco, sesenta, noventa y cinco —continuó ella—. Y le encanta ponerse ropa sexy.

—Parece un tópico andante.

No obstante, mientras seguía leyendo, no pudo negar el tirón de la excitación. Intentó contener la contracción que sintió por debajo del cinturón, pero se incrementó al leer que Cámeron jamás se ponía braguitas debajo de los pantalones de licra y los vestidos ceñidos.

Cuando tiene que vestirse, a Cámeron le gusta salir y disfrutar de aventuras picantes. Le encanta especialmente el estímulo de viajar por el mundo y de conocer a nuevos compañeros. También le gusta un toque de peligro. Su afición predilecta es la exploración de afrodisíacos caprichosos, y lo prueba todo, desde la pintura corporal hasta la ropa interior comestible. Cámeron haría absolutamente todo

por complacer a su hombre.

Oliver quedó sorprendido por la facilidad con la que se adentraba en la fantasía. Se enorgullecía de no ser sexista y de que una mujer le gustara por su mente, aunque también disfrutaba plenamente del resto.

—Desde luego, si yo fuera mujer —comentó, mesándose el pelo—, odiaría este tipo de cosas.

—Pero eres un hombre —rió Anna.

Y como tal, debía reconocer que esa mujer de fantasía le resultaba atractiva.

—Entendido.

—Ahí hay un vínculo —apretó el botón del ratón y la pantalla se llenó con la imagen de la mujer más sexy de América—. De modo que este es el aspecto que tendría Cámeron si fuera real.

Oliver sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo. Tenía el pelo de un rubio oscuro, de una tonalidad que la mayoría llamaría «miel». Con un aspecto tan suave como la seda, colgaba en oleadas suaves más allá de los hombros, para rizarse allí donde los extremos descansaban sobre un jersey de cachemira.

Bajó la vista a los pechos. Unos pezones levemente excitados se endurecían bajo la blusa. En contraste con lo que había sentido con Kate Olsen, imaginó que coronaba esas cimas y pasaba la lengua sobre las cumbres estimuladas y satinadas. Cuando subió la vista hacia la cara, no fue capaz de apartar los ojos. Tenía un cuello hermoso, redondeado y blanco. Y el rostro...

—Me recuerda a las estrellas de cine de los años cuarenta.

—Verónica Lake, quizá —convino Anna.

El pelo, dividido en una línea irregular, le enmarcaba la cara, ondulándose sobre unos ojos grandes y separados, lo cual le proporcionaba un aire de misterio. Miles McLaughlin no bromeaba cuando alabó la calidad fotográfica de las fotos generadas por *Combinación Rápida*. Desde luego, Cámeron parecía real. Y

extrañamente familiar.

Oliver juraría que la había visto en alguna parte, pero sin duda se debía a que era una mujer cliché: Rubia, con los ojos oscuros y un cuerpo perfecto. Mientras seguía examinándola, tuvo que recordarse que en realidad no existía.

El rostro estaba más próximo a ser redondo que ovalado; tenía los pómulos altos y sesgados. Unas cejas claras se enarcaban sobre una piel sin poros y de tonalidad rosada. Desde luego, la boca exigía un beso, con los labios rojos y brillantes entreabiertos, que revelaban la punta aterciopelada de una lengua.

—Antes de dejarte llevar, Oliver —murmuró Anna, que estudiaba su expresión—, por favor, recuerda que no es real.

Apenas la oyó.

—Volveré cuando no estés tan deslumbrado —continuó antes de plantarle un beso en la mejilla—. Sigo queriendo ver al chico más sexy. Pero ahora se me hace tarde. He de ir a comprar otro bañador para llevarme a las islas. ¿Nos vemos en la cena? Después del trabajo, Vic y yo queremos invitarte a *La Pequeña Italia*. Queremos que conozcas a una amiga. Si os caéis bien, podéis pasar juntos el Día de Acción de Gracias o la Navidad. Su familia...

—Se va fuera, igual que Vic y tú, y que mamá y papá. Vamos, deja de preocuparte por mí. Estaré bien durante las fiestas. Y conseguiré mis propias citas.

—¿Cuándo?

Se encogió de hombros y volvió a clavar la vista en la pantalla. Cuando alzó la cabeza, Anna se había ido. Instintivamente, giró la cara hacia la ventana, justo en el momento en que un relámpago surcaba el cielo e iluminaba la entrada de Grand Central Station.

El fulgor duró lo que un latido, pero el tiempo suficiente para quedarse boquiabierto. Estaba seguro de que se había vuelto loco. Pero la había visto allí de pie. Movié la cabeza con incredulidad, aunque habría jurado que acababa de ver a la misma mujer cuya

imagen llenaba la pantalla del monitor.

—Cámeron... —murmuró.

Era imposible. No era ella. No podía ser.

No, había sido un truco del relámpago y de la distancia. Además, Cámeron ni siquiera era real. Sólo se trataba de una imagen generada por ordenador que habían obtenido al cruzar *Los Expedientes Del Sexo* con *Combinación Rápida*.

Y sin embargo, habría jurado que la había visto de pie bajo un toldo, mirándolo. Era exactamente igual a la imagen, en cada detalle, alta y con un cuerpo curvilíneo, el pelo ondulado que le caía sobre un ojo. Había llevado una gabardina verde. Se le reseco la boca al acercarse a la ventana. Hombre poco dado a los vuelos de la imaginación, los labios formaron una línea sombría al bajar la vista a la calle, atravesando la lluvia y la oscuridad.

Sin embargo, cuando otro relámpago atravesó el cielo, la mujer ya no estaba.

Capítulo 2

—Sabes que haría cualquier cosa por complacer a un hombre, Oliver —murmuraba Cámeron con voz ronca unas noches después.

Adormilado, Oliver extendió las manos sobre el colchón cálido y enterró la cara en una almohada cuando ella continuó:

—Vivo para hacer feliz a un hombre. Mi pasatiempo predilecto es la exploración de afrodisíacos caprichosos. Soy el tipo de mujer que sólo vive para resplandecer, y esta noche he decidido que tú eres el hombre especial que va a ser mi pareja de cama. Mmmm... ¿No es excitante? ¿No te agrada, Oliver?

Con sólo un camisón negro de seda, Cámeron ronroneaba en su oído mientras le pasaba por el pecho una uña pintada de rojo, haciéndole cosquillas en el vello negro que partía sus pectorales musculosos. Mientras lo acercaba cada vez más al precipicio, la devoró con la mirada.

Los senos eran cremosos y se afanaban por salir del escote bajo del camisón, aunque sólo lograban marcar los pezones compactos y hacerlo gemir. El calor se acumuló en su estómago cuando agarró el bajo del camisón, que llegaba sólo hasta la unión de los muslos. Y al moverse, le permitió ver unas braguitas a juego que cubrían lo suficiente para insinuar las tentaciones ocultas que le reservaba.

—¿Disfrutas con esto, Oliver? —se humedeció un dedo con la lengua antes de continuar con la exploración de su torso de un modo que lo hizo temblar—. ¿Y qué me dices de esto, Oliver? —preguntó, empleando ambas manos para masajearle los pectorales.

—Todo es fantástico —gimió con voz ronca—. Fantástico,

Cámeron —había practicado el sexo con muchas mujeres, y de algunas se había enamorado, pero nunca había experimentado algo así.

Inhalando su fragancia, aguardó más estímulos enloquecedores a medida que bajaba las manos. La expectación hizo que se tensara; al incrementarse la presión en su entrepierna, decidió que le dejaría hacer lo que se le antojara y le suplicó en silencio misericordia cuando ella empleó el dorso de las manos para acariciarle la parte superior de los muslos.

Oliver tenía electrizado cada centímetro de su cuerpo mientras los dedos entonces extendidos de la explosiva Cámeron se acercaban al triángulo de su vello púbico. Se arqueó cuando ella cerró los dedos sobre los rizos, aunque seguía sin tocarlo donde más lo deseaba... Entonces, se detuvo y se dedicó a trazar círculos perezosos alrededor de su ombligo, como si se encontrara aburrida.

—Cámeron —advirtió él con la mente nublada por la tortura a la que lo sometía.

—¿Qué? —preguntó con inocencia.

Cerró los ojos dominado por la frustración, la tomó por el pelo y tiró con suavidad.

—Vamos, Cámeron. Deja de jugar. Tócame.

—Te estoy tocando, tonto.

—Sabes a qué me refiero.

Todo él palpitaba, desearla de esa manera dolía, y como no lo acariciara de forma más íntima, moriría por la necesidad. ¿Por qué no hacía algo más? ¿No había dicho que satisfacer a los hombres era su único motivo para vivir?

—Creía que eras la mujer más sexy de Estados Unidos —la desafió.

—Lo soy —ronroneó—. Por eso te sientes tan... —le pasó otra vez un dedo por el ombligo—. ¿Frustrado? —concluyó.

Desde luego, prefería mujeres más cerebrales. Sin embargo, cada

vez que Cámeron insistía en que su relación se centrara en el placer puro, no le dejaba más alternativa que responder. El sexo era todo lo que esa mujer quería...

Cámeron le sonreía con expresión misteriosa mientras continuaba trazando patrones sin sentido sobre su piel sensibilizada. Oliver soltó un sonido estrangulado al verla llevar la mano entre sus piernas para coronarse a sí misma.

—Di «por favor», Oliver —susurró con un mechón de pelo ondulado sobre un ojo.

—Por favor —murmuró él con voz hosca, los latidos acelerados, dispuesto a entregarse a cualquier juego que iniciara esa mujer—. Manipuladora —acusó.

—Te encanta.

Él sonrió y clavó la vista en el escote pronunciado, capaz de ver los pezones duros.

—Sí —confirmó—. Me encanta.

—¿Es todo lo que quiere un chico grande como tú, Oliver? —provocó—. ¿No preferirías sentir algo más sustancial sobre tu piel encendida y palpitante? ¿No preferirías sentir mi boca?

Mientras se retorció en la cama de agua que por lo general su hermana compartía con Vic, los ojos de Oliver permanecieron cerrados en el sueño, aunque de su cuerpo emanaba un deseo húmedo y febril. Cada vez que se retorció con el afán de poner fin a la frustración de ese sueño, el movimiento del agua templada lo excitaba más al masajearle la pelvis; y al encenderse aún más, pensaba en cosas húmedas y frescas como la boca de Cámeron.

—Oh, Oliver... —Cámeron reía entre dientes con picardía—. Quizá te gustaría probarte un par de calzoncillos comestibles para mí. Sé que leíste lo mucho que me gustaban en *Los Expedientes Del Sexo*. Apuesto que te gustaría sentir los lametones de mi lengua mientras te recorro la prenda interior...

En su sueño no llevaba nada puesto, pero no se molestó en

corregirla, no cuando le susurraba con esa voz dulce y el aliento le abanicaba la oreja estimulándole la entrepierna.

—¿Calzoncillos comestibles? —murmuró con la esperanza de que ella se explayara en el tema.

—¡Oh! —jadeó Cámeron, bajando la mano un poco más—. ¡Ah! —añadió mientras descendía y se acomodaba entre sus piernas, los ojos intensos clavados en la dura erección. Agarró el bajo del camisón y se lo quitó por la cabeza, haciendo que Oliver dejara de respirar.

Éste se humedeció los labios y estudió los pechos... Luego la curva interior de la cintura... Luego unas caderas que bajaban hasta...

Después de contemplar sus braguitas, un fragmento negro sostenido en su sitio por dos diminutos lazos rojos, alzó las manos para acariciar la punta erecta de los pechos.

—No tienes ni idea de lo que voy a hacerte, Cámeron —advirtió, al tiempo que imaginaba soltar esos lazos con los dientes.

—¿Por qué no me lo cuentas? Tenemos toda la noche —suspiró con voz rasgada—.

Apoyó las manos sobre las caderas de él y adelantó los pechos para las caricias. Echó la cabeza atrás, y a medida que se incrementaba su placer, le clavaba las uñas en los muslos.

Oliver sentía el pecho contraído. Las manos de ella se habían tornado más gentiles, y subían por su pierna como un río a punto de desbordarse, subiendo... Subiendo... Subiendo...

Cuando le ciñeron la erección, Oliver clavó la vista en la boca invitadora de ella.

—Bésame, Cámeron —ordenó con voz ronca al tiempo que alzaba las manos, las introducía en el pelo de ella y pasaba las uñas por el cuero cabelludo, acto que pareció volverla loca. «¡Dios!», pensó. Quería verla salvaje y entregada al placer.

—¿Dónde exactamente quieres que te bese, Oliver? —preguntó

con aliento entrecortado.

—Tú sabes dónde —susurró.

—Yo tengo otra cosa en mente.

¡Comenzaba a irritarlo!

—¿Qué?

En vez de dedicarle la cortesía de contestarle, saltó de la cama, y al alargar la mano hacia la mesilla, todo el mundo de Oliver pareció detenerse. Un tanga le dejaba el trasero al aire libre. Antes de que pudiera reaccionar, ella giró en redondo con un frasco de aceite mentolado en la mano, y fascinado, observó cómo vertía un poco en la mano. Se quedó boquiabierto cuando al dejar el bote, Cámeron se masajeó los pechos, juntándolos, ahondando el valle, hasta que las puntas centellearon y suplicó la liberación que sólo él podía ofrecerle.

—¡Oh, sí! —susurró él cuando ella bajó los pechos en dirección de sus muslos, con los labios a escasos centímetros de su pene excitado.

Con el aliento cálido sobre la erección, los dedos finos le resultaron gloriosos cuando rodearon su enhiesto miembro. Al apretar, Oliver echó la cabeza para atrás, ya que esa presión era más de la que podía aguantar, y en el momento en que sintió que el cabello color miel le rozaba los muslos, la sensación incrementó su deleite... Y su tortura. El colchón de agua onduló cuando ella se puso a horcajadas para instalarlo entre sus pechos exuberantes.

Oliver embistió el escote resbaladizo y jadeó. El aceite era mentolado y con cada movimiento le daba calor y le provocaba un hormigueo. Se sentía tan increíblemente excitado... La esencia de la menta se mezclaba con el aroma embriagador de Cámeron. Iba a explotar. El fresco aire nocturno del otoño estallaba con olores, del mismo modo que Oliver estaba a punto de...

Vagamente se dio cuenta de que había sonado una sirena.

El estruendoso ruido penetró en su conciencia hasta volverse ensordecedor cuando una ambulancia o un coche de policía pasó por

debajo de la ventana que daba a Barrow Street.

Oliver parpadeó y abrió los ojos. Se sentó en la cama. Fuera lo que fuere lo que había estado soñando, debió de llevarlo hasta el extremo más alejado de la fase REM del sueño, porque se sentía completamente abotargado.

Se pasó una mano por el pelo y se dio cuenta de que estaba mojado por el sudor. Tenía la boca reseca. Había deshecho casi toda la cama y la sábana estaba enroscada alrededor de su pierna.

Y también se hallaba tan duro como el acero.

Gimió al recordar el sueño. Las uñas rojas de Cámeron trazando un sendero por su piel... La agitación suave de la respiración cálida y jadeante de ella... La sensación abrasadora cuando lo introdujo entre sus pechos... Al darse cuenta de que seguía al borde de la liberación, respiró hondo y sus ojos se adaptaron a la oscuridad de la habitación.

No era la primera vez que la mujer inexistente había entrado en su mundo nocturno. Y al despertar, siempre sentía que no podía vivir sin ella. Que el Cielo ayudara a esa mujer si alguna vez la conocía de verdad... Pero eso era una locura. Ella no era real.

—Estoy perdiendo la cabeza —murmuró.

Pero en dos ocasiones le había dado la impresión de que la había visto. Algo imposible, desde luego. Las mujeres generadas por ordenador no se materializaban. Sin embargo, después del episodio del relámpago en su oficina, estaba lo del día anterior a las cinco de la tarde, cuando al marcharse de su despacho había tenido la certeza de que alguien lo seguía.

Al verse absorbido por la multitud de la calle Cuarenta y Dos, había mirado alrededor, pero llovía con fuerza y no había visto a nadie sospechoso. Después se había metido en el metro y hecho traspunto en Times Square.

Pero en la estación de West Fourth Street, cerca del apartamento de Anna, había visto a Cámeron del otro lado del andén. Los

separaban dos vías de tren y en ese momento pasaba uno del lado de Oliver. A través de las ventanas, había podido verla en fragmentos.

Asombrado, había sentido como si alguien le hubiera dado vida a la imagen de Cámeron.

Había vislumbrado su figura alta, el pelo color miel ondulado sobre el ojo izquierdo y la gabardina verde sobre un vestido negro. Antes de poder pensar, se había puesto en movimiento para ir tras ella. Había crecido en Manhattan, e incluso después de trasladarse a Washington y de que sus padres se hubieran ido a Utah, había seguido yendo a la ciudad porque Anna vivía allí, de modo que conocía el metro como la palma de su mano.

Subió a la carrera las escaleras que lo llevarían hasta la plataforma contraria, pero en el momento de llegar, había entrado otro tren. Las puertas electrónicas se abrieron y maldijo para sus adentros a medida que las personas abandonaban el vagón. Había llegado a las puertas en el instante en que se cerraban. ¡Cámeron estaba justo del otro lado del cristal! Los ojos castaños se habían abierto en sorpresa. Había intentado retroceder, pero estaba paralizada por otros pasajeros. En un gesto inútil, Oliver había alzado la mano cuando el tren arrancó, como si quisiera despedirse.

Movió la cabeza para aclararla. Nada de eso tenía sentido. Estaba obsesionado por una mujer que no existía. Como psicólogo, sabía que la mente podía jugar malas pasadas, de modo que su mejor conjetura era que Anna tenía razón. Trabajaba demasiado y se sentía solo, un estado que lo había dejado expuesto a la sugestión después de ver la imagen de Cámeron.

Lo invadieron los recuerdos del sueño erótico y no pudo creer lo que acechaba en su subconsciente. No era un sexista, y salía con mujeres inteligentes y pragmáticas, no con rubias macizas que se pintaban las uñas de rojo y le susurraban como si hubiera llamado a un 906.

—Calzoncillos comestibles —susurró, frotándose los ojos.

Miró la hora en el despertador digital. Las dos de la mañana. Adiós a la paz y quietud. Durante el día, cuando visitaba a Anna, ese barrio era tranquilo, pero a veces, por la noche, la historia cambiaba.

Se incorporó y fue hasta la ventana, pero en vez de cerrar la cortina, miró a través de la lluvia en dirección a Nite-Lite, un club nocturno del otro lado de la calle. Reinaba un ambiente festivo, ya que todo el mundo se preparaba para las fiestas inminentes. Era deprimente. Y a pesar de su afirmación en sentido contrario, no lo entusiasmaba la idea de pasar solo la Navidad.

Por lo general, Anna y él iban a la casa de sus padres en Utah. Ese año iba a echar de menos dar paseos largos con su hermana por las calles cubiertas de nieve de la campiña rural...

De pronto entrecerró los ojos.

—¡No! —musitó—. ¡Es una locura!

¡La había visto de nuevo! Había estado hacía un instante frente a la puerta del club nocturno, con la gabardina verde. Pero cuando las luces de neón se apagaron, ella se desvaneció. Era un hombre lógico. Las imágenes generadas por ordenador no cobraban vida. Pero se había parecido tanto a la mujer de su ordenador...

La lluvia se mezclaba con el humo de los tubos de escape y del que salía de las rejillas del metro. Además, era la época del año propicia para los fantasmas... Halloween acababa de pasar. El invierno estaba casi encima. No obstante, pensó en vestirse y bajar al club a buscarla. Pero se recordó que no existía. Entre el año que llevaba viajando y la promoción de su libro, se hallaba muy estresado. Durante las fiestas iba a tener que hacerse un favor y relajarse.

Cerró la cortina y volvió a meterse en la cama. Mientras caía en el sueño, volvió a preguntarse a quién había visto en la ventana.

—Deja que te ayude, Oliver...

El aliento de ella se hallaba más cerca, tanto que captó un soplo de menta. Al principio pensó que era pasta dentífrica, luego un caramelo... Hasta que recordó el aceite mentolado. Enterró la cara en la almohada y comprendió que la superficie suave en realidad eran los pechos de Cámeron.

—No te importa si me echo a tu lado, ¿verdad, Oliver? — susurraba.

—Por favor, Cámeron.

Desnuda, deslizó un muslo por encima de su cadera. Oliver palpitaba cuando ella colocó una mano entre sus cuerpos para guiarlo con gentileza al interior del calor húmedo. Momentos atrás había estado preparado para explotar, y en ese momento, una vez más, con las manos de ella acariciándolo, se encontró al borde del precipicio.

Jadeó cuando ella movió las caderas. Cámeron susurró:

—Tómame más profundamente, Oliver. Más profundamente. Hasta el fondo...

Entonces perdió el control. De pronto su boca estuvo en todas partes. Se cerró de forma posesiva sobre los labios de ella, y después de saquearle la boca, vertió besos líquidos por el cuello hasta bajar lo suficiente como para lamerle los pechos y mordisquearle los pezones contraídos, con gentileza y urgencia al mismo tiempo. Ella se arqueó y jadeó, suplicándole:

—Ámame, Oliver. ¡Oh, por favor, ámame! Estás tan caliente... No tengo suficiente de ti.

Él tampoco tenía suficiente de Cámeron. Las llamas parecían lamerle el interior de las extremidades, y la necesidad salvaje que tenía de ella danzaba en su interior. La acompañó en el baile y su mente dio saltos mortales, para fundirse en negro cuando la embistió con más fuerza, rapidez y profundidad. Estaba tan cerca, casi allí...

Entonces, profundamente dormido, Oliver alcanzó un orgasmo espectacular.

Capítulo 3

—¿**D**ónde estás? —murmuró Peggy Fox, cerrándose la gabardina verde para mantenerse templada.

Con gesto nervioso se apartó el pelo del ojo. Se preguntó cómo habría podido perder a Oliver en la multitud. Un segundo antes había estado contemplando el desfile del Día de Acción de Gracias por la Sexta Avenida, y ya no estaba.

En cuanto dejó el Hotel Plaza, las cosas habían empeorado. Sí, había encontrado dónde se alojaba Oliver, pero antes de poder solicitar su ayuda, uno de los hombres que trabajaban con él la había perseguido por el metro. Era un hombre negro alto, calvo y de complexión ancha, con un parecido extraordinario a Bruce Willis.

—¡Alto! —le había gritado—. Soy Kevin Hall. Del FBI. Se la busca para interrogarla.

Había huido y de algún modo, lo había perdido. Pero ¿por qué la perseguía un agente? ¿Y por qué querían interrogarla? No había hecho nada malo. Si Kevin Hall la consideraba culpable de algo, ¿pensaría lo mismo Oliver Vargo?

También él la había visto en el metro, en la estación de West Fourth Street, y había salido en pos de ella, aunque a diferencia del agente Hall, no había dado la impresión de que quisiera arrestarla. Le había parecido que Oliver se había dado cuenta de que lo perseguía, pero hasta que él no supiera exactamente lo que pasaba, iba a mostrarse reservada. Por eso lo había vigilado. Y por lo que había visto hasta el momento, era amigo de Miles McLaughlin y Kevin Hall. Aunque quizá eso no significara nada. Después de todo, eran

compañeros de trabajo.

No obstante, todo eso había modificado sus planes de ponerse en contacto con Oliver, y en ese momento sentía una mayor ambivalencia sobre ir a la policía. ¿Por qué un agente del FBI iba tras ella? Miró a ambos lados de la calle mientras la gente se movía a su alrededor. Oliver no podía haber ido muy lejos. Tenía que estar atrapado entre la multitud, como ella.

En Greenwich Village, el desfile se parecía más al Carnaval. Los celebrantes iban disfrazados de pavos, de peregrinos y de nativos americanos. Soslayando con irreverencia la solemnidad de la fiesta familiar, hacían estallar petardos en la calle mientras un grupo de jazz tocaba el tema de *El Mago de Oz*.

Miró alrededor con nerviosismo. Aunque en ese momento lucía una máscara negra sencilla, parecida a la que usaba *El Llanero Solitario* y que había comprado en un puesto callejero, temía que el disfraz jamás engañara a Oliver Vargo, y mucho menos a Susan Jones. ¿La estaría buscando esa mujer? Si la encontraba, ¿trataría de dispararle otra vez?

Deseó haber cenado. Tenía hambre y frío. El viento se había incrementado y la lluvia había disminuido. El escueto vestido blanco que llevaba bajo la gabardina se había humedecido.

Cruzó los brazos.

—¿Dónde estás? —volvió a susurrar.

¿Cómo se suponía que iba a encontrar a Oliver entre toda esa locura? Sólo podía rezar para que no fuera tan amigo de Miles como había dado la impresión de ser cuando los vio. Si se tratara de su palabra contra la de Miles, ¿a quién se sentiría más inclinado de creer? ¿A Peggy Fox, a quien jamás había visto... o a uno de sus colegas, un hombre con el que comía todos los días?

Metió las manos en los bolsillos de la gabardina y tembló otra vez. Tenía los pies empapados. Quería regresar al hotel, darse una ducha caliente. Justo al girar, preparada para abrirse paso entre la

multitud y regresar al hotel, una mano se cerró sobre su brazo.

¡Susan Jones! El miedo le atenazó la garganta. ¡La había localizado! ¡Iba a morir! Tensó el cuerpo. Esperó sentir una pistola contra las costillas. Ladeó la cabeza y deseó con todo el corazón no haber sorprendido a Miles en la cama con Susan Jones... Ni haber visto el dinero en la maleta. Sintió una punzada de dolor. Cuando nadie habló, trató infructuosamente de darse la vuelta, y en el proceso comprendió que el cuerpo alto y duro pegado a su espalda era sin ninguna duda masculino, lo que descartaba a Susan Jones.

¿Sería Miles? ¿Había pronunciado su nombre en voz alta? Estaba tan asustada, que no lo sabía. ¿O sería su compañero, el hombre afroamericano, Kevin Hall? Atrapada por la multitud, no podía girar. Ni huir. O esconderse.

Se retorció. Pero cada centímetro del cuerpo musculoso del hombre se movió con ella. Desde luego, no era el momento adecuado para notar lo bien que ese desconocido y ella encajaban, al menos desde una perspectiva física. Los muslos se moldeaban a los suyos, el regazo se curvaba contra su trasero, el plexo solar de él se adaptaba a la perfección a su columna vertebral.

Tenía el pulso desbocado, y al respirar hondo con la esperanza de calmarse, supo que era inútil. El hombre se inclinó, ladeó la cabeza y sintió el aliento en su cuello; en la noche fría, fue caliente como el fuego. De pronto sintió el corazón atenazado. Una oleada de nostalgia le provocó lágrimas en los ojos. Parpadeó y susurró:

—Pare.

Él no se movió ni pronunció una palabra. Su aliento seguía provocándola. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso algún desconocido loco iba a robarle un beso? ¿Tendría a algún psicópata a la espalda?

—Te tengo —murmuró él.

Oliver Vargo...

Nunca antes había sentido el contacto del hombre, pero

reconocería su voz en cualquier parte. Sonaba igual que en la televisión... Y le produjo un escalofrío de añoranza. Debió de descubrirla vigilándolo, y sin duda había decidido sorprenderla.

—¿Qué haces? —logró preguntar, sin prestar atención a las sensaciones traidoras que la invadieron al girar el cuello para mirar por encima del hombro.

—¿Qué haces tú? —replicó él—. Creo que ese es un mejor comienzo.

Ella luchó por mantener la voz indiferente.

—Miro el desfile.

—Me estás siguiendo —contradijo.

En silencio, Peggy se reprendió. Claro que la había descubierto. Era un agente del FBI... Y uno de los mejores. Ajeno al modo en que su proximidad física la afectaba, se acercó un poco más, y el corazón de ella sufrió una arritmia cuando el calor la invadió. Sin duda era el momento equivocado para recordar todas las fantasías que había tenido de que él la rescatara...

Pero habían sido muchas. Razón por la que cuando la multitud que había detrás de él lo empujó contra ella, supo que no estaba realmente excitado. No. Era ella quien fantaseaba con su presencia... No al revés. Lo que sentía era el resultado de una imaginación hiperactiva. No obstante... ¿No había sentido algo? Y antes de poder refrenarse, ¿ese algo duro y poderoso no le había provocado un suspiro? Bueno, sin importar lo sexy que era Oliver Vargo, debía retener un mínimo de control. Por si lo que había impulsado a Kevin Hall a perseguirla también instara a Oliver a...

Una oleada de miedo la impulsó a girar. Cuando un segundo brazo la rodeó, se debatió. De inmediato lo lamentó, porque tantas maniobras hicieron que las partes frontales de los dos cuerpos se frotaran entre sí... Y así como no podía afirmar que Oliver estuviera propiamente excitado, tampoco podía negarlo por completo. Lo que resultó aún más inquietante fue encontrarse mirando esos ojos. Más

oscuros que en la televisión, parecían del color de la tinta líquida en la noche, y la estudiaban sin visos de disculpa en la expresión.

—Suéltame —trató de convencerse de que la percepción masculina que atisbaba en ellos se debía a su propia fantasía.

Al no soltarla, tragó saliva. El instinto la impulsó a tratar de huir otra vez, pero no había ningún sitio al que ir. Oliver la acercó más a él y su mejilla terminó pegada a la camisa blanca que llevaba bajo la gabardina. La invadieron unas fragancias embriagadoras. Olía tal como debía oler un hombre. Respiró hondo.

—¿Podrías darme un poco de espacio?

—No te preocupes —repuso él con sequedad, bajando la vista al escote bajo que la gabardina había revelado en el breve forcejeo—. No te quemaré.

—Lo dudo —gruñó.

Avergonzada, se cerró la gabardina y supo que el encaje del sujetador había estado visible a través de la tela del vestido. Sin duda, él también habría notado los efectos del aire frío. Pensó en explicarle que el vestido ni siquiera era de ella, pero eso sólo empeoraría las cosas.

—¿Dudas de qué? ¿A qué te refieres?

—A nada —contestó ella moviendo la cabeza.

Pero ninguna imagen de televisión podría haberla preparado para el modo en que Oliver Vargo le afectaría en la vida real. A pesar de lo oscuros que eran, los ojos ardían con un fuego apenas contenido. Perturbada, intentó no centrarse en el modo en que la estudiaban, como si quisieran memorizar cada contorno.

—¿Por qué no te quitas la máscara?

—¿Por qué?

—Quiero verte los ojos.

La idea de pensar que Oliver Vargo podía escrutarla aún más le provocó un escalofrío, y agradeció la máscara.

—Lo haría, pero por si no lo has notado, todo el mundo va

disfrazado.

—Lo he notado.

—Entonces, ¿dónde está tu máscara?

—Debí de dejarla en casa.

Sería una pena tapar esos ojos. Ninguna entrevista la había preparado para que la mirara desde arriba, a pesar de que ella misma medía un metro ochenta. Y tampoco había previsto el poder que irradiaba su cuerpo. El calor emanaba de su ropa, calentándola y haciendo que sólo deseara apoyar las manos en esos hombros anchos para dejar que la llevara lejos de allí...

Recuperó la cordura.

—Vamos —repitió—. Déjame ir.

La mano se cerró aún más en su brazo.

—¿Adónde?

Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza. Después de todo, era lo que más anhelaba. Estar de vuelta en Ohio, mirando tejer a su madre mientras la tía Jill preparaba una de las tartas de manzana por las que era tan famosa.

—A casa.

—¿Y dónde está?

Debería haber imaginado que no era la clase de hombre que aceptaba respuestas de una palabra.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —cambió de tema—. Estabas del otro lado de la calle.

—De modo que sí me seguías.

—Creía que lo sabías.

—Todavía espero conocer la causa.

—En realidad, no te sigo —protestó—. Quiero decir, yo...

Él flexionó la mano en señal de advertencia y la mente de Peggy se nubló. ¿Qué iba a decir? Con Oliver tan cerca, no pudo recordarlo. Sólo era capaz de concentrarse en la mano cálida cerrada alrededor de la manga de la gabardina. Tenía dedos largos y finos. Otra cosa

que no había anticipado. Oliver Vargo tenía las manos de un artista.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —logró empezar, a pesar de que sentía la garganta cerrada—. La Sexta Avenida estaba bloqueada por ambos extremos —nada más decirlo, supuso que habría mostrado su placa, pero él volvió a sorprenderla.

—Compré un billete y entré por el metro.

Había cruzado la avenida utilizando el pasadizo del metro.

—Inteligente jugada.

—Estoy lleno de ellas.

—Y modesto.

—Eso dicen.

—¿Cómo te llamas? —contrarrestó.

Quizá eso lo desconcertara. Tal vez era mejor que fingiera que no conocía nada de él.

—Me parece que ya lo sabes —respondió con calma—. Pero mi nombre es Oliver. Oliver Vargo.

Por cómo lo dijo, Peggy recordó el modo en que solía presentarse James Bond. La sonrisa fugaz no terminó de llegarle a los ojos, aunque sí mostró dos hileras de dientes rectos, blancos y resplandecientes. Días atrás había llegado a la conclusión de que era más interesante que atractivo, pero tenerlo a centímetros de distancia la hizo cambiar de parecer. Resultaba arrebatador. Era una pena que no se mostrara ni la mitad de encantador que en la televisión, cuando charlaba con Kate Olsen.

—Y como estamos intercambiando nombres... —dijo él.

A pesar de la irritación que mostraba, la voz le aceleró el torrente sanguíneo y le provocó un hormigueo en el estómago.

—Te vi en el exterior de Grand Central —continuó Oliver—. Y enfrente del apartamento donde me alojo ahora, vigilándome desde un club nocturno, el Nite-Lite.

Era más observador de lo que había imaginado, y también tenía una presencia que imponía. Peggy empezaba a comprender que

negar todas sus acusaciones quizá no fuera lo mejor. Días atrás había estado dispuesta a recurrir a él en busca de ayuda, pero después de haberlo espiado desde Grand Central, necesitaba estar más segura de que podía confiar en él.

—Puedo explicarlo todo —dijo con cautela.

—Estoy esperando —al ver que ella no respondía de inmediato, añadió con sequedad—: No hay prisa. Tenemos toda la noche por delante.

—No tendremos que dedicar toda la noche —repuso con rapidez.

—No, podemos dedicarla también a otras cosas —murmuró él, al parecer satisfecho por el modo en que el matiz la sorprendió.

—No me refería a eso.

—¿A qué te referías?

Una vez que empezaba a superar la conmoción, Peggy notó que Oliver la observaba con una expresión extrañamente curiosa, como si la hubiera visto antes en alguna parte.

—No sé por dónde empezar —aventuró.

—Has dicho que lo podías explicar todo —replicó—. ¿Por qué no empiezas por ahí? —sugirió—. Por todo.

Por la expresión de sus ojos, daba la impresión de que la reconocía. Sí, no había posibilidad de error. ¿Le habría hablado Miles McLaughlin de ella? Con un nudo de pánico en el estómago, volvió a preguntarse por qué la había perseguido Kevin Hall.

—Antes de hacerlo —repuso—, necesito saber por qué me miras de esa manera.

—¿De qué manera?

«*Como si me conocieras. Y como si quisieras besarme*». El pensamiento surgió de forma inesperada, pero pudo verlo por el modo en que posaba los ojos en su boca. De hecho, parecía devorarla con los ojos, como si hiciera tiempo que tuviera fantasías con ella. Era una locura, desde luego, y trató de atribuirlo a un deseo inconsciente, ya que había soñado con él. ¿Qué mujer no lo haría? Se consideraba una

persona sana. Y sexualmente activa antes de haber desterrado el amor.

—¿Nos hemos visto antes? —inquirió él.

—¿Lo hemos hecho? —logró repetir Peggy.

—Te he visto —murmuró Oliver—. Los mismos ojos oscuros. El mismo pelo color miel...

Algo en su voz, un deje de acero entre suavidad, volvió a hacerle palpar el corazón con fuerza. Deseó con todo su corazón que la soltara. Si algo la convencía de que había cometido un error enorme al seguirlo, era la debilidad que le aflojaba las rodillas. Con el cuerpo duro y excitado pegado al suyo, de pronto lamentó de verdad que se hubieran conocido. Ya estaba metida en suficientes problemas sin incorporarlo a él.

—Suéltame —repitió, con más convicción.

—No lo creo —respondió con tono suave, que contradecía sus intenciones—. Vas a venir conmigo, Cámeron.

La situación se tornaba cada vez más extraña. Peggy tragó saliva con gesto nervioso.

—¿Cámeron?

—Sí... —se humedeció los labios y repitió—: Cámeron.

—¿De qué estás hablando?

—Quienquiera que seas... —le apretó el brazo como si quisiera probarlo—. Eres tan real como yo.

—Claro que lo soy —lo observó con ojos entrecerrados.

—¿Por qué me sigues? —preguntó Oliver otra vez.

—Mira, no pretendía hacerte ningún daño.

—¿Tú? —recalcó con una risita—. ¿Hacerme daño a mí?

Desde luego, la idea era ridícula.

—No quería dar a entender que no pudieras defenderte...

Lo importante era saber si podría defenderla a ella.

Cuanto más lo miraba, menos estaba segura de que lo quisiera. En cuanto sus cuerpos conectaron, comprendió que podía ser

peligroso, aunque sólo fuera para su corazón. Después de todo, ¿cuántas veces podía confiar una mujer? ¿Cuántas veces podía sanar y volver a abrirse para dejar que entraran los sentimientos del amor... para descubrir que la habían vuelto a utilizar?

Se mordió el labio inferior. Todo a su alrededor parecía en desorden. Tenía que reconocerlo. Ya casi estaba medio enamorada de él. Adoraba las historias de crímenes y después de leer el libro de Oliver...

Miró a derecha e izquierda, buscando una escapatoria.

—Ni siquiera lo pienses —advirtió él.

Quería mirar hacia cualquier parte menos a sus ojos.

—¿Por qué me has llamado Cámeron?

—¿Cómo te llamas?

—Veo que vas a responder a las preguntas con más preguntas.

—Hasta que empieces a hablar.

Reflexionó largo rato, y al final dijo:

—Supongo que Cámeron servirá... Por ahora.

Quizá de esa manera pudiera ganar tiempo, averiguar qué sucedía en las oficinas del FBI. Por el momento, Oliver Vargo no había insinuado que fuera a someterla a un interrogatorio...

—¿Quién eres de verdad?

Tenía mil respuestas para eso, empezando por «*Peggy Fox, una mujer en apuros*». Pero él empezaba a impacientarse.

—¿Eres una admiradora? —añadió.

—Mmm... Sí.

«*Eso también*».

La multitud se movió y la empujó a sus brazos. Peggy jadeó. Atrapada contra la barricada, se sintió completamente desvalida cuando sus caderas se acoplaron. En el momento en que el torso de él le rozó los pechos, no pudo evitar que sus pezones se pusieran como cuentas. El rubor le inundó las mejillas con un rojo carmesí que ni siquiera la noche pudo ocultar. Él parecía consciente de cada matiz.

—Escucha —logró decir ella—, no podemos hablar aquí.

En esa fría lluvia, su vestido blanco bien podría haber estado hecho de celofán.

—¿Se te ocurre algo mejor?

La expresión intrigada no le aportó mucha más comodidad.

Los segundos parecieron arrastrarse... Como si todo ese intercambio hubiera durado una eternidad, no unos escasos minutos.

Al parecer, Oliver Vargo la consideraba una admiradora enloquecida. Y lo era, pero no quien él pensaba. ¿Había tenido alguna dificultad con una mujer llamada Cámeron? Sea cual fuere el caso, desconocía su nombre verdadero, lo que significaba que Miles McLaughlin no le había hablado de ella. Sólo había una modo de averiguarlo: Interrogarlo.

—Yo... Yo estoy en un hotel.

—¿Has dicho «*hotel*»? —la miró fijamente.

Con la cabeza indicó la calle McDougal.

—Me alojo en el Washington Square Hotel.

Sólo estaba a dos manzanas de allí. Al ver la sonrisa que apareció en los labios de Oliver, se sintió desasosegada. De repente, el semblante de él se había despejado. Asintió con un movimiento leve, como si se hubiera aclarado un complicado malentendido y en ese instante todo tuviera sentido para él.

Lo envidió, porque ella seguía sin tener idea de lo que pasaba.

La mano de él bajó despacio del brazo hasta el codo, creando una oleada de corriente eléctrica. Una orquesta comenzó a tocar, y por encima de la música, Oliver repitió en voz baja la palabra «*hotel*». Y entonces, de forma apenas audible musitó:

—Cámeron, esto es un sueño hecho realidad.

Capítulo 4

Momentos más tarde, al atravesar unas puertas giratorias que los condujeron al vestíbulo de un hotel, Oliver pensó que Cámeron lo estaba seduciendo a propósito. Al principio había pensado que podía tratarse de una admiradora, pero eso no explicaba cómo la foto de ella había terminado en la pantalla de su monitor. Lo que significaba que debía de ser una amiga de su hermana Anna. Debía de haber introducido la foto en su ordenador para convencerlo de que era la mujer más sexy de América, con el fin de que se entusiasmara cuando la viera aparecer.

—Hogar, dulce hogar —dijo ella.

La idea de que intentaba llevárselo a la cama había calmado considerablemente a Oliver. Miró alrededor. El vestíbulo con alfombra roja, que ya no vería sus mejores días, estaba decorado con mesas de encimeras de mármol y candelabros. Cuando se metieron en un ascensor de iluminación tenue, se hizo un silencio ensordecedor.

—Está tranquilo —comentó.

Mientras ella apretaba el botón de la séptima planta, notó que llevaba las uñas pintadas de ópalo, no de rojo como en la foto y en sus fantasías. Intentó no sentirse demasiado decepcionado, pero resultaba difícil cuando aparecía tan a menudo en sus sueños. Ese simple pensamiento bastó para cortarle la respiración.

—Y oscuro —añadió ella.

Captó un leve temblor en su voz, y la agitación que lo embargó lo pilló por sorpresa. Quienquiera que fuera esa mujer, probablemente

no tenía por costumbre seducir a los hombres, a juzgar por el nerviosismo que la dominaba. Sin embargo, lo había elegido a él.

Le dedicó una sonrisa para animarla.

—Al ascensor le vendría bien una nueva bombilla —dijo.

Ella no respondió.

Pero eso no lo desanimó. De hecho, él mismo se sentía inusualmente ansioso. Se preguntó quién no lo estaría. Después de todo, estaba a punto de practicar sexo con una desconocida. ¿Por qué otro motivo iba a invitarlo a la habitación de su hotel? Y mentalmente se corrigió. No era una completa desconocida. Era una amiga de Anna.

En ese momento, tan cerca el uno del otro, con su fragancia volviéndolo loco en tan reducido espacio, deseó haber sido más amable. Sin embargo, no había podido serlo porque lo había dominado la preocupación. Ella lo había estado siguiendo...

Amplió la sonrisa mientras se bajaba el cuello de la gabardina y permitía que el agua descendiera.

—Y mojado —añadió. Pasó otro momento incómodo antes de sonreír otra vez y continuar—. Y el ascensor es lento.

Sus cómicos esfuerzos por entablar conversación provocaron una risa baja y apenas audible por parte de ella.

—A este paso —murmuró, apartándose el cabello de los ojos—, no llegaremos a la séptima planta hasta mañana.

—Hasta medianoche —contradijo él.

Sus ojos indicaban que se le ocurrían innumerables cosas con las que podrían entretenerse durante la espera.

—Medianoche —repitió Peggy.

Le recorrió el cuerpo con la vista.

—Soy un optimista —aseguró Oliver.

—¿De verdad?

—De verdad.

Llegó a la conclusión de que ese encuentro extraño iba a terminar

con ambos en la cama. Los latidos del corazón se le aceleraron. Si tenía suerte, quizá la aventura incluso se convirtiera en algo más. Con una inesperada punzada de emoción, pensó en la casa que había construido cerca de su oficina en Quantico, pero luego desterró la imagen. Quedaría satisfecho si esa aventura amorosa duraba hasta después de Navidad, para no tener que pasar sólo las fiestas.

En silencio maldijo al ascensor por ir tan lento. Estaba impaciente por verla tumbada sobre la cama. Sus ojos se encontraron, y antes de que ella apartara la vista, vio en ellos deseo, desnudo y brillante.

Abrió los labios para hablar. Y ambos empezaron al mismo tiempo.

—Escucha, siento haberte asustado... —comenzó él.

—Ahí afuera —aclaró ella—, me sorprendiste. Como he dicho, puedo explicar todo...

—No pretendía hacerlo, pero...

—Nada de esto es lo que parece...

Justo cuando él pensaba que le revelaría que era amiga de Anna, ella dejó de hablar. Insegura, mantuvo una sonrisa. No era una expresión de invitación, pero de todos modos Oliver sintió la boca pastosa. Le hormiguearon las palmas de las manos. La foto del ordenador no le hacía justicia.

El viento y la lluvia habían hecho que las puntas del pelo se enroscaran como cintas. Parecía más oscuro que en el exterior, de un color que no pertenecía a Nueva York... Trigo en un campo nocturno, miel espesa en un panal cálido, briznas de heno mojado dispersas sobre el suelo de un pajar. Casi toda la cara estaba cubierta por la máscara, pero la piel que Oliver podía ver se hallaba encendida por un resplandor sano.

Ni siquiera la gabardina cerrada podía ocultar su figura plena. Se había ceñido el cinturón cuando corrieron hacia el hotel, acentuando la estrechez de la cintura. La gabardina permitía ver una pantorrillas bien torneadas y bajo las medias que llevaba con unos zapatos

negros, se intuían unas piernas suaves. Oliver casi pudo visualizarse unos momentos en el futuro, quitando cada zapato de un pie esbelto antes de bajarle esas medias y sentir una piel que sabía tan suave como el satén. Un remolino de calor se asentó en la parte baja de su estómago al imaginar los muslos y los ligeros negros. Se preguntó si llevaría braguitas.

Una vez más, y sin quererlo, regresaron todos sus sueños. Recordó el rubor de los pechos, el aceite mentolado. El ascensor pareció estallar con el aroma a menta y su cuerpo se tensó. Estaba a punto de seguir un impulso, acercarse y tomarla en brazos, cuando de pronto ella dijo:

—Tenías todo el derecho a recriminarme.

El ascensor se había detenido y sus puertas se abrían hacia un pasillo vacío; luego, volvieron a cerrarse y con un ruido de poleas continuó la subida.

—Créeme —prosiguió ella—. Sé lo molesto que puede ser cuando alguien te sigue...

Al estar seguro de que se trataba de la amiga de Anna, prefería continuar con la relación y no demorarse en disculpas. Oyó cómo le castañeteaban los dientes y dijo:

—No te preocupes por eso. Debes de estar helada. Lleguemos a tu habitación para hacer que entres en calor.

—No tienes que mostrarte tan agradable al respecto —afirmó ella con voz culpable—. Te he estado siguiendo.

—Sí —le ofreció otra sonrisa—. Y yo te descubrí.

—Como he dicho, puedo explicarlo todo...

—No hace falta. Ahora creo que lo entiendo todo. La cuestión es qué vamos a hacer a continuación.

Antes de que ella pudiera responder, las puertas se abrieron. La tomó por el codo y la guió al pasillo.

—¿Qué habitación?

—Eh... —la voz sonó trémula—. 712.

Al llegar a la puerta, ella introdujo la tarjeta de apertura, empujó y entró. En medio del cuarto, se volvió.

—Aquí estamos.

Oliver respiró hondo para serenarse y sintió que apenas podía moverse. Sólo estaba encendida la luz del cuarto de baño. Donde ella se erguía, todo parecía tan oscuro y suave como el chocolate. Y parecía igual de succulenta.

«*Hermosa*». Otra palabra que la describía. *Combinación Rápida* sólo le había ofrecido una foto con la que poder fantasear, pero en ese momento, fuera ya de las calles ajetreadas y de la lluvia, podía mirarla mejor. O podría hacerlo en cuanto encendieran la luz.

—Si te apetece, siéntate —invitó ella.

Las palabras ondularon por su cuerpo y llegaron hasta las extremidades de sus nervios.

—Gracias —murmuró sin moverse.

La habitación, como tantas otras en Manhattan, donde el espacio escaseaba, era diminuta. La puerta de un armario recubierto de espejos se hallaba abierta. En un hueco en la pared había un televisor; aparte de la mesilla de noche, no había más muebles, sólo una cama grande. Detrás de ella había un cuarto de baño reducido y la única ventana estaba tapada por una cortina pesada. Las luces de la ciudad no penetraban, aunque sí los sonidos apagados del tráfico.

Cerró la puerta a su espalda y en la semipenumbra le dedicó una sonrisa.

—¿Llevas mucho tiempo alojada aquí?

—Desde esta tarde.

Había retrocedido tanto en la habitación que entre la gabardina oscura y la máscara, parecía haberse fundido en la oscuridad. Oliver miró la cama y se preguntó si ella querría hablar primero o ir directa al grano.

—Comprendo —dijo.

—No estoy muy segura de ello —musitó con voz frágil.

Con los ojos entrecerrados, la observó mientras lentamente se desabrochaba el cinturón de la gabardina y le ofrecía un vistazo del vestido blanco empapado y casi transparente.

—Escucha —continuó ella—, necesitamos hablar. Quiero decir... Eh... Me siento un poco confusa. ¿Cuáles crees que son exactamente las circunstancias?

—Supongo que son lo que nosotros queramos hacer de ellas —aventuró con cautela—. ¿Te parece que pidamos algo al servicio de habitaciones y lo hablemos?

—Claro —aceptó tras reflexionarlo—. Puedes... colgar la gabardina en el armario.

En su campo laboral, Oliver había aprendido a identificar acentos, pero el de ella costaba situarlo. Tenía una cadencia pronunciada, como si hubiera pasado algún tiempo en el extranjero y hablara varios idiomas, pero había algo más cortante, que sugería que llevaba tiempo en Nueva York. Y por debajo de eso, había captado vocales apagadas.

—¿De dónde eres? ¿De Ohio?

Ella jugó con gesto nervioso con las puntas del cinturón.

—¿Qué te hace decir eso?

—Tu acento.

—¡Oh!

Lo desconcertó el alivio evidente que reveló. ¿No pensaba dejar que la conociera? ¿O esa noche poco usual era el deseo de realizar una fantasía? La idea lo molestó más de lo que quiso reconocer. Ni siquiera la conocía, pero estaba interesado. No la había besado, pero quería saber qué clase de mujer estaba dispuesta a interpretar el papel de mujer más sexy de América con casi un desconocido.

—Creo que necesitamos un poco de ruido de fondo —murmuró ella de pronto.

Recogió el mando a distancia y eligió un canal del televisor.

—El canal de telecompra no aporta el tono apropiado —indicó él. Ella lo miró en silencio, como si temiera preguntar qué lo haría—. ¿Qué te parece un poco de música?

—¿Música?

Le tembló la voz como si jamás hubiera oído hablar de eso.

—Ya sabes, eso que tiene notas, barras, escalas...

—Sí —susurró—. He oído hablar de ello.

En el desfile había dado la impresión de estar llena de vigor y valor, pero al encontrarse a solas en la habitación, parecía no saber qué hacer. Eso lo conmovió más que cualquier esfuerzo que hubieran puesto en esa charada Anna, Vic y ella.

Se acercó a la radio que había en la mesilla.

—Aquí encontraremos algo. ¿Alguna preferencia?

—Elige tú.

Se decidió por algo suave, romántico y apropiado para una seducción lenta y dulce. Mientras buscaba, se quitó la gabardina y no dejó de sentir los ojos de ella en su espalda.

Un momento más tarde encontró una emisora que le gustó. Cuando la música de jazz llenó la habitación, encendió la lámpara.

Luego, se dio la vuelta. Estaba preparado para la visión de su mujer de ensueño, sin otra cosa que un vestido brillante y transparente y, esperaba, sin braguitas...

Pero una luz más fuerte transformó la visión.

Se quedó boquiabierto y la miró conmocionado. El cabello que había parecido revuelto en la oscuridad de la noche, en ese momento se veía sucio. Las medias de seda que habían parecido deliciosamente atrevidas, estaban manchadas de barro, y el tinte negro de los zapatos se había corrido y creado una línea más oscura alrededor de sus tobillos. Y creyó ver manchas de rímel debajo de los ojos.

La vio temblar.

—Estás empapada —murmuró Oliver.

—Llueve —se defendió—. ¿O no lo has notado?

—Tenía la mente en otras cosas —reconoció.

A pesar de su preocupación, sintió una punzada entre las piernas cuando se dio cuenta de que recaía en él ayudarla a quitarse toda esa ropa mojada.

¿Qué hacía ahí de pie como un idiota? Cruzó la habitación con su propia gabardina en el brazo.

—Ven —murmuró, apoyando las manos en sus hombros para instarla con gentileza a quitarse la gabardina—. Es mejor que te la quites.

Se llevó las manos a las solapas y detrás de la máscara los ojos se abrieron mucho. No la culpó por el recato. En el exterior, el juego de la seducción era una cosa. En el interior, estaba a punto de verla con un vestido tan mojado y ceñido, que nada quedaría a la imaginación.

—Estoy bien —murmuró.

—Te estás congelando —replicó Oliver.

—Fuera hacía frío.

—Lo sé —convino con tono ronco—. Pero ya estamos dentro. Vamos... Quítate la gabardina.

Aceptando con un suspiro audible, dejó que le bajara las mangas por los brazos.

Al hacerlo, contuvo el aliento. Sí, se encontraba empapada. La tela blanca se ceñía a unos pechos que parecían más plenos por el sujetador con armazón. Fríos, los pezones se habían contraído, dolorosamente según la evaluación de Oliver, y necesitados de los cuidados cálidos de su boca. Anhelaba tocarla y devorarla. El erotismo aumentó un grado cuando vio el perfil de unas finas tiras negras que le rodeaban las caderas. El fragmento triangular resultaba tan visible que transformaba en superfluo el vestido.

—En serio —logró articular ella cuando terminó de quitarle la gabardina—. No necesito ayuda.

—Puedes repetirlo —murmuró.

Nunca había visto a nadie tan sexy. Los ojos castaños que lo miraban detrás de la máscara parecían asombrosamente inocentes. Al volverse con ambas gabardinas para ir a colgarlas en el armario, habría jurado que había oído que el estómago de ella crujía. Ceñudo, preguntó por encima del hombro:

—¿Has cenado?

—No mucho —reconoció.

—¿Qué tomaste?

—Unas galletas —respondió tras una larga pausa.

Sintió que se enfurecía. Una vez más, debió imaginarlo. Era como Anna. Demasiado ansiosa de aventuras como para cuidar de sí misma.

—¿Unas galletas?

—Y mantequilla de cacahuete.

—Nutritivo —respondió con sequedad.

—¿Y eso? —se pasó una mano por el pelo mojado. Se lo arregló un poco, como si acabara de darse cuenta del estado en el que lo tenía—. ¿Eres dietista?

—En absoluto. Ya sabes lo que hago para ganarme la vida —desde la puerta del armario, la miró por encima del hombro—. ¿Y tú, qué haces?

—Muchas cosas. ¿Por qué?

—Porque tal como están las cosas, disfrutas de todas las ventajas.

—¿Como cuáles?

—Lo más probable es que Anna te lo contara todo sobre mí.

—¿Quién es Anna?

De modo que quería jugar...

—Perfecto —aceptó—. Como quieras. Fingiremos que te has materializado de la pantalla de un monitor.

Contuvo una risa al ver la expresión atónita de ella. Desde luego, a esa preciosidad rubia se le daban bien esos juegos. Tenía que reconocerlo.

—No estoy segura de que sintonicemos en la misma frecuencia — indicó ella.

Habría respondido, pero al volverse para colgar los abrigos, vio la bolsa abierta que había en el fondo del armario. Contuvo el aliento y contempló el panorama de la lencería sexy del interior.

—Será mejor que te desvistas antes de que pilles una neumonía —logró decir.

De pronto supo que no podría soportar mucho más eso. Quería a esa mujer salvaje en la cama. En ese momento. Se inclinó, rebuscó en la bolsa y sacó unos pantalones negros de licra y una blusa transparente con sujetador incorporado.

—¿Que me desvista? —repitió cuando él se dio la vuelta.

Le sonrió al acercarse a ella, decidido ya a probar las aguas y a comprobar si ese encuentro realmente iba en la dirección que él sospechaba.

—Conmigo o sin mí.

—¿Perdona? —subió un poco la voz.

Él fue a hablar, pero la oyó temblar otra vez, de modo que cuando alargó la mano hacia ella, simplemente enganchó un dedo debajo de la máscara negra y se la quitó por encima de la cabeza. Durante un segundo, apenas fue capaz de respirar. Verle el rostro lo afectó más que ver cada bendito detalle de su cuerpo. Tenía la cara de un ángel, con pómulos altos, mejillas redondeadas y labios atractivos y rojos por el frío.

—Sí —le frotó los brazos para hacerla entrar en calor antes de entregarle la ropa—. Te estás congelando.

—Ya te he dicho que hace frío afuera —repitió.

Él señaló el cuarto de baño, pero ella apenas pareció notarlo. Tenía la vista clavada en la ropa que le había escogido, que era lo bastante pequeña como para encajar en la palma de su mano. Se ruborizó.

—No puedo ponerme eso.

Oliver quiso decirle que lo que llevaba puesto en ese momento era aún más revelador.

—Es tu ropa.

—Lo sé, pero...

—¿Preferirías otra cosa?

—No tengo otra cosa —tragó saliva.

Aunque el vestido mojado y los pantalones de licra tocaban todas sus fibras masculinas, de pronto se preguntó cómo estaría con ropa corriente. Decidió que guapa. Sexy como mil demonios. Y lo emocionaba profundamente que llegara tan lejos para seducirlo.

—En serio —dijo cuando la oyó castañetear los dientes—. Tienes que cambiarte. Si no lo haces, vas a terminar enfermado. En esta época del año hay muchos virus sueltos.

Seguía ruborizada, quizá porque sabía que estar ahí de pie ante él era como si estuviera desnuda. Soltó un suspiro frustrado.

—¿Estarás bien mientras voy a...?

—No te preocupes por mí. Pediré algo para comer.

Ella pareció aliviada.

—Comida. Eso sería estupendo, Oliver.

Era la primera vez que empleaba su nombre, y le gustó el modo familiar en que lo pronunció, como si llevara bastante tiempo en los pensamientos de ella. Desde luego, ella llevaba en los suyos desde que Anna introdujera su foto en el ordenador.

—Tómame tu tiempo.

—No tardaré.

Bajó la vista al tobillo, donde los zapatos le habían manchado las medias.

—Tómame una ducha, si quieres.

Otra oleada visible de alivio.

—¿De verdad? ¿Estás seguro de que no...?

—¿Me importará? —sonrió y movió la cabeza—. En absoluto. Este es uno de los encuentros más extraños de mi vida.

—Y también de la mía.

—Por lo tanto, aprovechémoslo. Sigue la corriente. Cuando hayas salido de la ducha, la cena estará servida.

Una vez solo, agarró el menú del servicio de habitaciones, pero no pudo decidir qué pedir. Se acercó a la puerta del cuarto de baño y mientras escuchaba el agua correr, respiró hondo. Casi podía verla, justo del otro lado, desnuda y esperándolo.

—¿Cámeron?

—¡Ya salgo! —exclamó.

—No hay prisa —le aseguró—. Pero ¿qué quieres comer?

—No... no lo sé —sonó nerviosa—. Lo mismo que tú.

Clavó la vista otra vez en el menú y se dio cuenta de que se moría de hambre. Había trabajado hasta tarde para luego ir directamente al desfile.

—¿Qué te parece unos afrodisíacos?

—No te oigo —indicó ella—. Lo que tú quieras.

Él sabía muy bien lo que quería... A ella. Pero primero alzó el teléfono, marcó el número del servicio de habitaciones y pidió el especial de la noche... Una cena de Acción de Gracias con la guarnición completa. Por si eso no bastaba, añadió ostras, corazones de alcachofas, un postre bien cargado con chocolate líquido y dos botellas de champán.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó.

—Lo siento, señor. Hay muchos pedidos. Probablemente una hora.

—Decidido, entonces —repuso.

Se descalzó, se quitó la camisa, después los pantalones y los calzoncillos, y se dirigió al cuarto de baño.

Capítulo 5

Cuando la cortina de la ducha se abrió, Peggy instintivamente se echó para atrás y se cubrió los pechos. El corazón se le desbocó al ver a Oliver Vargo. Desnudo y excitado, pasaba por encima del borde de la bañera.

—¿Qué haces? —soltó bajo el chorro de agua caliente.

Los ojos oscuros de él brillaban con picardía.

—¿Tú qué piensas, Cámeron?

La verdad era que no podía pensar. Y era el momento equivocado para explicarle que su nombre no era Cámeron. Se hallaba demasiado ocupada mirándolo. Tenía la piel más oscura de lo imaginado. Suave, también, salvo donde el vello oscuro le dividía los pectorales. Tenía el estómago plano y las caderas estrechas. Incapaz de evitarlo, siguió los rizos hasta donde terminaban en una masa amotinada. Todo su interior se contrajo al ver el resto. Rápidamente lo miró a los ojos... Y deseó no haberlo hecho.

Oliver Vargo sonreía y la observaba con interés.

—Pensé que no te importaría si me unía a ti —manifestó con sencillez, con voz baja y sexy.

En otras circunstancias, la seguridad que exhibía la habría irritado. Pero llevaba huyendo mucho tiempo y se sentía cansada y asustada. Unos momentos antes había podido disfrutar de una ducha relajada, gracias a que Oliver Vargo había estado vigilando la puerta como un ángel vengador.

—Eh... —el jabón se le iba a escapar de la mano.

—Dame —alargó un antebrazo velludo—. ¿Por qué no dejas que

yo me ocupe de eso?

Unos dedos largos le acariciaron el dorso de la mano y luego se la giró. Al dejar que el jabón se le escabullera de los dedos, una emoción inesperada se apoderó de ella. Surgió de la nada, y la alegró que bajo el chorro de agua él no pudiera ver las lágrimas que le caían por los ojos. Sí, saber que se hallaba del otro lado de la puerta del cuarto de baño había conseguido que se sintiera a salvo por primera vez en muchos días.

La inquietaba, pero también la confortaba. Y en ese instante, Oliver Vargo, un hombre al que apenas conocía, pero que había sido el objeto de sus fantasías, se había unido a ella en la ducha.

Con gentileza, le apartó las manos del pecho, y ella lo aceptó y las dejó caer a los costados, permitiéndole contemplarla en su plenitud.

La mente le daba vueltas. Pensó entonces que realmente necesitaba contarle por qué lo había estado siguiendo, antes de que fuera demasiado tarde.

—Eres hermosa —murmuró él.

Con los ojos tan calientes como unas llamas y oscuros como carbones, Oliver la recorrió con la mirada, provocándole un escalofrío. Antes de dejar a un lado la pastilla de jabón, se enjabonó las manos y las extendió sobre su caja torácica.

Ante el contacto, ella contuvo el aliento.

—Esto es una locura. Ni siquiera nos conocemos...

La detuvo con la boca. Bajo el agua, posó los labios en los de ella. Encajaron a la perfección, tal como prometía hacer su cuerpo. Firme y seguro, se movió despacio, separándole los labios, mordisqueándola. Peggy apenas podía creer que algo así estuviera sucediendo. Era irreal que Oliver Vargo acabara de meterse en la ducha con ella.

Emitió un gemido cuando las manos enjabonadas subieron para acomodarse bajo sus pechos mientras ahondaba el beso. Los alzó y probó su peso; luego, las manos se precipitaron sobre los senos como si fueran remolinos. Al ritmo de los embates lentos y sensuales de la

lengua, le acarició los costados, y le cubrió la parte frontal con burbujas blancas. Al juntarlos, emitió un jadeo de satisfacción masculina.

Los pezones ya endurecidos se contrajeron aún más cuando la lengua en el interior de su boca le proyectó un calor líquido hasta el núcleo de su ser. Oliver siguió ese movimiento con la embestida de las caderas. Caliente y palpitante, la erección la buscó, adentrándose entre unos muslos que ella abrió para él. Se acomodó con una promesa y Peggy respondió con otro jadeo de necesidad.

—Por favor... —susurró con voz ronca.

—Todavía no.

Volvió a buscar un pecho y jugó con el pezón al tiempo que con la boca capturaba el grito que soltaba ella.

A Peggy se le aflojaron las rodillas. ¡La había sorprendido! Y necesitaba ese momento con tanta desesperación... Necesitaba los brazos fuertes de Oliver, el acto sexual impulsivo que le hiciera olvidar la pesadilla en la que había estado inmersa.

Cuando él quebró el beso, abrió más los labios, pero para protestar. Sin embargo, Oliver no le hizo caso. Bajó la cabeza y lamio un pezón. Una y otra vez, hasta que cada centímetro de su cuerpo lo anheló.

El pulso se le desbocó. Ningún hombre la había excitado con esa rapidez y profundidad. Pero no había tiempo para maravillarse de la intensidad. Por su mente pasaron imágenes de las cosas sexuales que quería hacer con él... Se vio acariciándole el pene hasta que le suplicara que lo liberara... Se vio poniéndose de rodillas para introducirlo hondamente entre sus labios.

Con un jadeo; le rodeó la cintura con los brazos; aferrada a él, echó la cabeza para atrás en un gesto de rendición. Él llevó una mano a su nuca y la agarró por el pelo y con rudeza volvió a tomarle la boca. Estaba hambriento.

Cada embate de la boca, cada estocada de la lengua, la introdujo

más dentro de él, hasta que la ahogó en un mundo de remolineante tentación.

Peggy volvió a jadear, impotente para luchar contra los dedos resbaladizos que jugaban con un pezón... Rodeándolo, masajeándolo, pellizcándolo...

Sabía que debería detenerlo... Y también que no podía. Fue consciente de que alzaba la mano por encima de ella, y cuando el agua dejó de caer, pensó que la había cerrado. Pero entonces el chorro descendió por su espalda y al poco, Peggy lo tenía entre las piernas.

—Sostenme —logró pedir con voz rota.

—Lo que necesites.

Oliver deslizó una mano por su espalda para sostenerla. Con ojos intensos, contempló su rostro al tiempo que en él también se incrementaba el placer.

—Excelente —murmuró cuando un grito le indicó que había encontrado el clítoris.

Los chorros de agua remolinearon en torno al cálido centro y la elevaron cada vez más.

Le besó la mejilla, le llenó de besos la piel mientras con voz ronca murmuraba naderías. Cuando ella se arqueó, la mano que la sostenía descendió y se curvó sobre el trasero. De pronto el agua que corría entre las piernas de ella salió con más fuerza. Más caliente. Oliver había incrementado la potencia.

«*Es demasiado*», pensó ella. No podía soportarlo. Jadeante, sintió el chorro tan cerca que el metal la rozó. Luego, ya no supo qué sintió. Dedos. Líquido. Una exploración profunda. Una mano que la enjabonaba entre las piernas mientras el chorro la limpiaba. Oliver la acarició con un dedo, con dos, antes de introducirse los.

Y aún quería más, lo quería a él. Necesitaba tenerlo dentro. Duro, grueso y preparado, estaba a sólo unos centímetros. Peggy deslizó las manos sobre las caderas estrechas.

—Vamos, cariño —susurró él.

Ella se fragmentó en convulsiones.

Nunca nada le había gustado tanto. Oliver le murmuraba al oído, y la voz grave y rica la derretía. Tenía el cuerpo absolutamente excitado, y lo siguiente que supo fue que lo atraía nuevamente por las caderas, queriendo sentirlo palpitar entre sus piernas, contra su piel.

Aturdida, lo observó volver a colocar el mango de la ducha sobre sus cabezas.

Cuando la boca de él volvió a encontrar la suya, comprendió que tal vez ella hubiera quedado satisfecha, pero que él no lo estaba. Tenía la respiración entrecortada y los ojos vidriosos. Entonces, Peggy cerró los suyos y le devolvió el beso. Bajó la boca y le recorrió el cuello con los labios, llegó al torso y los cerró sobre un pezón.

—Ah... Cámeron —dijo él.

Bajó la mano y volvió a introducirle los dedos, de un modo en que ella nunca había sido tocada. Despacio, minuciosamente, la acarició, curvando los dedos en un movimiento de avance y retroceso mientras buscaba el punto G.

No sólo sabía lo que era, sino que lo encontró sin problema. Lo rozó. Y lo rozó. Ella se arqueó otra vez con un jadeo inaudible. En unos segundos, volvió a estar al borde del precipicio, ya que las sensaciones de los dedos resbaladizos y aterciopelados la dejaban sin control. También ella bajó la mano para rodearlo. Estaba hinchado por la excitación y a punto de estallar. Oliver echó la cabeza hacia atrás mientras ella lo acariciaba.

—Vas a hacer que explote de placer —susurró.

—Es lo que quiero, Oliver —repuso.

Colocó el dedo pulgar debajo de la punta del pene y frotó con movimientos circulares la parte inferior. Una oscuridad brumosa cayó sobre la mente de Oliver como una cortina densa. Ella mantenía los ojos cerrados, concentrada completamente en la sensación abrumadora. El miedo la había abandonado, sustituido por una

afirmación de vida. Por calor. Por seguridad. Por protección.

Por Oliver.

Mientras lo guiaba hacia ella, él habló con tono tenso y urgente.

—Un momento.

Entonces abrió los ojos y lo vio apartar la cortina y alargar el brazo lo suficiente para recoger un preservativo que había llevado consigo al cuarto de baño. Lo miró ponérselo sobre la equipación masculina más bella que jamás había contemplado. Estaba duro como una roca y recto como una flecha.

Cerró otra vez los ojos cuando Oliver se acercó y la besó para prepararla... Una advertencia, una promesa antes de comenzar a introducirse en ella. Durante un momento volvieron a ser extraños. Y también a estar solos. De pie en la ducha, como bajo la dura lluvia del exterior, con el sonido del agua ahogando los de la ciudad. Durante ese momento fugaz, Peggy se preguntó qué hacía.

Y entonces el momento se desvaneció.

Sabía exactamente lo que hacía... Obtener satisfacción del hombre más atractivo que jamás había conocido. Entreabrió los ojos. Líquidos e intensos, los de Oliver le devolvían la mirada con increíble gentileza. Fue esa ternura lo que de verdad le llegó al corazón.

Entonces se derritió y lo maldijo por poner una expresión de que realmente le importaba lo que le pasaba. En especial porque no se conocían. También se maldijo a sí misma por haber permitido que se acercara tanto a ella.

Cerró los dedos sobre los hombros de él y empleó las uñas para provocarlo y aproximarlos.

—Hazme el amor —susurró.

—¿En la cama?

—Aquí —estaba preparada.

—Por mí, perfecto.

Ya había comenzado a introducirse en ella. Y en ese momento la penetró por completo. Peggy sintió el temblor en las manos de

Oliver, la tensión en los músculos de los muslos, el delicioso escalofrío que lo dominó cuando la llenó totalmente. También él sentía placer y se movía con más fuerza, con más determinación. Las oleadas que lo sacudían también la sacudieron a ella. De las caderas de él se transmitían a las suyas. El calor se movió entre ambos. Peggy no podía creer el calor abrasador que la dominaba, que ascendía en una trayectoria de placer mientras la lengua hambrienta de él le saqueaba la boca.

Y entonces llegó. Pareció dejar de respirar. Oliver la consumía con un apetito sexual. Absolutamente invadida, quedó rendida al placer. No quería regresar. Quería estar con ese hombre para siempre, viviendo en las incesantes oleadas de gozo que rompían sobre su cuerpo. Con un grito, él ladeó las caderas, se elevó y al sentir los espasmos de ella, volvió a gritar y la embistió con movimientos veloces hasta que se le puso el cuerpo tenso. La liberación lo sacudió y lo dejó jadeando sobre su cuello con una satisfacción profunda.

—¿Estás bien? —preguntó, un instante después.

Incluso con el preservativo puesto, Peggy podía sentir cómo palpitaba, enterrado en ella. «¿*Bien?*», se preguntó vagamente. Parecía una pregunta extraña, pero entendía lo que quería dar a entender. Jamás había experimentado un sexo tan satisfactorio ni tanta gratitud por el calor de un cuerpo masculino.

—Asombroso —musitó, aferrándose a Oliver, quien la miraba como si estuviera medio enamorado de ella—. Sí —añadió—. Estoy bien. ¿Y tú?

Él asintió con una sonrisa, los ojos encendidos como una llama.

—¡Oh, sí! —pasado un momento, ladeó la cabeza—. Podría estar aquí toda la noche. Pero creo que hay alguien ante la puerta.

Un remolino de temor se enroscó en las entrañas de Peggy. Abrió los labios en protesta muda. Se preguntó si Susan Jones la habría seguido.

—¿Ante la puerta?

—Servicio de habitaciones.

La invadió el alivio.

—Olvidaba que habías llamado.

Él emitió una risita suave.

—Estábamos ocupados.

—Será mejor que salgamos.

Oliver ladeó la cabeza y le dio un beso suave en los labios.

—No te preocupes. Yo me encargo. Tómate tu tiempo para vestirme.

Antes de que ella pudiera responder, recogió una toalla, se la pasó a la cintura y se dirigió hacia la puerta.

Alzando un trozo de pavo del plato, Oliver dejó que se lo quitara con la boca. En el proceso, ella le besó los dedos.

—Rico, ¿eh? —instó él.

Peggy se apartó un mechón de pelo de la cara mientras atacaba el helado.

—Me moría de hambre.

Le sonrió. La tenía sentada frente a él en la cama, con las piernas cruzadas, incapaz de creer en su buena suerte en las últimas horas. Si hubiera imaginado que una amiga de Anna iba a ser tan apasionada, habría establecido una cita mucho tiempo atrás.

—¿Llena?

—A punto.

Cuando salió del cuarto de baño con los pantalones negros de licra y la escueta blusa, él se había vuelto a poner los pantalones. De eso hacía casi una hora. En ese momento entre ellos quedaba la bandeja vacía.

Pero incluso en ese momento, podía sentir cómo el calor entre Cámeron y él se avivaba. Sí, se reconfortaban con la compañía del otro, pero también había tensión palpable. Los recorría y se manifestaba en alientos contenidos y en largas miradas de reojo.

El lenguaje corporal siempre lo había fascinado, principalmente porque tenía que interpretarlo con cuidado mientras interrogaba a sospechosos. Y al observar a Cámeron, llegó a la conclusión de que estaban a punto de volver a hacer el amor. Conjeturó que ella pensaba lo mismo.

Se llevó una galletita a la boca.

—Y pensar que creía que no llegaría a disfrutar de una cena de Acción de Gracias...

Ella lamió el helado de la cuchara de un modo que potenció la imaginación de Oliver.

—Por lo general, ¿dónde la celebras?

—Con mis padres en Utah.

A pesar de su silencio anterior, ella se había mostrado conversadora durante la cena, preguntándole sobre los intereses y hábitos que tenía, pero reservándose cada vez que Oliver intentaba obtener la misma información de ella.

—¿Nadie especial?

Era la misma pregunta que Kate Olsen le había formulado en el programa de televisión.

—Ahora sí.

—Touché.

—De verdad —se encogió de hombros—. Pensaba que iba a pasar Acción de Gracias sin una cena tradicional. Mis padres decidieron irse fuera del país, y Anna... Bueno, supongo que ya conoces a Atina.

Ella dio la impresión de no tener idea.

—¿Te gusta estar con la familia?

—Sí. ¿Y a ti?

Casi lamentó haberlo preguntado. Los ojos castaños se tornaron melancólicos.

—Mucho.

—¿Por qué no estás con ellos?

Movió la cabeza como si quisiera despejarla.

—Es una larga historia.

—Me gustaría oírla.

Ella reflexionó unos momentos.

—Yo... —comenzó— ...Crecí con mi madre y su hermana, la tía Jill. Está soltera.

—¿Por qué tu tono de voz me lleva a creer que ahí hay una historia? —enarcó las cejas.

—Porque la hay. Un hombre abandonó a mi tía ante el altar. Se fue con una de las invitadas.

—¿El día de la boda?

Peggy asintió.

—De hecho, la tía Jill se casó —corrigió—. Pero sólo lo estuvo durante una hora, más o menos. Luego, el matrimonio fue anulado. Acababa de ponerse la ropa con la que se iría de luna de miel cuando encontró a su marido en una habitación del coro con una dama de honor.

—¿Nunca lo superó?

Oliver frunció el ceño.

—No. Peor aún, la dama de honor y el ex de la tía Jill están felizmente casados hasta el día de la fecha. Con cuatro hijos. Por suerte, se fueron a vivir a otro Estado.

—¿Y tu padre?

—Se marchó cuando yo era niña e inició una segunda familia.

—¡Ah! Otra traición.

—Somos definitivamente una familia de mujeres. En fin... No tenemos suerte con los hombres.

—Esta noche la has tenido —señaló Oliver.

—Ya sabes a qué me refiero.

Oliver lamentó ver la expresión que la embargó.

—Lo siento —murmuró.

—No pasa nada. Fue duro de aceptar. Tenía siete años cuando se marchó, y luego tuvo dos hijos mas.

Y ella quedó fuera de la foto. Oliver no necesitó preguntar más; podía leer los detalles en los ojos de ella. Imaginó las promesas iniciales, las llamadas de teléfono, la lenta comprensión de que su padre se había ido para siempre, fuera de su vida.

Contuvo la ira. En su línea de trabajo, había observado conductas mucho peores, verdaderas historias de horror, pero odiaba cualquier situación en la que los adultos no eran capaces de cumplir las obligaciones hacia los niños que los amaban.

—Tuviste a tu madre y a tu tía Jill —le recordó con suavidad.

Ella asintió con expresión cálida.

—Sí.

—Y entonces, te encuentras en la ciudad durante esta fiesta porque...

—¡Oh! —concedió de forma vaga—. Por muchos motivos.

—¿Y la Navidad?

Incluso al pronunciar las palabras, sintió una punzada de tristeza. No iba a ser igual sin Anna y sus padres.

—Aún no estoy segura. Quizá tenga que trabajar... —se encogió de hombros como para descartar el tema—. ¿Y qué me dices del resto de las fiestas? ¿Trabajas?

—Algunos días. Anna ya te lo habrá contado.

—No dijo mucho. Estás en la oficina del FBI que hay sobre Grand Central, ¿verdad?

Ella sabía que así era. La había visto vigilándolo, pero decidió no mencionarlo. Asintió. Dejó la servilleta para concluir la cena y levantó una botella.

—Verdad. Pero sólo temporalmente. Vivo cerca de Quantico. ¿Más champán?

—Claro —mientras se lo servía, continuó—: ¿Y qué me dices de tus compañeros? ¿Los tendrás contigo o harás turnos por ellos?

No era la primera vez que sacaba el tema de su trabajo. Durante la cena, lo había animado a hablar de la oficina. Qué compañeros

tenía, quiénes le caían bien y mal... Y a punto había estado de hablar de Miles McLaughlin y de Kevin Hall, pero se lo pensó mejor. No la conocía tan bien.

En ese momento le sonrió, clavó la vista en la blusa transparente que llevaba y se le reseco la boca. Observó donde la punta de los pechos sobresalían por debajo de la tela del sujetador, duras, compactas y listas otra vez para su boca.

—En realidad, no quieres hablar de mi trabajo, ¿verdad?

—Claro —sonreía con más facilidad ya, como si se sintiera más cómoda con él—. Es fascinante.

Oliver puso expresión escéptica, se inclinó, apoyó una mano en la rodilla de ella y la deslizó por el muslo.

—Odio la política de la oficina.

—¿Y tus libros?

Suspiró satisfecho, en parte por el tema y en parte por la sensación suave de la licra. Por debajo, podía sentir los músculos de Cámeron responder a su contacto, cobrando vida y anhelando más.

—Escribir es otra historia. Me encanta.

—¿No puedes hacerlo a tiempo completo?

—Me temo que no.

—¡Pero si has tenido un gran éxito de ventas!

—Cierto. Pero todavía me necesitan en el trabajo.

—¿Y qué me dices de tus necesidades?

—Buena cuestión. Hablemos de mis necesidades.

Ella parpadeó.

—¿Qué necesitas?

Oliver le devolvió la sonrisa mientras la inspeccionaba.

—¿Qué necesito? —murmuró mientras subía la mano hasta el nacimiento del muslo—. Al fin la conversación adquiere un rumbo que me gusta.

Puso la bandeja en el suelo, se situó boca abajo y se acomodó entre las piernas de ella, preparándose para empujarla boca arriba

sobre el colchón.

Peggy rió entre dientes.

—Estaba comiendo.

—Ya no —se relamió él con gesto juguetón.

—Eres bastante dictatorial.

—Me gusta oír eso —susurró.

—¿Qué? ¿Que eres dominador e irritante?

—Antes no mencionaste «*irritante*».

—Lo hago ahora.

—Lo que quería dar a entender era que me gusta oírte reír.

Ella lo miró de reojo, en absoluto convencida, mientras él le acariciaba ambos muslos y deslizaba los dedos pulgares sensualmente sobre sus caderas.

—¿De verdad?

—Sí. Hasta ahora, has dado la impresión de estar seria en todo momento.

—Supongo que soy seria —replicó—. De hecho, Oliver, hay algunos motivos de por qué...

—Eso lo puedo arreglar, ¿sabes? —musitó él cuando ella calló.

—¿Arreglar qué?

—Que seas seria.

—No sabía que fuera un problema.

—Sólo en determinadas circunstancias.

—¿Y esta es una de ellas?

—Desde luego.

Las manos de ella se posaron en el dorso de las de Oliver, y así como el contacto parecía destinado a evitar que subiera hasta sus pechos, él lo experimentó como una caricia. La aparente reticencia sólo ayudó a darle más determinación para tenerla. Lo había estado volviendo loco desde el día en que Anna le mostró su foto. Y en ese momento, después de lo sucedido en la ducha, ya no había marcha atrás.

Todo en ella, su aspecto, su aroma, su pasión, por no mencionar el aura de misterio que la rodeaba, lo volvía más loco que la foto que todavía llevaba en la cartera. Alzó la vista y vio que la expresión de ella se había nublado, como si hubiera esperado toda la noche para divulgar un secreto especial.

La observó fascinado cuando esbozó una sonrisa curiosa.

—¿Vas a hacer que deje de ser seria? —repitió.

—Puedes apostar.

Ninguno movió un músculo. Pero pasado un momento, ella entreabrió los labios como para un beso. Ante la invitación, Oliver subió un poco las manos y rodeó las caderas llenas con los dedos; sintió, más que oyó, que ella contenía el aliento.

—Sólo estamos tú y yo —murmuró.

—Nadie más —convino Peggy.

—No siento que seamos extraños.

No podía creer la pasión que había estallado entre los dos.

Ella volvió a reír con suavidad.

—Creo que ya no lo somos.

—¿Te alegra?

—¿Que esto sucediera? —se encogió de hombros y un mechón de pelo húmedo le cayó en la cara—. Sí. Estoy contenta. Es gracioso lo solitario que puede parecer a veces Manhattan —concluyó con un suspiro.

—Ocho millones de personas pueden recordarte que estás solo.

—Ya no lo estoy.

Como por arte de magia, sus respiraciones se habían vuelto entrecortadas, prometiendo que se convertirían en jadeos. El calor del sexo que ya habían compartido aún impregnaba la atmósfera.

—Te deseo —manifestó Oliver con voz ronca.

—Necesitamos hablar —murmuró ella.

—Después —prometió, incapaz de contener la atracción de la excitación. Era embriagadora, lo mareaba. Pegó la cara sobre el

estómago de Peggy y frotó la mejilla contra la licra—. Te quiero debajo de mí en la cama.

—¿Debajo? —volvió a sonreír.

—O encima.

—¿Y qué te parece de costado? —aventuró.

—Como sea.

Ella se echó para atrás, agarró el bajo de la blusa y simplemente, se la quitó. Cuando sus pechos quedaron libres, Oliver suspiró ansiosamente.

—Estás llena de sorpresas, Cámeron.

Sabía que al fin había conocido a su pareja. Esa noche sólo marcaba el principio. Iban a disponer de mucho tiempo para conocerse.

—Y ahora quítame los pantalones —indicó ella.

Por desgracia, eso era más complicado, y cuanto más luchaba con ellos, más carcajadas le provocaba, lo que dificultaba todavía más el proceso.

—Son tan prietos como una virgen —se quejó Oliver al final, frustrado ante la imposibilidad de avanzar algo.

—Es el precio que pagas por haber elegido los pantalones, Oliver.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Déjame a mí.

De hecho, su intención no fue ayudar, sino enloquecerlo más contoneando su exuberante trasero.

—Eres implacable —musitó él.

—Pobrecito... —se burló.

Con un suspiro, la observó. Luego, sin poder resistirse, volvió a tirar, en esa ocasión con más fuerza, y consiguió bajarle los pantalones hasta la rodilla.

—Paciencia —advirtió ella con tono juguetón, disfrutando abiertamente de la irritación que lo dominaba. Bajó el pantalón hasta las pantorrillas—. Es una virtud, Oliver.

—Lo único que sé de la virtud —replicó antes de darle un beso en la mejilla—, es que pronto no te va a quedar nada.

—Grandes palabras.

—Soy un tipo grande.

—Primero me tienes que quitar los pantalones —le recordó.

—Estoy decidido a ello —aseguró.

—Adelante, tigre.

Tiró de la prenda hasta sacársela por los pies.

—¡Ya está! —susurró.

—Buen trabajo —alabó ella—. Sigue así y se te recompensará con un ascenso.

—¿A qué rango?

—Esclavo del amor.

Mientras se quitaba los pantalones, observó los muslos de huesos largos. Eran tan perfectos... Lampiños, suaves y cremosos; estaba impaciente por volver a tenerlos alrededor de sus caderas. Contuvo el aliento y se preparó con un preservativo. Luego, apoyó los codos a cada lado de la cabeza de ella y buceó en los ojos castaños; algo en él se paralizó. De pronto, la sonrisa murió en sus labios. Era tan atractiva... Sin embargo, seguía sin conocer nada de ella salvo que tenía madre y una tía llamada Jill.

—Quiero saber más de ti —murmuró.

—¿Qué?

—Todo.

—¿Quieres que empiece a hablar ahora mismo?

—Mejor luego —le pasó un dedo por la mejilla—. No quiero que esta noche se termine. ¿Qué he hecho para merecerla?

En vez de responder, ella apoyó la mano en su mejilla y le bajó la cara para que las bocas se encontraran. El beso fue suave, cálido y tierno. Dolorosamente lento.

—Estoy lista —murmuró Peggy con sencillez.

El tiempo pareció detenerse cuando la penetró. El instante en que

sintió el calor resbaladizo envolverlo, cerró los ojos y comenzó la cabalgata hacia el éxtasis. Cámeron estaba tan preparada como él. Las caderas se acoplaron al mismo ritmo. Los gritos de ella se fundieron con sus gemidos. Los besos llovieron sobre sus hombros.

La oscuridad se adueñó de su conciencia. Una oscuridad caliente, profunda, que permaneció con él hasta mucho después de que ella alcanzara el orgasmo. Hasta mucho después de seguirla al olvido. Una oscuridad que de inmediato lo lanzó a un sueño profundo y sereno.

Con gentileza, Peggy cubrió los hombros de Oliver con una manta.

Consternada, movió la cabeza mientras recordaba los ensayos de su discurso. Lo tenía memorizado. Había dispuesto de toda la intención de presentarse como Peggy Fox. Pero a cambio, había dejado que Oliver la tomara por otra mujer llamada Cámeron, aunque ya no importaba. Habría mucho tiempo para contarle lo sucedido con Miles McLaughlin y Susan Jones.

Al mirarlo, se sonrojó por una sensación de culpabilidad. No, debería habérselo contado de inmediato; no debería haber perdido ni un minuto. Susan Jones era una mujer peligrosa y Miles daba cobijo a una fugitiva. Pero ¿cómo iba a adivinar que Oliver iba a terminar metiéndose en la ducha con ella? ¿Y qué mujer sana habría podido negarse a eso?

No sólo era atractivo, brillante y protector, sino que entre ellos existía una química extraña. Esa no era la primera vez que perdía la cabeza por un hombre, razón por la que había intentado desterrar de su vida al sexo opuesto. En ese momento, no quería contarle a Oliver toda la verdad, porque buscaba su respeto. ¿No sería muy humillante revelarle el engaño al que la había sometido Miles? ¿Que había creído que la amaba?

¿Y quién era Cámeron? ¿Por qué Oliver se acostaría con una mujer a la que sólo conocía por nombre? Por lo que había podido

adivinar, pensaba que Cámeron era una amiga de su hermana, Anna.

—Quizá cambie la historia un poco —susurró, sin desear que supiera que había sido lo bastante estúpida como para enamorarse de Miles.

Y quizá si las cosas se aclaraban adecuadamente, y Miles y Susan Jones terminaban en la cárcel, podría llevar a Oliver a casa durante la Navidad para que conociera a su madre y a la tía Jill. Después de todo, con los padres de él fuera del país y Anna de viaje con el novio, Oliver no tenía a donde ir...

—¡Oh, Peggy! —se advirtió con un murmullo.

¿Qué había sido de su determinación de no involucrarse afectivamente? Peor aún, cuando su intención había sido sonsacarle información acerca de Miles, había terminado oyendo la historia personal de Oliver, lo que la había dejado con la inquietante sospecha de que le encantarían los padres y la hermana de él. Todos los instintos que la habían conducido hasta él parecían certeros. Era tan cariñoso y tierno, tan justo como parecía en la tele.

Cuando iba a acurrucarse a su lado, notó que su cartera estaba caída en el suelo... Y el borde de un preservativo sobresaliendo del interior. Sonrió. Mientras se inclinaba sobre el borde de la cama, le pareció gracioso que horas atrás hubiera tenido miedo cuando en ese momento se lo pasaba en grande.

Abrió la cartera, admiró la placa y luego extrajo el preservativo, que colocó en la mesilla para el día siguiente por la mañana. De pronto frunció el ceño y extrajo un papel doblado. Sólo era visible una cuarta parte de la hoja doblada, pero se trataba de la foto de una mujer. Lo que vio del pelo le recordó al suyo propio.

Con un nudo en la garganta, la desplegó.

—Soy yo —murmuró, reavivado el miedo en el cuerpo—. ¿De dónde la ha sacado?

Apenas pudo oírse por encima del torrente de sangre en su cabeza. En la foto, llevaba puesta una ropa que no recordaba.

Rebuscó en la memoria con ojos entrecerrados. ¿Cuándo se había puesto esa ropa? ¿Habría sido Miles quien sacara esa foto?

—Sí —susurró de pronto.

Ya recordaba. Durante una de sus primeras citas, le había pedido el jersey de cachemira a una de sus compañeras de piso, Kiki. Miles había llevado una nueva cámara digital y le había sacado unas fotos, aduciendo que quería probarla.

Sintió la espiral de traición en su estómago. La foto había estado toda la noche en la cartera de Oliver. Tenía que haberla conseguido de Miles. No existía otra explicación posible. Sólo Miles tenía una conexión con Oliver y con ella.

Lo miró. La había reconocido por la foto, pero había guardado silencio. La situación se tornaba más extraña por momentos. ¿Por qué no le había dicho nada? Sintió una punzada de dolor, luego de arrepentimiento. ¿Por qué había tenido que encontrar la foto en ese instante, después de que le hubiera hecho el amor de forma exquisita? Había estado convencida de que podía confiar en él. A pesar de lo inesperado que era, había pensado que podrían tener un futuro. Como si un futuro pudiera cimentarse en el placer de una noche.

Fuera cual fuere el motivo por el que Oliver la había llamado Cámeron, Peggy ya no quería averiguarlo. En ese momento parecía posible que los tres agentes supieran algo. Tanto Kevin Hall como Oliver la habían reconocido... Y de una foto que únicamente había estado en posesión de Miles. Lo que significaba que al ser la única testigo de la relación entre Miles y Susan, aún podía correr peligro. Miró una última vez la imagen y se deslizó fuera de la cama. Mientras se vestía, comenzó a llorar en silencio. Era la primera vez que lo hacía desde que se había iniciado la pesadilla en la que se encontraba.

Capítulo 6

—Como desea los resultados de inmediato, debe de tratarse de un caso importante, señor Vargo —musitó un agente joven cuando Oliver le entregó la muestra de una huella.

¿Importante? Su mujer de ensueño había desaparecido hacía casi dos semanas, y a pesar de su destreza para localizar a sospechosos, no había sido capaz de proyectar toda su pericia para solucionar su vida amorosa. Manhattan jamás le había parecido tan grande. Y ella era un fantasma, un espejismo que estaba demostrando ser inalcanzable. Se preguntó por qué había decidido jugar al escondite. ¿Acaso no sabía que tarde o temprano la encontraría?

¿Dónde estaría? ¿Y sería Cámeron su verdadero nombre? ¿Por qué se había marchado sin siquiera despedirse? ¿Acaso el sexo que habían compartido no la había afectado en absoluto? ¿O simplemente había buscado una aventura de una noche? ¿Tendría novio? El corazón se le encogió. ¿Quizá marido?

No tenía ni idea de lo que haría o diría si la encontraba. «*Cuando la encuentre...*», juró para sus adentros. Después de la noche que pasaron juntos, nunca la dejaría escapar.

—¿Señor Vargo?

Devolvió su atención al agente joven, quien con un traje marrón y relucientes zapatos negros, parecía el típico agente del FBI.

—Lo siento —murmuró, se disculpó—. ¿Cómo se llama?

—Garrison.

—Bien, Garrison, tiene razón —le aseguró, mirándolo a los ojos brillantes y ansiosos—. Es... Un caso importante para mí. Así que le

agradecería que pudiera cotejar las huellas ahora. Lo haría yo mismo, pero Miles y Kevin acaban de convocar una reunión.

—Un caso importante, ¿eh? —repitió Garrison con curiosidad.

—Sí. Y como le acabo de decir, me vendría bien su ayuda.

Había sacado las huellas de la máscara negra que había encontrado debajo de la cama del hotel. Intentó desterrar la imagen de los ojos que había detrás de ella, pero como todo en lo referente a Cámeron, esos ojos aún lo obsesionaban.

—Probablemente pueda tener los resultados cuando salga de la reunión —aseguró Garrison—. ¿Se trata de un delincuente reconocido?

—Ya veremos —repuso con vaguedad.

—Encantado de ayudarlo, señor —las mejillas del joven se colorearon un poco—. Jamás he tenido la oportunidad de decírselo, señor Vargo, pero es un honor trabajar para usted. He leído todos sus libros y estoy familiarizado con los casos que ha solucionado. Emplean su material en muchos de nuestros cursos de entrenamiento.

—Gracias por mencionarlo. Y le agradezco que coteje las huellas —asintió antes de dirigirse hacia su escritorio para recoger el abrigo y la corbata. Mientras avanzaba entre el mar de cubículos grises, suspiró. ¿Acaso Miles no sabía que tenía innumerables y mejores cosas que hacer que aguantar otra demostración de *Combinación Rápida*?

Volvió a preguntarse cómo había podido dejarlo en el hotel. Al principio, pensó que le había pasado algo. Había trabajado en demasiados casos como para no imaginar siempre lo peor. Pero lo único que había quedado de ella había sido la máscara negra, que en algún momento debieron de empujar con el pie debajo de la cama. Al menos las huellas de Cámeron se habían adherido al material poroso. Con un poco de suerte, sería como el zapato de cristal... Y Garrison encontraría una huella que encajara con esa. Aunque

parecía poco probable, ya que no había dado la impresión de que ella tuviera un historial criminal.

—Nunca se sabe —susurró.

La mujer había hostigado sus sueños y luego se había materializado en carne propia para ofrecerle un sexo que hacía que todas sus fantasías nocturnas palidieran en comparación.

Pero no era sólo el sexo lo que echaba de menos. Maldita sea, era esa promesa titilante que había brillado entre los dos. Aquella noche había estado seguro de que marcaban el inicio de algo que podría durar.

Y entonces ella se había desvanecido.

Recogió la corbata del respaldo de su silla y se la pasó alrededor del cuello. Vio que tenía mensajes en el buzón de voz y con ansiedad los comprobó. Esperó con la boca reseca con la esperanza de tener algún recado de esa voz soñada. Pero al oír la voz del mensaje grabado, susurró:

—Anna.

En ese momento, Anna representaba su segunda mejor opción. Podría darle una pista sobre Cámeron. Además, ya era hora de que llamara. Miró por encima del hombro hacia la sala de conferencias, y se dio cuenta de que si no se daba prisa, llegaría tarde a la reunión. Luego, marcó el número que había dejado su hermana.

—¿Ollie? —preguntó al contestar.

—He tratado de localizarte.

—Debería haberte dicho dónde iba a estar —repuso con voz relajada y feliz.

—Sí, deberías. Mamá y papá...

—¡Oh, no! ¿También ellos han intentado localizarme?

—No. Pero podrían haberlo hecho.

—Lo siento —murmuró—. Vic y yo alquilamos un coche y hemos estado recorriendo las islas. Luego, terminamos en este pueblecito y

decidimos quedarnos. Ollie, ojalá pudieras verlo. ¡Ojalá estuvieras aquí! ¡Es tan increíblemente romántico...!

—Romanticismo en lo último que necesito.

—No sé —Anna bajó la voz—, pero creo que Vic va a pedirme que me case con él. Tiene esa expresión en los ojos...

—¿Otra vez?

Si la memoria no lo engañaba, Vic ya se lo había pedido.

—¡Oh, esto es tan diferente...! —aseguró su hermana—. Esta vez podría aceptar. Antes no estaba segura. Pero ahora...

Haciendo a un lado los recelos que le despertaba su propia vida amorosa, la felicitó. Pero antes de poder preguntarle si Cámeron era amiga de ellos, Anna se lanzó a una conversación sobre sus padres, con quienes él había hablado por teléfono, y luego quiso saber cómo estaba, ya que iba a tener que pasar sólo la Navidad.

—Vic y yo nos sentimos tan culpables por haberte dejado solo, hermano —concluyó.

—Hablando de estar sólo —aprovechó para volver al tema que le interesaba—, quiero que me hables de Cámeron.

Acomodó el teléfono entre la oreja y el hombro y volvió a mirar hacia la sala de conferencias. Vio que el agente Garrison lo llamaba, ya que la reunión iba a dar comienzo. Le indicó que enseguida iría.

—Eh... ¿Cámeron? —inquirió Anna.

—Sí —suspiró frustrado—. Escucha, apenas dispongo de un minuto. Tengo una reunión. Pero al no localizarte llamé a *Los Expedientes Del Sexo*. Me juraron que no conocían a nadie con ese nombre. Por si te estaban cubriendo, me presenté allí.

—¿Fuiste a mi oficina?

—Sí —de hecho, la había recorrido de despacho en despacho—. Sin embargo, no la vi.

—¿A quién? —Anna sonó preocupada—. Ollie, ¿de qué estás hablando?

—De Cámeron.

—¿Cámeron? Tendrás que dar marcha atrás. Me he perdido en alguna parte.

Para empeorar las cosas, de pronto su hermana soltó una risita, y Oliver sospecho que Vic le estaba haciendo cosquillas.

—Anna —advirtió.

—Oliver, ¿de qué estás hablando? —repitió.

—Como si no lo supieras.

—No lo sé.

Movió la cabeza con frustración.

—Anna —dijo—, sabes muy bien de qué hablo —para evitar más juegos, le recordó cuando se presentó en su despacho para cruzar *Los Expedientes Del Sexo con Combinación Rápida*—. ¿Vic te ayudó en esto? —finalizó.

—No. Y hablo en serio, Oliver —afirmó—. No ha sido una inocentada. No tengo ninguna amiga llamada Cámeron. Y nunca he visto a la mujer de la foto.

Lo peor era que la creía.

—¿Estás segura, Anna?

—Absolutamente.

El corazón se le fue al suelo. Aparte de las huellas, Anna había sido su única pista.

—Entonces, ¿cómo sucedió todo esto? —preguntó.

—¿Quién sabe? —manifestó Anna medio en serio—. Quizá sí se materializó de una foto. Tal vez se creó de la nada. Al fin y al cabo, estamos en Navidad. ¿Acaso no es la época de los milagros?

Era evidente que estar perdidamente enamorada de Vic nublaba el sentido común de su hermana.

—Como si tú creyeras en la magia...

—Bueno, no. Pero nada más tiene sentido —añadió—. ¿Hay alguien más que pudiera haberte gastado una broma?

—No. Sólo tú —suspiró—. He de irme. La reunión va a empezar. Otra demostración de *Combinación Rápida*.

—Lo siento, hermano. Sé que es la maldición de tu existencia.

Eso, y la desaparecida Cámeron. No podía creer que la hubiera perdido... Quizá para siempre.

Después de colgar, se dirigió hacia la sala de conferencias. Ya estaba reunido todo el mundo, los asientos ocupados y la demostración en marcha. Se apoyó cerca del árbol de Navidad y dejó que su mente vagara hasta el primer momento en que había vislumbrado a Cámeron en la calle Cuarenta y Dos. Era increíble. ¿Cómo había podido desvanecerse? ¿Y quién diablos era... si no era amiga de Anna?

Con dificultad, se concentró en la reunión y en Miles, de pie en la parte frontal de la sala junto a un monitor de televisión. La mancha de nacimiento que le marcaba la mejilla izquierda resultaba como un imán, al igual que los intensos ojos azules que brillaban con demasiada inteligencia. Oliver llevaba en la oficina el tiempo suficiente como para saber que Miles era un seductor, lo cual le parecía una pena. Demasiadas mujeres se sentían fácilmente atraídas por hombres obsesionados con el poder, a los que les gustaba tener el control.

—Lo que Kevin y yo queríamos mostrarle al grupo —decía con las manos en los bolsillos de fina lana fría de color gris—, es cómo funciona este programa. Nos muestra el aspecto que tendrán los sospechosos de nuestra lista de más buscados bajo diferentes guisas. Hemos dispuesto de programas similares, desde luego, pero nunca de algo tan preciso como esto. Veamos... —le hizo un gesto a Kevin con la cabeza—. No a un criminal muy buscado, sino a alguien menos importante. Esta sospechosa procede de uno de los carteles actualizados de personas buscadas.

Le hizo un gesto a Kevin, quien activó un botón del mando a distancia. Una foto apareció en la pantalla y Oliver estuvo a punto de ahogarse al verla.

«*Imposible*», pensó, aturdido. Sin duda alguna, ¡era Cámeron!

La imagen de su mujer de ensueño, la imagen de la mujer que lo había hostigado durante semanas, llenaba la pantalla. La misma foto aún seguía plegada en su cartera. De algún modo, consiguió no reaccionar mientras los ojos absorbían las facciones.

—Como podéis ver —decía Miles—, esta es Susan Jones. Alias Sharon Smith. Sabemos que se encuentra en alguna parte de Nueva York. O al menos lo estaba. Kevin la persiguió por el metro hace un par de semanas.

Oliver asimiló la información. Estaba fugada... Y lo sabía mientras hacía el amor con él en el Washington Square Hotel.

—Tiene un historial de un kilómetro de distancia —aseguró Kevin.

Enfermo, Oliver comprendió lo que debió de suceder. Mientras Anna cruzaba *Los Expedientes Del Sexo* con el programa *Combinación Rápida*, Oliver también había estado trabajando con la lista de criminales más buscados. Su hermana había dicho que podían minimizar esa ventana, pero por algún error, debió de imprimir la foto de Susan Jones.

Movió la cabeza. Seguía sin tener sentido, aunque debía de existir una explicación razonable. ¿Por qué Susan Jones había aparecido en su vida justo cuando Anna había imprimido por error su foto desde la lista de criminales buscados? Parecía... Sobrenatural. Demasiada coincidencia. ¿Significaba que lo había estado vigilando? ¿Por qué? ¿Y por qué se había acostado con él?

De algún modo, logró soportar los siguientes minutos, observando con estupefacción cómo la amante a la que anhelaba encontrar se revelaba como una criminal, primero como rubia y luego como morena. Dio la impresión de pasar una eternidad hasta que pudo abandonar la reunión. Cuando lo hizo, ansioso por regresar a su despacho para estar solo, el agente Garrison lo apartó a un lado para entregarle los resultados del análisis de la huella y el informe.

—Señor —dijo—, ¿se encuentra bien? Parece como si hubiera visto al *Fantasma de la Navidad Pasada*.

Y así era. Estudió el informe. Susan Jones había empezado en centros de detención para jóvenes, con un historial de malas compañías masculinas y pequeños robos, todo lo cual condujo a una serie de robos a bancos. Encarcelada una vez, estaba en libertad condicional cuando atracó otro banco. En ese momento se hallaba fugada con tres millones de dólares del botín.

—Figura en la lista de criminales buscados —musitó.

Pero lo peor era que él no había abandonado la idea de buscarla.

Hizo falta otra semana con todas sus habilidades de rastreo centradas en encontrarla. Se hallaba de pie en el exterior de la estación de metro de West Fourth Street, donde la había visto la última vez, quitándose nieve de los zapatos y tratando de no dejar que el frío lo entumeciera.

Tal como él lo veía, Susan Jones lo había reconocido por la televisión y decidido que quería divertirse un poco con él.

No tenía otra manera de entender lo que había sucedido. No obstante, parecía poco probable que empezara a seguirlo al mismo tiempo que Anna accedió por accidente a la lista de criminales más buscados e imprimiera su foto. Fuera lo que fuere, sabía que había una explicación lógica, que pensaba averiguar. Pero lo único claro era que lo había seducido... Y con éxito. Estaba medio enamorado de ella.

Había encontrado varios hoteles en los que se había hospedado y había regresado a la estación de metro donde la había visto. Llevaba vigilándola la última semana.

Por todo eso, no se sorprendió cuando apareció.

—Por fin —susurró, observándola salir del metro.

Mientras caminaba, ella cambió la correa de la bolsa de un hombro a otro. Todo el día la había sentido tan cerca, que casi podía

probarla.

Al girar a la derecha, en dirección a Bleeker Street, la siguió. La vio enfilarse hacia una tienda de electrónica en la esquina de la Séptima Avenida. Se hallaba ante un lugar llamado *Zito's* cuando la alcanzó, la agarró por el brazo y la obligó a girar.

Maldijo a su corazón por darle un vuelco. Estaba más hermosa que nunca. Nevaba con fuerza y los copos se posaban sobre su pelo rubio mientras el viento lo agitaba sobre sus mejillas enrojecidas. Tenía la boca fruncida en gesto de sorpresa, pero parecía preparada para ser besada. A su alrededor flotó el olor a pan recién horneado.

—Eres tú... —musitó ella.

—¿Sorprendida?

Antes de poder meditarlo, ladeó la cabeza y detuvo los labios a unos milímetros de ella. Una necesidad súbita y visceral de tenerla le hizo abrir las fosas nasales. Imaginó que la tumbaba en la calle y reclamaba su boca. Durante un segundo, se sintió tan cegado por la pasión, que ni siquiera la vio. Moriría si no volvía a hacerle el amor.

—¿Cómo supiste dónde estaba? —murmuró Peggy.

—Suerte —respondió con tono hosco, y como no era del todo cierto, añadió—: Años de entrenamiento.

Verla lo había dejado tonto; sólo en ese momento pudo sentir el frío que durante horas había combatido.

—¿Me buscabas?

Había dejado el trabajo para poder recorrer la ciudad.

—Claro. Como todos los agentes de Nueva York.

Ella puso expresión de miedo.

—¿Todos los agentes? ¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

¿De verdad pensaba que un poco de sexo lo convencería de olvidar el juramento que había hecho de respetar la ley?

—Encerrarte —repuso con voz engañosamente suave.

La vio tragar saliva. De pronto ya no estuvo seguro de sus intenciones. No al tener la boca de ella tan cerca ni cuando el pelo le

acariciaba unas mejillas que no se había molestado en afeitarse. No había tenido tiempo. Desde la reunión con Miles, cuando la había visto identificada como una criminal, pensar en ella lo había consumido.

En silencio, se maldijo por haber posado la vista en su figura. Casi pudo creer que la odiaba. Todos esos acontecimientos parecían una locura. Irreales. ¿Cómo había podido acostarse con una delincuente?

—Conseguí tus huellas de la máscara —se sintió impulsado a explicar.

—¿Mis huellas? ¿Y para qué las querías?

—Deja de jugar a ser ingenua.

Volvió a maldecirla por parecer tan inocente. Incluso asustada. Lo miraba fijamente, casi con expresión de súplica.

—¡Para ya! —ordenó.

—¿Qué?

Sintiéndose extrañamente impotente, la agarró con más fuerza y la acercó aún más. Sus pechos se rozaron. A través del abrigo de ella, sintió la suavidad de los senos, los pezones duros y erguidos. El contacto le provocó una descarga de electricidad y el calor se extendió a la parte baja de su vientre. Respiró hondo, aunque fue inútil. El corazón le martilleaba. Pero estaba decidido a que no lo afectara. Mirándola, se dijo que no le importaba nada que llevara una gabardina ligera... Ni si moría de neumonía por ello.

—No estoy fichada —parecía atónita y los dientes le castañeteaban—. Tienes que dejar que hable contigo. Es verdad, te seguía.

Soltó una risa áspera. La pegó a él con un movimiento tan brusco, que sus caderas chocaron. Sintió el estómago de ella, los huesos pélvicos.

—No sólo me seguiste —musitó—. Me sedujiste. Hiciste que te deseara.

—¿Me deseas?

«*Más que a la vida*». El muro de su torso se había amoldado a las curvas de ella. Sin duda también ella podía sentirlo, duro y caliente como la primera vez.

—¿Tú qué crees? —gruñó en respuesta.

Con lo cerca que estaban, podría sentir la prueba de lo mucho que la necesitaba.

—Necesitaba hablar contigo... —murmuró Peggy con voz queda—. Tenía que contarte algo.

—Pero no hablaste mucho —se obligó a responder—. ¿Verdad?

Los ojos castaños y cautelosos miraron a los costados, como si pensara escapar otra vez. Cuando volvieron a posarse en él, la expresión se había tornado más dura, con una determinación férrea.

—No —reconoció—. No, no lo hice. Estaba asustada y llevaba sola tanto tiempo, me sentía tan... tan...

—¿Querías un poco de consuelo masculino?

—Algo así —musitó—. Y a ti no te importó darlo —añadió.

Oliver aflojó la mandíbula y sintió el aire helado entrar en su boca, secándola. Necesitado de algo húmedo y caliente, experimentó la poderosa tentación de besarla. Quería probarla otra vez, sólo una, antes de llevársela para interrogarla. Aunque si era sincero, anhelaba algo más que un simple beso.

Pero era un agente íntegro.

—Tuviste tu oportunidad de hablar.

—No —se defendió con los labios apenas a centímetros de los de él—. Fuiste tú quien se metió en la ducha.

La atravesó con los ojos, y así como luchaba contra ello, supo que ella veía las luces danzarinas del deseo en los suyos. Durante un segundo fugaz, compartieron el recuerdo de cómo habían pasado el tiempo.

—Lo hice.

—Tú tenías una foto mía —manifestó Peggy con voz débil antes de ser absorbida por el viento—. ¿Puedes decirme de dónde

demonios la sacaste?

—Del sistema informático del FBI.

—¡Es imposible! —jadeó ella.

—¿Por qué?

—¡Nunca he cometido un delito!

—Eres una criminal —contradijo Oliver—. Y te voy a arrestar.

De pronto se dio cuenta de que sus bocas estaban casi pegadas. ¿Cómo se había acercado tanto? Entreabrió los labios por la sorpresa... O para besarla. Durante un segundo se sintió perdido.

—Te voy a arrestar —repitió, en esa ocasión para convencerse él. Y entonces, antes de meditarlo, añadió—: Pero no antes de que aclaremos una cosa.

—¿Qué?

—Esto, Cámeron —musitó—. O Susan. O quienquiera que seas.

La boca de Oliver no ofreció ninguna advertencia. Se abatió sobre la de ella en un ataque que no fue un beso. Fue más una orden, y el desbordamiento de una necesidad contenida. Le saqueó la lengua al tiempo que llevaba una mano detrás de su nuca y acariciaba ese pelo magnífico y sedoso que había creído que no volvería a tocar. Sin molestarse en ocultar el gemido de satisfacción, introdujo la lengua más profundamente en un beso que no tenía traza alguna de caballerosidad. Se dijo que no era necesario. Esa mujer era una delincuente peligrosa.

Y le devolvía el beso.

Fue algo tan celestial que Oliver pudo entender por qué las mujeres se desmayaban. Momentos atrás, había jurado que era un agente de la ley íntegro, para caer poco después a ese nivel. Pero había abierto los ojos. Con cada embate de su lengua sedosa, esa mujer lo arrastraba más lejos de la orilla. Se ahogaba en calor. Quería llevarla a casa y meterla en la cama. Quería introducirle la erección palpitante tan hondo, que no supiera dónde terminaba él y dónde comenzaba ella. A pesar de la nieve que caía alrededor, la sangre le

hervía.

De pronto, ella se separó.

—Para —jadeó.

No estaba preparado, pero tenía razón. No tenía derecho a satisfacer sus apetitos físicos, sin importar la atracción magnética que hubiera entre ellos. Se echó para atrás lo suficiente para verle la cara. Por minutos parecía más atractiva. Tenía los ojos aturridos por la pasión. La expresión vagamente confusa, como si no supiera muy bien qué había sucedido.

Él compartía la sensación. Su intención había sido llevarla directamente al FBI. Pero en cuanto clavó la vista en el capullo rojo que era la boca de ella, se transformó en un tonto.

—Suéltame —repitió Peggy.

Instintivamente, aflojó los dedos que la sujetaban. Como una persona hipnotizada, en cuanto esa boca deliciosa le pidió que la soltara, obedeció. En la fracción de segundo transcurrida antes de comprender el error que acababa de cometer y tratar de volver a sujetarla, ella había aprovechado la ventaja, dado media vuelta y huido.

Maldijo en voz baja y supo que era demasiado tarde. La manga de la gabardina se le escapó por unos centímetros. Emprendió la carrera, pero pisó un trozo de hielo y resbaló. No cayó, pero el frenazo le otorgó más ventaja a ella.

—Espera —pidió, aunque sabía que jamás lo haría.

Y entonces la persiguió.

Capítulo 7

—**V**amos —musitó Peggy mientras trataba de no pensar en el aire helado que le quemaba los pulmones, por no mencionar la sensación placentemente hinchada de la boca por el beso que le había dado Oliver.

El sólo hecho de pensar en la lengua codiciosa introduciéndose entre sus labios le enviaba lanzas de placer hacia el núcleo de su ser. Pero no era el mejor momento para pensar en eso.

Había hecho bien en huir. ¿Qué habría querido decir al llamarla criminal? ¿Y por qué había empleado el nombre de Susan? La perseguía y se comportaba como si su colega, Kevin Hall...

—Susan —murmuró, mientras el miedo y el esfuerzo le calentaban el cuerpo.

Era un nombre en el que no quería pensar. No podía referirse a Susan Jones... Aunque esa era la única Susan que la obsesionaba. ¿Habría conseguido Oliver relacionarlas de algún modo? Desconocía lo que sucedía. Sólo sabía que debía de tener alguna conexión con Miles para haber conseguido su foto.

«Corre», pensó, esquivando a los transeúntes en la acera.

En una calle lateral había un solar donde vendían árboles de Navidad. A punto estuvo de chocar con una pareja joven que se llevaba un abeto. Y apenas pudo esquivar a un hombre con un traje rojo que tañía una campana por el Ejército de Salvación.

Al menos Oliver no la había atrapado. Pero la bolsa era pesada y empezaba a congelarse y a sentir dolor en el costado. Se la pasó de un hombro a otro, esforzándose en mantener el impulso de avance

mientras el cambio del peso amenazaba con hacerla girar. Vagamente se preguntó en qué momento había realizado un giro equivocado en su vida, cómo había llegado a suceder eso. A su edad, al igual que su madre y la tía Jill, Peggy había considerado que estaría asentada en una vida feliz y segura en alguna parte, quizá de vuelta en Ohio. Y no huyendo...

«¡Corre!», ordenó su mente. «¡Corre, Peggy!»

Los pies pisaron con fuerza la acera. Rezaba para no encontrarse con un fragmento de hielo, aunque la nieve estaba húmeda y la temperatura tan baja, que las aceras se habían congelado.

«¡Deprisa! ¿Quieres que te atrape?»

Él le había dicho que la llevaría a someterla a interrogatorio. ¿Acaso pretendía arrestarla? ¿Por qué? No podía arriesgarse a ofrecer ninguna vulnerabilidad en lo concerniente a Miles McLaughlin. Oliver podría encerrarla, besarla hasta derretirle el último rincón de sus entrañas... Pero Susan Jones la mataría. Quizá también lo hiciera Miles, ya que había visto el dinero en la maleta.

—Tengo que salir de aquí —susurró.

Delante, vio una hilera de taxis amarillos en la Séptima Avenida, sólo tenía que parar uno. Le faltaba un minuto para llegar hasta allí. Y después estaría en el interior cálido de un taxi.

De pronto él la agarró.

Jadeando, trató de continuar la carrera, de arrastrarlo con ella, con la esperanza de que se desnivelara y la soltara.

No tuvo suerte. Una vez más, la obligó a darse la vuelta. Cuando los tacones le resbalaron en el hielo, sintió que giraba como una peonza humana hasta quedar pegada a la cara atractiva. También los cuerpos estaban pegados, y aunque trató de acallar las reacciones traicioneras, las sensaciones se desbocaron en su interior. Fueron como balas de conciencia rebotando de un lado a otro. Su ser se derritió. De repente se sintió tan acalorada como si se hallara en un día soleado en el Caribe, y lo odió por eso.

—¿Qué quieres? —musitó.

Y al hablar, la oleada de calor de su interior alcanzó la cima y descendió. El frío regresó con la ráfaga de aire gélido e invernal. Los dedos sin guantes estaban helados.

—A ti.

La respuesta inesperada le quitó el aliento. Momentos atrás, en los ojos de él había visto cuánto la deseaba. Era evidente que desde la primera noche que compartieron, Oliver había quedado tan embrujado como ella.

—Quieres llevarme a la cárcel —replicó—. ¿No es lo que dijiste?

—¿Y por qué no debería hacerlo?

—Porque no he hecho nada malo. ¿Qué está pasando? ¿Por qué me persigues?

—Porque has huido —respondió con voz engañosamente suave.

—Pero dijiste que me ibas a encerrar. Suéltame —suplicó, aún aturdida por el beso y sintiéndose aterrada porque pudiera querer llevarla al FBI—. Por favor. Si aquella noche significó algo para ti...

La dureza en la expresión de Oliver se relajó un poco y pareció desgarrado.

—Has dicho que tenías algo que contarme.

Al menos eso era algo. Asustada, miró alrededor y se encontró contemplando una pared con televisores en una tienda. ¿Debería intentar solicitar ayuda? ¿O la esperaba otra traición? ¿Qué relación tenía Oliver con Miles y cómo había conseguido la foto?

Después de aquello, había pensado en abandonar la ciudad. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pensó que si desaparecía una temporada, las cosas se solucionarían. Pero la idea de explicarle la situación a su madre y a la tía Jill la frenó de dejar Nueva York. Si se enteraban de lo sucedido, estarían tan preocupadas como ella. No todos los días se sorprendía a un agente del FBI en la cama con una delincuente. O con el dinero que probablemente procedía del atraco a un banco.

—¿De dónde sacaste la foto que tenías en la cartera? —preguntó

con desesperación en la voz—. La mía.

—Como ya te he dicho, del ordenador en el trabajo. Deja de jugar.

—No estoy jugando. Huyo para salvar mi vida.

Despacio, aflojó los dedos que le aferraban el brazo. Sorprendida, Peggy comenzó a retroceder... Pero se lo pensó mejor. Si huía otra vez, Oliver podría perseguirla, y la próxima vez no se mostraría tan misericordioso.

Observó mientras metía la mano en el bolsillo interior del abrigo de lana, extraía un papel, lo desplega contra su pecho y lo alzaba para que ella lo leyera. Tembló al contemplar otra foto de sí misma. Era la misma que había encontrado en la cartera de Oliver, pero en esa ocasión incluía el historial que reconocía como el de Susan Jones. Leyó los hechos, los centros de detención juvenil por los que había pasado, y luego los atracos a los bancos. Durante un segundo, juró que sólo lo imaginaba. Pero no. Su foto estaba asociada con los delitos de la otra mujer, y su mente apenas podía empezar a asimilar las implicaciones.

—Es imposible —susurró.

Era una buena persona. ¿Cómo había llegado su foto a estar asociada con tantos delitos?

—¿Qué es imposible?

Abrió los labios atónita y fue consciente de que el corazón le latía con mucha fuerza.

—Miles —murmuró—. ¿Podría haber sido él?

—¿Miles?

—Yo no soy Susan Jones —logro manifestar, aunque la mente le daba vueltas—. Y tú lo sabes.

—Ah —repuso Oliver, en absoluto convencido—. Supongo que entonces eres Cámeron. ¿O Sharon Smith? ¿O tienes algún otro alias?

Aún seguía asimilando las implicaciones.

—Esa es mi foto —continuó, preguntándose qué podría convencerlo de la verdad—. Pero jamás he cometido delito alguno — aunque el FBI la tomaba por una ladrona de bancos. No le extrañó que la persiguieran por el metro—. El hombre afroamericano, el hombre con el que trabajas...

—Kevin Hall.

—Me persiguió por el metro. Debió de pensar que era Susan Jones.

—Sí —puso expresión atenta, como si no esperara más que lo peor—. Aún lo piensa. Y yo también.

—Si crees que soy Susan Jones, ¿por qué te acostaste conmigo? ¿Qué clase de hombre eres? Yo intentaba obtener ayuda...

—En su momento, si quieres saberlo, te tomaba por otra persona.

—¡Soy otra persona! —insistió.

—Sin duda eres una persona distinta cada día de la semana.

—Después... Después...

Cuando calló, intentó convencerse de que las palpitaciones locas se debían a haber corrido y no a la proximidad de él. Pero era mentira. La calidez del aliento de Oliver enturbiaba el aire delante de ella y en ese momento sólo quiso que con un beso se apoderara otra vez de su boca.

—¿Sí? —instó él.

Peggy tragó saliva y luchó contra el pánico desbordado que amenazaba con abrumarla completamente.

—Después de lo que sucedió en el hotel, esperaba que al menos me dieras el beneficio de la duda.

—Lo que sucedió en el hotel fue que me dejaste —la miró a los ojos.

—Si me dejas abrir la bolsa —respondió—, te podré mostrar una identificación. Puedo demostrar quién soy. Todo esto comenzó porque solía divertirme leyendo novelas de misterio. También leía los carteles de las personas buscadas que colocan en los aeropuertos...

—respiró hondo y se preparó para continuar, sin importar lo que él creyera—. Soy asistente de vuelo —explicó.

De hecho, había conocido a Miles McLaughlin en un vuelo de Nueva York a Londres. Poco después, habían empezado a salir.

—Continúa —pidió él con la cabeza ladeada, como si no creyera una palabra.

—Me llamo Peggy —indicó—. Peggy Fox —le agradó poder decirlo.

—Encantado de conocerte —repuso con sequedad.

—Lo mismo digo —asintió.

—Si no eres Susan Jones, entonces, ¿cómo llegó tu foto a los ordenadores del FBI? ¿Y por qué no te molestaste en corregirme cuando te llamé Cámeron?

—¿Por qué me llamaste Cámeron?

—Responde primero a mi pregunta.

—Porque...

El corazón le martilleó, pero se sentía demasiado avergonzada para contarle la verdad. Una vez más reflexionó en lo que pensaría de ella si supiera que era tan ingenua. Resultaba demasiado humillante contarle a un hombre tan sexy y competente como Oliver Vargo que otros hombres se habían aprovechado de ella.

—Bueno, aquella noche —comenzó—, cuando te metiste conmigo en la ducha, no quería que dejaras... Que dejaras... Ya sabes.

Eso era verdad. El resplandor de fuego en los ojos de él le indicó que lo entendía.

—Como he dicho —prosiguió—, me gustan las novelas de misterio y los libros de criminología. De hecho, he leído tus obras —a pesar de no ser el momento apropiado, acotó—: Me gustan.

—Ya veo —la miró largamente—. También eres crítica de libros. ¿Y en qué aerolínea trabajas, si puede saberse?

Se lo dijo en el acto.

—Pero ahora estoy suspendida —suspiró—. Juro que trabajo para

esa línea aérea. Puedes comprobarlo. Vivo en la parte baja de la ciudad con otras cuatro azafatas. El apartamento sólo tiene un dormitorio, pero como casi siempre volamos al mismo tiempo, el espacio no nos molesta. Y hay un sofá. Por favor, escúchame — continuó—. Hace unas semanas había un niño en la clase turista que quería ir a los lavabos. Pero a una señora desagradable que volaba en primera, le dio un ataque y no le permitió usar los de su sección. Me enfurecí y la mandé... —se ruborizó—. Por lo general, no habría perdido la calma de esa manera. Se me da muy bien el trato con los viajeros y siempre recibo felicitaciones por el modo en que me ocupo de los pasajeros...

—Pero te enfadaste porque...

Había tenido una pelea con Miles. Llevaban saliendo tres meses y acababan de prometerse, pero Peggy seguía sintiéndolo distante. Y esa misma noche comprobó que no se equivocaba, ya que lo había sorprendido en la cama con Susan Jones.

Por primera vez en semanas, imágenes que había mantenido a raya regresaron en tropel. Se recordó en una de sus últimas citas. Había estado agarrada al brazo de Miles al entrar en el *Rainbow Room*, sonriéndole, a rebotar de felicidad. Había recorrido toda la ciudad para encontrar el sencillo vestido negro que se había puesto. Todo tenía que ser perfecto porque sospechaba que se iba a declarar. Tres meses de una relación vertiginosa la habían llevado a un sueño hecho realidad.

No la sorprendió encontrar el anillo de pedida flotando en una copa de champán. Y apenas dos días después, tras haber sido suspendida en el trabajo, había ido a la casa de Miles en el Upper West Side, con la esperanza de sorprenderlo... Momento en que lo había descubierto con Susan Jones en la cama, delincuente a la que había reconocido de uno de los carteles en el aeropuerto.

Más tarde, Peggy había imaginado a Miles vistiéndose y saliendo a toda carrera al exterior. Sin duda había exhibido su placa para

calmar a los vecinos y afirmar que el tirador se había marchado. Puede que incluso adujera que accidentalmente había disparado su pistola en la casa.

Sólo el Cielo sabía qué mentiras había soltado.

El rubor se acentuó en sus mejillas. No, jamás divulgaría ante nadie su relación personal con Miles, y menos a Oliver Vargo. Durante semanas, había desterrado de su mente cada detalle del incidente. En ese momento, algo acerado se enroscó en su interior mientras observaba a Oliver. A pesar de la noche que pasaron juntos, jamás dejaría que llegara hasta su corazón. Había terminado con los hombres. Con ellos tenía un punto débil y no era capaz de prever la traición. Aunque Oliver la ayudara en ese momento, no representaba ninguna prueba de que a la larga llegaría a ser diferente.

—Porque... —repitió él.

—Estaba de malhumor —soltó.

—Comprendo.

No lo hacía, desde luego, pero Peggy asintió de todos modos. ¿Realmente Miles había manipulado los archivos informáticos del FBI para añadir su foto al historial de Susan Jones?

—Es increíble —musitó—. Sea como fuere —prosiguió, alzando la voz—, lo que quiero decir es que vi... Y reconocí a Susan Jones.

Él la miró con incredulidad.

—A ver si lo he entendido. ¿Tú, Susan Jones, viste a Susan Jones?

Si de verdad creía que era Susan Jones, le sonaría terriblemente extraño. Por primera vez notó lo pálido que estaba, los copos de nieve atrapados en sus pestañas, y comprendió que Oliver tenía tanto frío como ella.

—Sí —asintió—. Y como ya he dicho, yo no soy Susan Jones.

—¿Y entonces? —simplemente asintió.

Esa era la parte complicada. Al mirarlo a los ojos, que parecieron suavizarse mientras le contaba su historia, pensó en revelarle toda la verdad, pero no podía, no después del modo en que le hizo el amor

en el hotel. Pensó que moriría de mortificación si conocía la verdad sobre Miles y ella.

—Iba en el vuelo de Los Ángeles a Nueva York —mintió, empezando de nuevo al tiempo que deseaba no estar tan nerviosa. Pero ¿cómo podía ser coherente una mujer cuando le han disparado? Respiró hondo—. Fue durante una pelea en la primera clase, por dejar que un niño utilizara el aseo de esa sección, cuando vi a Susan Jones y a Miles McLaughlin. Juntos.

Mejor eso que reconocer que los había descubierto en el dormitorio. Enfrentarse a Oliver de esa manera ya era bastante malo, pero resultaba mucho mejor que hablarle del fracaso que había sido su vida amorosa.

—¿Miles McLaughlin? —repitió—. ¿El agente del FBI? ¿Cómo lo conoces?

—No lo conozco —volvió a mentir—. Pero los asistentes de vuelo siempre estamos informados cuando agentes de la ley suben a bordo. De modo que conocía su nombre y que trabajaba para tu agencia.

Complacida por lo creíble que empezaba a sonar, suspiró aliviada. Además, tampoco mentía del todo. Lo esencial de lo que había dicho era verdad.

—¿Viste a un agente federal con el que trabajo en compañía de Susan Jones?

—La reconocí de un cartel —asintió.

—Mmm —se limitó a mascullar él.

—Susan Jones tenía un color de pelo y un estilo diferentes —aclaró—. De modo que la mayoría de la gente no la habría reconocido.

—Pero tú eres una aficionada a los libros de criminología —repitió Oliver—. ¿Y tú sí la reconociste?

—Sí. Presto mucha atención. Miles... Mmm, el señor McLaughlin... Iba en primera clase con ella. Eran pareja.

Se preguntó hasta dónde tendría que aclararlo sin revelar que lo

había sorprendido en la cama con esa mujer. O que Miles y ella habían estado prometidos.

—¿Pareja?

Logró volver a asentir, empezando a sentirse tan ridícula como frío tenía.

—Sí. Se... Besaban.

—¿Y por qué no llamaste a la policía?

«*Al fin una pregunta razonable*», pensó ella.

—Lo habría hecho —respondió—. Pero no la reconocí de inmediato. Durante el vuelo, no dejé de mirarla. Cuando ella notó la atención que recibía, incluso llegué a preguntarle si nos habíamos visto con anterioridad. Dijo que no, pero algo en ella siguió desconcertándome y no pude quitármela de la cabeza.

—Y luego...

—Después de salir del avión, la seguí al aparcamiento del aeropuerto de La Guardia.

—¿Y?

—Allí fue donde trató de matarme —él abrió los labios incrédulo—. De verdad intentó matarme —insistió Peggy, recordando la escena. Él pareció ver algo en sus ojos, porque aguardó. Quizá había logrado convencerlo de la coherencia de su historia—. Desde entonces he estado huyendo.

—Cuanto más hablas, más extraña se vuelve tu historia.

Una lágrima súbita le aguijonearon los ojos.

—Lo sé, pero tienes que creerme.

—¿Nadie oyó el disparo? —enarcó una ceja.

Eso sí parecía improbable. Negó con la cabeza.

—Quizá la pistola tenía un silenciador —explicó Peggy. De hecho, la detonación había sido ensordecedora y probablemente había atraído la atención de los vecinos. Se mordió el labio inferior—. Mira, no sé... Yo vi la pistola... Pero, eh, no recuerdo oír nada. Además, el aparcamiento estaba completamente vacío.

—¿En el aeropuerto?

—La Guardia es enorme —asintió—. La tontería que cometí —los fragmentos de las líneas que había ensayado inundaron su mente—, fue hablarles. El señor McLaughlin seguía con ella, desde luego —calló y pensó a toda velocidad—. Iban a salir juntos del aeropuerto en un viejo modelo de Jaguar.

Oliver pareció despertar. Evidentemente, había visto u oído hablar del coche. Era la joya de Miles.

—¿De qué color es?

—Blanco —respondió aliviada.

—¿Puedes recordar algún otro detalle? —quiso saber él, pensativo.

—La tapicería es roja. Y fue en el asiento de atrás donde vi el dinero.

—¿Dinero?

Asintió.

En una maleta negra en el asiento de atrás. Estaba... Parcialmente abierta, y vi billetes de color verde. Creo que era el dinero que ella consiguió del banco que robó —hasta ahí volvía a ceñirse a la verdad.

—¿Cuánto viste? —preguntó con escepticismo.

Peggy cerró los ojos y trató de recordar.

—No mucho —reconoció—. Quiero decir, no era una maleta abierta por completo con montones bien ordenados de dólares. sólo vi las esquinas de un puñado de billetes. Parecían llenar la maleta.

—¿De modo que no estás completamente segura de que estuviera llena de dinero?

Tuvo que negarlo con la cabeza.

—No. Supongo que no.

—Pero ¿estás segura de que la mujer era Susan Jones?

—Sí —respondió sin vacilación—. Tiene que haber fotos de ella en tu oficina. Verás que no somos la misma persona. Aquí... —llevó la

mano a la cremallera de la bolsa, pero entonces se dio cuenta de que si la abría, la ropa subida de tono que la atestaba caería sobre la acera —. Si pudiéramos sentarnos, te mostraría mi identificación. La llevo aquí...

Los dedos se paralizaron sobre la cremallera. Desvió la vista a la tienda de electrónica... Y entonces soltó el aliento en una ráfaga veloz.

—¡Oh, no! —murmuró, sintiéndose mareada de repente.

El escaparate estaba lleno de televisores, sintonizados en un programa de mucha audiencia llamado *Atrapar A Un Ladrón*. En ese momento, su foto, la misma que Oliver tenía en la mano, se exhibía en cada pantalla.

La mirada de él siguió la misma dirección.

—Fantástico... —musitó—. Durante días no logro encontrarte y ahora apareces por todas partes.

Instintivamente, apoyó la mano en el antebrazo de él para estabilizarse. ¡Tenía que haber creído su historia! Aunque quizá no. Era imposible saberlo. La expresión de Oliver se mantenía inescrutable. De hecho, exhibía desinterés mientras observaba los televisores.

La invadió otra oleada de temor. Todo parecía imposible... Tan irreal. Las rodillas se le aflojaron, y durante un segundo estuvo segura de que le cederían. Deseó que la tierra se abriera y la tragara.

—Pero no soy Susan Jones —susurró con voz ronca—. Tienes que creerme.

¿Podría alguien salirse con la suya incorporando su foto en una base de datos criminal para unirla a la lista de los delitos de otra persona? Resultaba tan demencial como verse en *Atrapar A Un Ladrón*.

—La foto tiene que haber estado en los ordenadores del FBI desde antes de hoy —logró susurrar—. Por eso aquel hombre... Kevin Hall... Me persiguió —el miedo amenazaba con abrumarla. ¿A

quién podría recurrir para que la ayudara?—. Si Miles hizo esto, ¿podrá quedar impune? ¿Puede arruinar mi vida de esta manera? —emitió un sollozo—. ¿Y si mi madre y la tía Jill ven esto? ¿Y la gente en el trabajo?

—¡Está ahí!

Justo en el momento en que el grito salía del interior de la tienda, Oliver la tomó del brazo.

—Vamos —dijo—. No hay mucho tiempo.

A partir de ese momento, todo sucedió como en un torbellino. Peggy miró por encima del hombro al joven asiático que la había identificado. Corría hacia la parte delantera de la tienda con la clara intención de atraparla. Mientras Oliver la instaba a ir hacia la Séptima Avenida, un peso se alzó de sus hombros. Tardíamente se dio cuenta de que le había quitado la bolsa para cargarla él.

—¡Taxi! —Oliver alzó el brazo.

—¡Taxi! —lo imitó con ambos brazos.

Luchaba por no resbalar en el hielo cuando un taxi se detuvo junto a la acera. Oliver abrió la puerta, arrojó la bolsa al interior y luego la empujó al asiento. La siguió y le mostró la placa al taxista, que había girado la cabeza para mirarlos.

—No preste atención a esas personas que nos siguen —ordenó con tono de autoridad—. Soy del FBI. Esta es mi placa. No pasa nada. Vaya a la Setenta y Cinco con Madison.

En silencio, el conductor obedeció.

—¿Setenta y Cinco con Madison? —susurró ella.

Agradecida por el calor, acercó los dedos helados a la salida de aire caliente mientras giraba para mirar por el parabrisas posterior. El hombre que había salido a perseguirla estaba detenido en la calle. Señalaba hacia el taxi y gritaba en dirección a la tienda, donde un segundo hombre marcaba unos números en un teléfono móvil, sin duda para llamar a la policía.

—Lo siento —murmuró.

—Olvidalo.

Seguía preguntándose qué había en la Setenta y Cinco con Madison. Quizá una oficina del FBI...

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Oliver miró al conductor, y entonces, como si temiera que pudiera escucharlos, simplemente respondió:

—Ya lo verás.

Capítulo 8

Desde la Setenta y Cinco con Madison, Oliver había parado otro taxi para que los llevara a la parte baja de la ciudad, por si alguien los había seguido desde la tienda de electrónica. Durante el trayecto, como había una mampara que los separaba del chófer, se había arriesgado a compartir lo poco que sabía, empezando por el día en que Anna había cruzado *Los Expedientes Del Sexo* con *Combinación rápida*.

—No puedo creer que lo hicieras —susurró Peggy—. Estaba mirando *Vidas Brillantes* cuando Kate Olsen lo sugirió.

Concedió que Miles podía haber introducido la foto en la base de datos del FBI y unirla al historial de Susan Jones, matando de esa manera dos pájaros de un tiro. Obligaba a Peggy a esconderse y le dificultaba saber en quién confiar o a quién recurrir en busca de ayuda. Mientras tanto, la gente la buscaba a ella, no a la verdadera Susan Jones.

—Es una mujer que no tiene ningún rasgo distintivo —había aportado Peggy—. Mide un metro sesenta y cinco. Pesa unos cincuenta kilos. Pelo castaño. Ojos azules.

En cuanto estuvieron a salvo en el apartamento de Anna y Vic, Oliver había hecho que repitiera lentamente la historia que le había contado en la calle; ella obedeció y reiteró el miedo que le había dado regresar a su propio apartamento y cómo Kevin Hall la había perseguido por el metro. Luego, Oliver realizó unas llamadas de teléfono, sintonizó en la radio una emisora de música navideña y se

puso a preparar chocolate caliente. Mientras removía lentamente la leche, la miró por encima de la isla resplandeciente, sentada sobre un taburete. Aún no se había quitado la gabardina.

Pero no cabía duda de que era Peggy Fox.

La primera vez que Anna había hecho aparecer su imagen en la pantalla, habría jurado que la reconocía de alguna parte; y cuando identificó, nada más entrar en el apartamento, la línea aérea para la que trabajaba, todo había encajado. No podía mencionar un momento específico, pero estaba seguro de que había sido azafata en uno de los vuelos que había tomado mientras se hallaba de gira presentando el libro.

Y aunque no la hubiera reconocido, decía la verdad sobre su identidad. En cuanto entraron, le puso el carné de conducir de Nueva York sobre la encimera. Se encogió por dentro, tratando de no demorarse demasiado en lo insensible que había sido. Todo en la historia de ella parecía comprobado, lo que indicaba que era cierto que llevaba semanas huyendo y que necesitaba su ayuda.

Miró hacia la repisa de la chimenea con su fachada de ladrillo visto. La semana anterior había comprado leña en Bleeker Street.

—Si quieres, enciendo un fuego. Es una buena noche para eso.

—Sería estupendo —murmuró ella, con los hombros encorvados.

Miraba en torno a la estancia como si aún no creyera que había terminado en un sitio cálido y seguro.

Intentó no pensar en el modo desesperado en que se había aferrado a él en la ducha del Washington Square Hotel. ¡Había sido un necio! Estaba tan obsesionado por hacerle el amor, que ni siquiera había asimilado el miedo que la dominaba. No era propio de él esa inconsciencia. Aquella noche ella había ido a buscar su ayuda, y lo único que había podido ofrecerle había sido un revolcón apasionado. Quería compensárselo.

—Hoy está más tranquilo que de costumbre —mover la cabeza—. Algunas noches, el club que hay enfrente se sacude de verdad.

—Lo sé —comentó—. Una noche me planté allí mientras trataba de decidir si acercarme a ti.

—Te vi —rió entre dientes—. Pensé que eras una imagen generada por ordenador que había cobrado vida.

—¿Cámeron? —las mejillas se le encendieron—. ¿La mujer más sexy de América? —lo miró incrédula—. ¿Cómo pudo un...?

—¿...Agente de la ley creer algo así?

—Sí —asintió.

—No lo hice. En realidad, no —se encogió de hombros—. Pero había visto la foto. Y no parecía haber ninguna explicación razonable para tu aparición. Y eres sexy —añadió.

Peggy aceptó el comentario con un leve asentimiento, en deferencia al hecho de que se encontraban solos en el apartamento.

A Oliver no lo sorprendió. Algo más, y habría rodeado la isla para besarla. Y eso no sería más que el principio.

—No estaba segura de que conocieras a Miles —comenzó ella—. Y después de que Kevin me persiguiera, me dio miedo acercarme a ti.

No la culpó porque dudara si era merecedor de confianza. No todos los días una ciudadana corriente veía a un agente de la ley con una delincuente convicta.

—La televisión siempre nos muestra que abundan los polis corruptos, pero eso no es así. Desconozco si Kevin sabe lo que trama Miles.

Oliver movió la cabeza. Miles era un imbécil, desde luego. Y un narcisista. Pero ¿de verdad había cruzado la línea? ¿Estaba involucrado con una fugitiva? ¿Guardaba el dinero de un atraco en su Jaguar? ¿Se había lavado las manos en el aparcamiento del aeropuerto mientras Susan le disparaba a Peggy?

—Miles y yo no somos amigos —añadió.

—Bien —dijo en un susurro.

No podía creer la rapidez con que la relación con Peggy se

transformaba. Daba por hecho que pasaría la noche allí. ¿A qué otro sitio podía ir? Si Miles y Susan realmente mantenían una relación, y si sabían que Peggy era consciente de ello y que había visto el dinero, entonces no podía ir a su apartamento, que de hecho, se hallaba apenas a unas manzanas de distancia. No debería salir de la casa de Anna hasta que él pudiera conseguir las pruebas necesarias para encarcelar a Miles.

Suspiró. La idea de que Peggy se encontrara atrapada en el apartamento de su hermana mientras llegaban al fondo del asunto no lo molestaba en absoluto. Imaginó pasar noches apasionadas en la piel de oso falsa que Anna mantenía delante de la chimenea. Luego, se sintió culpable. Maldición, esa mujer había ido a solicitar su ayuda.

—Tendrás que quedarte aquí —murmuró—. Si quieres, dormiré en el sofá.

Ella asintió, y cuando habló, cambió de tema.

—Bonito árbol de Navidad —comentó con tono triste.

Él asintió, indicando con la cabeza un abeto azul que jamás podría pasar por uno real.

—Anna, mi hermana, lo decoró para mí.

—Sólo faltan unos días.

Durante un momento, contemplaron el árbol decorado y disfrutaron del resplandor rojo de las bombillas con forma de pimientos.

—Escucha... —añadió Oliver mientras servía el chocolate en las tazas y lo coronaba con la nata que había batido antes—. Todo va a salir bien.

—Ojalá Dios te escuche.

Él sonrió.

—En serio —dejó la taza delante de ella—. Siento no haber... —buscó las palabras adecuadas—. No haberme dado cuenta de que necesitabas ayuda.

Aunque no lamentaba lo sucedido entre ambos. Besarla en la calle había reavivado su deseo. La anhelaba más que nunca.

En el momento en que sus ojos se encontraron, los de Peggy mantenían la misma percepción que Oliver había notado cuando ella lo besó en Bleeker Street. Suponía que también ella lo deseaba.

—¿Entonces me crees?

—Desde luego eres Peggy Fox —repuso con afabilidad—. Y trabajas para una línea aérea.

Oliver recordó que después de que él llamara para confirmarlo, Peggy había llamado a su madre y a su tía Jill, quienes al parecer, no habían visto su foto en la televisión, tal y como ella había temido. Mientras hablaba con sus familiares, Oliver había admirado su inteligencia en no mostrar preocupación alguna. Su voz ligera y risueña jamás habría transmitido que había pasado esas últimas semanas en serios problemas. Al escucharla, había sentido muchas cosas que hacía tiempo que no experimentaba. Admiración por su valor. Ternura porque quería demasiado a su familia como para hacerla partícipe de algo tan peligroso.

«Sólo estaré fuera para la Navidad», había asegurado antes de colgar, con amor evidente en el tono de voz. *«Durante estas fechas necesitan más azafatas que nunca, mamá, así que he tenido suerte de que este fuera el único año que me han pedido trabajar».*

—Si descubres lo que está sucediendo, Oliver —dijo en ese momento—, quizá todo se solucione y pueda volver a casa.

Costaba aceptar la expresión pesarosa en su rostro, y fue eso más que cualquier otra cosa, lo que lo convenció de que era incapaz de hacer el mal.

—Veo que echas de menos a tu madre y a tu tía —tras una pausa, añadió—: Yo también echo de menos a mis padres.

—¿Te lo pasas bien en Utah?

—La típica Navidad —asintió—. Pavo relleno, regalos y caminatas por el bosque. Anna y yo levantamos figuras de nieve en el patio

delantero como si aún fuéramos niños.

—Crecisteis allí, ¿verdad?

—No. ¿No lo has adivinado por mi acento? Crecimos aquí, en Manhattan. Por eso Anna se quedó. Yo no me he ido muy lejos, sólo a Virginia.

—¿Y por qué tus padres se marcharon a Utah?

—Estaban listos para realizar un cambio importante. Tenían fantasías de probar un tipo de vida que nunca habían experimentado. Papá pudo adelantar su jubilación. Mi madre es enfermera, de modo que pudo ponerse a trabajar otra vez en cuanto se trasladaron.

Durante un momento, Miles McLaughlin y Susan Jones estuvieron a millones de kilómetros de distancia de la mente de Peggy.

—¿Vivirías allí?

Lo sorprendió que la respuesta no le saliera inmediata, que algo tan sencillo como contestar esa pregunta pudiera parecer un riesgo.

—No —respondió al final con la verdad—. Soy un hombre de ciudad. Utah es muy bonito, pero...

—Suena perfecto para una visita.

—¿Y tú?

—¿Yo? —entrecerró los ojos.

—Sí. ¿Vivirías en algún otro sitio?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Nueva York ha sido estimulante, pero echo de menos Ohio. Me gusta disponer de más espacio. Puede que algún día incluso pida el traslado a tierra.

—¿No eres feliz? —enarcó las cejas.

—La cosas ahora son diferentes en las compañías aéreas — reflexionó—. Con franqueza, desde el once de septiembre, a veces me da miedo volar. Y eso no me gusta —hizo una pausa—. Y lo que me sucede ahora hace que la ciudad parezca incluso más peligrosa.

—No estás obligada a ser una valiente.

—Pero si cedes —contrarrestó—, los terroristas y las personas

como Miles McLaughlin ganan.

—No, si tienes otras aspiraciones.

—De hecho, las tengo. Un hogar seguro y tranquilo en alguna parte. A veces extraño la vida sencilla que comparten mi madre y la tía Jill —algo oscuro e inescrutable pasó por sus facciones—. Si he de ser sincera, ahora mismo me gustaría permanecer con vida. Consideraba que mi trabajo era peligroso, pero después de que me dispararan...

—Has estado huyendo asustada, ¿verdad? —el corazón se le encogió—. Lo siento. Nos pusimos a hablar de la Navidad y durante un momento olvidé por lo que habías pasado.

—Por favor, no te disculpes. Todo esto ha sido algo demencial. Aún no puedo creer que haya visto mi propia foto en *Atrapar A Un Ladrón*. Parece algo tan imposible... Y hablar de la Navidad hace que me sienta mucho mejor. Ojalá todo fuera diferente.

—Sí, a mí también me hace sentir mejor hablar de la Navidad —pensó en el árbol que siempre cortaba con su padre—. Bajo ningún concepto va a ser este año la misma fiesta, pero tú vas a estar bien. Eso te lo puedo prometer.

—¿Puedes?

Se hundió en las profundidades marrones de sus ojos.

—Te protegeré. Te mantendré a salvo hasta que podamos solucionar la situación.

—Gracias.

—Puede que no sea la Navidad habitual... —sonrió—. Pero tienes que reconocer que se muestra interesante.

Como si el pensamiento fuera demasiado abrumador, Peggy acercó la taza a los labios, sopló y bebió un sorbo. Abrió los ojos con expresión sorprendida por el sabor.

—Está muy bueno —miró los botes de nuez moscada y canela que había dejado en la encimera y añadió—: Es el mejor chocolate que jamás he probado, Oliver.

—Mi madre lo prepara de esta manera.

Ella bebió otro sorbo y el corazón de Oliver de pronto se paralizó al notar el bigote que le había dejado la nata. Conteniendo el impulso de inclinarse y limpiárselo con un beso, se decidió por acariciarle el dorso de la mano.

Peggy lo miró a los ojos.

—Me crees, ¿verdad, Oliver?

«*No del todo*», pensó él. Creía en la esencia de lo que había dicho, pero sospechaba que había omitido detalles. Había dedicado años a interrogar a mejores mentirosos que ella, y algo en la historia no terminaba de sonar como verdadero. Faltaba algo; había algo que ella no quería que supiera.

Por otro lado, se conocía lo suficiente como para saber que era suspicaz por su profesión y su propia naturaleza. De modo que podía estar equivocado.

—Claro que te creo. Todo lo que me has contado se sustenta.

Y si había omitido algo, era cuestión de tiempo hasta que lo descubriera. Eso era lo bueno de la verdad... Al igual que la nata, siempre salía a la superficie.

—¿Cómo habrá terminado mi foto en la tele? —se preguntó otra vez de repente. El pánico la dominó—. Lo siento —murmuró.

—Por lo general, son los asesinos los que se ganan un espacio en *Atrapar A Un Ladrón* —comentó Oliver al final—. Pero si lo que dices es verdad, es posible que Miles empleara su posición y poder para introducir una foto tuya en el programa. Y desde luego, posee los conocimientos y el acceso para vincular tu foto con el historial de su amiga.

—No crees que...

—Es posible que pueda ser un plan del gobierno que yo desconozca y Miles sólo esté fingiendo salir con ella. Ahora mismo, a Susan Jones se la busca por llevarse un botín de tres millones de dólares...

—Sé que no es nada del gobierno —protestó Peggy—. Está compinchado con ella... Y la protege.

Oliver gruñó. Él nunca había emitido aseveraciones no fundamentadas.

—No lo sé. Pero lo más probable es que tengas razón. Si de verdad lo viste con Susan Jones...

—¡Lo vi!

—De acuerdo —murmuró—. Te creo. Entonces eso explica por qué utilizó tu foto durante una reunión reciente para explicar mejor su programa, *Combinación Rápida* —la puso al tanto de lo que allí sucedió.

—Apuesto que planea largarse de la ciudad con ella.

—Es arriesgado. Pero posible —convino al final—. Tiene el poder para hacerlo. Y el sueldo de un agente jamás le permitirá mantener el estilo de vida que sí le proporciona Susan Jones. Además, dijiste que habías visto el dinero.

—Estoy convencida de ello. Pero ¿de verdad podría borrar a Susan Jones de los archivos? —quiso saber Peggy—. ¿Y colocar mi foto en su historial? Parece...

—Una locura. Sí, así es. Pero han estado a punto de matarte, y te han obligado a esconderte. Los viste juntos y tuviste miedo de ir a la policía.

—Como era un agente federal, me sentí confusa —reconoció.

Oliver se mordió el labio inferior y pensó en el nuevo FBI «*sin papeles*»; luego, se lo explicó a Peggy.

—El afán de destruir los documentos físicos en su mayor parte ha sido idea de Miles —concluyó—. Ahora podría ser complicado encontrar la foto de ella. Y sin un respaldo de fácil acceso, es factible que un agente corrupto en posesión de los códigos y contraseñas adecuados lo consiga. Tendré que averiguarlo mañana —añadió—. Quizá pueda obtener un registro telefónico y rastrear algunas de sus llamadas entrantes. Tal vez de ese modo podamos localizar a Susan

Jones. Veré si los dos han tenido algún contacto anterior. Quizá Miles la arrestara en el pasado. También comprobaré si hay alguna operación encubierta... Por si hubiera otra explicación.

—Creo que hemos dado en el blanco.

—Yo también —suspiró—. Instinto.

Peggy lo recompensó con un contacto. Pasó los dedos finos por el dorso de su mano y los dejó reposar allí. Era una invitación y como tal la recibió, acercándose. El calor procedente de ella lo invadió.

—No puedo creer que vayas a ayudarme. Me siento tan aliviada...

En ese mismo momento, mirándola a los ojos, había muy poco que no quisiera hacer por ella. Movié la cabeza y maldijo en voz baja.

—Dado el acceso que tiene Miles a nuestras bases de datos, podría hacer mucho daño —frunció el ceño—. ¿Estás segura de que la mujer era Susan Jones?

—Sí —repuso con el desconcierto de la persona honesta y decente enfrentada a alguien que elige el lado equivocado de la ley—. Y como ya he dicho, intentó matarme... —hizo una pausa—. En el aparcamiento.

Costaba aceptar la idea. Oliver volvió a preguntarse si de verdad un agente se había quedado mirando mientras una delincuente reconocida trataba de matar a una mujer inocente.

—¿Qué pasó entonces?

—Corrí —tragó saliva—. Yo... Eh... Me protegí detrás de otros coches aparcados y huí agazapada.

—Lamento que te sucediera.

—No fue tu culpa.

Oliver movió la cabeza y pensó en la personalidad de Miles.

—He trabajado en contacto directo con él —murmuró—. Es fanfarrón y egoísta. Ostentoso. Su guardarropa y el coche que mencionaste no son los apropiados para un agente del FBI Siempre pensé que era un egocéntrico.

Una ira inesperada ardió en su interior. En ese instante, sentía que

mataría a cualquiera que le pusiera una mano encima a Peggy Fox.

—Las personas así —prosiguió—, pueden autoconvencerse de su propia invencibilidad. El desarrollo de semejante personalidad por lo general es una reacción a una infancia problemática. La gente resulta herida, tiene un sentido del yo dañado...

—Eso es triste, Oliver.

—Lo es. Y a menudo no es peligroso. Pero otras, cuando las personas heridas reaccionan y se vuelven egoístas, pueden llegar a herir a otros. Miles podría meter a Susan Jones en el cuartel general del FBI y creer que es capaz de librarse de ello. A veces, la gente hace exactamente lo que ha hecho él, correr grandes riesgos con la esperanza de ser atrapada.

—¿Un grito de ayuda?

—Exacto.

Ella lo observaba con atención.

—Parece extraño —prosiguió con la idea que él acababa de bosquejar—. Quiero decir, a Miles terminarán por atraparlo, ¿no? Es evidente que yo no soy Susan Jones. Aparte de mis tarjetas de identificación, ¿qué pasa con la gente que me conoce? Mi madre, o la tía Jill. Los maestros del instituto aún me recuerdan —gimió—. Y como he dicho, ¿y si mis jefes de la línea aérea han visto la televisión?

—No te preocupes. Se solucionará. Sólo necesitamos unos días.

Peggy volvió a suspirar.

—Bueno... Nadie ha llamado a mi madre aún —dejó la taza y giró en el taburete para quedar de cara a él. El movimiento juntó sus rodillas. Ante el contacto relativamente inocente, los dos contuvieron el aliento de forma simultánea. Ella fue la primera en soltarlo—. Hay un montón de gente que puede verificar que no soy Susan Jones o una fugitiva de la justicia.

Odiándose por ser el portador de malas noticias, Oliver señaló:

—Siempre y cuando algún agente de gatillo fácil no dispare

primero y pregunte después. Susan Jones es una criminal confesa. Quien se encargue de ella recibirá una mención honorífica —la vio tragar saliva.

—¿Crees que Kevin Hall conoce la verdad acerca de Miles y Susan?

—No lo sé —respondió después de meditarlo—. Es probable que no. Se parece a Miles, pero es un seguidor, no un líder.

Peggy se adelantó en el taburete, como si estuviera dispuesta a huir.

—En este punto, nadie será capaz de localizar a quien haya manipulado los ficheros informáticos, ¿verdad? Nadie será capaz de demostrar más allá de toda duda quién vinculó mi foto con el historial de Susan Jones. Quiero decir, lo más probable es que no haya nada que señale en la dirección de Miles McLaughlin.

Oliver se acercó y no fue capaz de contenerse de apartarle ese mechón de pelo rebelde que no dejaba de caer sobre su ojos. Acarició el pelo entre los dedos pulgar e índice, y la sensación sedosa permaneció incluso después de haberlo soltado.

—No estoy seguro —admitió—. Tendrás que ser paciente. Después de fisgonear un poco, es posible que un experto en sistemas informáticos pueda encontrar algo más. Quizá incluso identifique el ordenador específico desde el cual se llevaron a cabo los cambios en la base de datos —se encogió de hombros—. Con sinceridad —añadió—, llevará algún tiempo. Ojalá se me dieran mejor los ordenadores. Pero Anna es la experta, no yo.

—A mí tampoco se me dan muy bien —confesó Peggy.

Volvió a animarla con una sonrisa.

—A pesar de nuestro déficit informático —murmuró con voz ronca—, hay cosas que sí podemos hacer.

Ella se mostró tan abierta que a punto estuvo de adelantarse para besarla. No supo muy bien por qué se contuvo. Quizá para prolongar la agonía y hacer que el acto sexual fuera mucho más dulce.

—Mañana, comprobaré la existencia de cualquier vínculo entre Miles y Susan Jones —repitió.

—Quizá la arrestó y la interrogó con anterioridad, como tú has dicho —aprobó Peggy—. Bien pensado.

—Gracias —miró la taza vacía de ella—. ¿Te sientes mejor después del chocolate?

—Sí —asintió—. Debería haber ido a la policía —volvió a disculparse—, pero realmente no sabía qué hacer. Y como había leído tus libros y te había visto en la tele...

Oliver se dio cuenta de que se hallaba a unos centímetros de ella. No podía evitarlo. Lo atraía como un imán. Había ladeado la cabeza y la había acercado como si pretendiera besarla. Al hablar, la voz le salió ronca.

—Me alegro de que quisieras mi ayuda, Peggy.

—Estaba tan asustada... Tú... —respiró hondo—. Tú parecías el mejor.

—Soy el mejor.

Otra sonrisa lenta apareció en sus facciones.

Rió en voz baja, a pesar de que la preocupación no abandonó sus ojos.

—Y también modesto.

Dejó que las palabras flotaran en el aire.

—¿Por qué no te quitas la gabardina? —sugirió, dejando claro con la mirada que también le gustaría verla sin nada de ropa—. Tienes más o menos la talla de Anna, así que no será difícil encontrarte algo más cómodo.

Una vez más, ella se sonrojó y los ojos se le iluminaron de un modo que le hizo albergar esperanzas de que no lo dejaría dormir en el sofá.

Después, Peggy le ofreció una risita avergonzada.

—Por lo general no llevo ropa de este estilo. Le pedí a Kiki que me trajera ropa, así que por eso...

Oliver contuvo un escalofrío al recordar la lencería que había visto en la bolsa.

—Si quieres conocer mi opinión —sintió un aguijonazo de placer cuando la entrepierna se le contrajo—, Kiki tiene buen gusto. Me gustaría verte con unos vaqueros y una sudadera, pero...

—Pero eres hombre, ¿verdad?

—Verdad —se le reseco la garganta—. Escucha... —logró decir, moviendo los pies al tiempo que deseaba no haberse excitado de forma tan evidente—. Sé que has venido a buscar mi ayuda. Y voy a dártela, Peggy...

«*Pero te deseo*» Una erección le presionaba la bragueta, exigiendo satisfacción... Y aún ni la había tocado. Si es que alguna vez volvía a hacerlo. Se humedeció los labios y esperó que ella dijera algo.

—¿Qué vamos a...?

—¿Mmm...?

—¿Hacer durante los próximos días? —se encogió de hombros, sin saber muy bien qué parte de su relación quería aclarar—. Necesito un par de días para averiguar lo que pueda —añadió al final—. Tú tienes que quedarte aquí. Como tu apartamento está tan cerca, no deberías salir para nada. Ni siquiera al mercado de la esquina a comprar leche. Por si Susan Jones tiene tu dirección y te busca.

—Espero que mis compañeras de piso no corran peligro —movió la cabeza.

—Lo dudo. Te persigue a ti. Y la verdad es que ni siquiera entiendo por qué te disparó. Es una ladrona, no una asesina. No hay nada en su historial que indique que tenga inclinación hacia la violencia. No tiene sentido. No parece que el intento de asesinato sea el modo en que opera.

—Pero vi el dinero.

—Cierto. Quizá eso te convirtió en otra clase de amenaza. No obstante... —frunció el ceño—. Sea como fuere, aquí estás a salvo.

Reinó una pausa prolongada.

—Oliver... —dijo ella de pronto—. Realmente, no sé si es una buena idea. Quiero decir, no creo que tú y yo debamos... Eh...

Por lo general, habría sido un caballero y aceptado lo que ella quería. Era privilegio de las damas trazar los límites. Pero con Peggy, las cosas eran diferentes.

—¿Qué? —se negó a obviar el tema—. ¿Cohabitar? —ella asintió—. Bueno, pues lo estamos haciendo —acercó la boca para que flotara sobre la suya.

—Oliver... —musitó Peggy en advertencia.

Lamentó oírla protestar. Ella sólo quería seguridad. ¿Cariño? ¿Protección? Pero el beso que le dio estaba calculado para hacerla olvidar. Posó la boca con firmeza pero sin exigir. Con suavidad, empleó los labios para abrir los suyos, al principio levemente, antes de abrírselos más para que pudiera aceptar la lengua.

A pesar de la protesta verbal, ella le devolvió el beso. Oliver arqueó las caderas, buscándola, y ella se echó para atrás, y supo que estaba húmeda por él. Igual que la erección palpitante era por y para ella.

Faltaba poco para que presionara los dedos en el interior del túnel de su calor húmedo y lubricado. O al menos eso esperaba. Hacía semanas desde el último encuentro en el hotel, pero no habían transcurrido ni diez minutos sin que recordara la sensación de estar dentro de ella. Sacó la lengua y ahondó el beso y le rodeó la cintura con las manos. Luego, con destreza le soltó la gabardina.

—Te eché de menos —susurró—. Si quieres que duerma en el sofá, lo haré. Pero desde que tuvimos sexo, no he dejado de pensar en volver a estar juntos.

Entonces le pegó las palmas de las manos contra el estómago redondeado para deslizarías por su cintura. Cuando la sintió temblar bajo las yemas de sus dedos, lo inundó la pasión y con la lengua comunicó sus intenciones. Bajó la vista y vio que llevaba un vestido marrón de seda, del color de sus ojos, que ardían con necesidad.

—Me di de baja para poder peinar la ciudad buscándote — musitó, rozándole los labios mientras hablaba—. Fui a todas partes. Tenía que encontrarte.

—Para arrestarme —le ofreció el cuello para recibir sus besos lánguidos.

—Es posible —musitó de forma apenas audible—. Pero desde entonces, he pensado en muchas cosas que podemos hacer.

—¡Ah...! ¿De forma que me retienes como rehén?

—Eso suena bien.

Segundos más tarde, sintió que Peggy levantaba las manos de su cuello y le mesaba el pelo. Bajó la vista y vio que tenía la boca roja.

Volvió a tomarla, capturándole los labios desde un ángulo, luego otro, cada embate tornándose más intenso que el anterior al tiempo que introducía una rodilla entre sus piernas. Cuando no las abrió de inmediato, la instó con el muslo, se acercó, elevándolo más y más, hasta que de repente la tuvo cabalgando sobre la pierna, frotándose para buscar placer.

—Dime si de verdad quieres que pare —susurró.

—No quiero —repuso ella con un murmullo.

—¿No quieres que duerma en el sofá?

—No —respondió con un suspiro inaudible.

Fue en ese momento cuando supo que harían el amor allí. La cama sería para más tarde. El bajo del vestido se había subido y la boca de Oliver se había tornado codiciosa. Ella se agarraba a él con fuerza mientras las lenguas se encontraban, se fundían y movían en perfecta sincronización. Al pegar el muslo contra Peggy, con un movimiento rudo y gentil al mismo tiempo, que hablaba de un deseo de amar y de tomar, Oliver sintió que empezaba a temblar.

—Te deseo —repitió.

Le tomó los pechos y frotó los pezones hasta que Peggy jadeó. Se echó atrás una fracción de segundo, lo suficiente para disfrutar del éxtasis que se reflejaba en su cara.

—Sí —dijo al oír un sollozo de ella.

Sintiendo la necesidad de torturar tal como ella lo había torturado durante tantas semanas, apretó con suavidad, tirando de las cumbres excitadas... Sin dejar de ver cómo la expresión se llenaba de sensaciones salvajes. Mientras Peggy se arqueaba, adelantando los pechos palpitantes hacia sus manos, lo dominó la frustración. A pesar de lo mucho que deseaba que durara, el cuerpo le exigía más. Sin embargo, cuando las manos de ella se movieron para tocarlo de manera más íntima, se apartó. Quería que eso durara unos momentos más...

—Pensé que no volvería a verte —musitó sobre su boca.

—Yo también —Peggy suspiró—. Iba a irme de Nueva York. No sabía qué hacer...

—Esto —susurró—. Esto es lo que deberías hacer. Deberías estar conmigo —bajó las manos a los muslos de ella y subió la seda para sentir la suave unión donde el torso se juntaba con los muslos. Los dedos pulgares marcaron el montículo, ejerciendo presión hasta que ella se arqueó del taburete intentando profundizar el contacto—. Después de ver tu foto, comencé a tener fantasías contigo —susurró—. Fantasías salvajes, ardientes y sexys.

—Yo también.

—¿Cuándo? —la miró incrédulo.

—Después de ver tu foto en el libro que habías escrito —respondió—. Y cuando te vi en la televisión.

Introdujo un dedo debajo de las tiras de las braguitas y se las bajó. Y entonces se puso de rodillas.

Ella jadeó ante el movimiento veloz e inesperado, y luego se retorció cuando las manos de Oliver la sujetaron por los glúteos y la acercaron a él. Entonces, él enterró la cara contra ella y con las mejillas ásperas por la barba de un día, le abrió los muslos. Y se le quedó la mente en blanco cuando él encontró con la lengua el núcleo de su placer.

Lenta y profundamente, la acarició íntimamente con la lanza húmeda que era su lengua. Con ella la abrió por completo. Todo sucedía a gran velocidad. Un momento antes habían estado bebiendo chocolate y él afirmaba que se acostaría en el sofá. Al siguiente, se ponía de rodillas en la cocina para ofrecerle placer. Con una contención que no sabía que tuviera, le rodeó el capullo con la lengua hasta que quedó empapada. Mientras el núcleo de amor se contraía, los gritos crecientes de Peggy lo atravesaron. Ella no paraba de moverse, pero no parecía tener otro sitio a donde ir salvo más cerca de él, contra su boca.

Con convulsiones, Peggy terminó agarrándole el pelo.

Un momento más tarde, Oliver se puso de pie y se bajó la cremallera. Haciendo lo mismo con los calzoncillos, simplemente la penetró con un movimiento ascendente. La sensación de piel contra piel fue casi insoportable.

—No pensé... No pensé que te encontraría —musitó con voz entrecortada.

—Estoy aquí —ella jadeó con la boca sobre su hombro.

Lo mordisqueó, con la suficiente intensidad como para lanzarle dardos de placer por la corriente sanguínea.

Y entonces todo se volvió negro. Sólo estaba ella... Resbaladiza y estrecha, con una fragancia a miel. Cuando Peggy volvió a subir el túnel de su cuerpo palpitante, absorbiendo su erección, Oliver echó la cabeza para atrás.

Pero esperó hasta el último segundo posible antes de separarse para verterse sobre ella, ya que no se había puesto un preservativo. Se habían dejado arrastrar por el deseo, que cada vez era más intenso e irrefrenable.

—Te he echado de menos —dijo él en un susurro.

En esa ocasión, Peggy rió, y lo alegró oír que no había temor en su voz, aunque sólo fuera algo momentáneo.

—No hace falta que lo digas —respondió ella entre jadeos.

—¿Por qué no?
La sintió sonreír sobre su piel.
—Porque lo noto.

Capítulo 9

—Te pedí que no salieras —en la voz de Oliver había un destello de furia apenas contenida al entrar en la cocina y ver la bolsa de la compra y las cosas que Peggy había utilizado para preparar la cena.

—Lo siento —murmuró Peggy, sintiéndose culpable por haber provocado que su expresión de felicidad nada más entrar en la cocina se modificara.

Lo observó mientras inspeccionaba el apartamento, como si hubiera esperado encontrarla tomando el té con Susan Jones. Vio que cerraba la puerta con el cerrojo, sacaba una caja negra que llevaba bajo el brazo y se dirigía al salón sin decir una palabra más, donde se puso a hurgar en el cajetín del teléfono.

Él tenía razón. No debería haber salido. Pero quería prepararle un estofado de atún, receta de la tía Jill. Lo único negativo de su malhumor era que si se peleaban, quizá no terminarían juntos en la cama. La parte racional de ella quería dormir en el sofá, o que durmiera él, pero la mujer lujuriosa en que la había convertido Oliver anhelaba cruzar el salón, agarrarlo por el cuello de la camisa y plantarle un beso en la boca. Respiró hondo y miró la caja negra.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Pinché el teléfono de Miles —respondió con hosquedad mientras colocaba unos auriculares en una mesilla lateral.

Con la esperanza de que hubiera olvidado el tema, Peggy continuó echando migas sobre el estofado, casi sin notar que él se incorporaba, se quitaba el abrigo y regresaba a la cocina.

—Y ahora —dijo, deteniéndose junto a ella mientras iba a

introducir la fuente de barro en el microondas—, dime por qué saliste.

Sus esperanzas no tardaron en morir. Miró por encima del hombro y activó el dial del aparato.

—Lo siento de verdad, Oliver. Sé que no debería...

Él musitó algo incoherente y se pasó una mano por el pelo; parecía absolutamente exasperado.

—¿En qué pensabas, Peggy?

—No pensaba. Lo que pasa...

—Con lo asustada que estabas —interrumpió—, jamás pensé que dejarías el apartamento.

La noche anterior, al dormir en sus brazos, se había sentido segura... Quizá demasiado.

—Sólo fue un minuto.

Las manos grandes de él se posaron en sus hombros y justo después de que cerrara la puerta del microondas, la hizo girar para dejarla cara a cara.

—Un minuto es suficiente para morir.

—Como he dicho, no fui lejos. Quería prepararte esta cena. Fui a Sloan's en Sheridan Square y...

Calló. ¿Cómo podía explicarle que esa tarde, al mirar la manta de nieve recién caída, el mundo había parecido tan acogedor y benigno que estaba segura de que si emprendía un viaje rápido al supermercado no correría peligro? No le cabía duda de que su sentido de bienestar tenía todo que ver con el modo en que él la había amado la noche anterior y las horas que habían permanecido despiertos luego. Se sonrojó, culpable.

—De verdad, no puedo explicarlo, Oliver, pero mi instinto me indicó que no pasaría nada si salía. No sentí que me hallara en peligro.

—Tu instinto —musitó—. Comprendo. Ahora dependes de tu instinto. Tu penetrante y agudizado instinto. Del vasto repertorio que

posees sobre la conducta criminal.

—No te pongas desagradable.

—Me preocupas —corrigió.

—Me puse un gorro, bufanda y un abrigo —se defendió—. Nadie habría podido verme la cara.

Ni su madre ni la tía Jill habrían sido capaces de reconocerla.

—Un gorro. Vaya, un buen disfraz —indicó con sequedad.

—Y un abrigo. Y una bufanda.

Como estaban discutiendo, no era el momento adecuado para notar lo atractivo que estaba con el traje marrón oscuro.

—Bonito traje...

No pudo contenerse y esperó que él aceptara que cambiara de tema.

—Gracias.

—¿Alguna ocasión especial?

—¿Es una pregunta real?

—Claro.

—No tenía otra cosa lista —explicó.

Debería haberlo adivinado. A pesar de las circunstancias, contuvo el amago de una sonrisa. La mente de Oliver era ordenada y meticulosa, pero había encontrado su ropa metida en el fondo del armario, y lo que había en la nevera eran bandejas casi vacías de comida para llevar. Al ver lo mucho que necesitaba a una mujer, había decidido ser útil.

—He lavado tu ropa —indicó.

—¿En la máquina que hay en el sótano?

—¿En qué otra parte si no?

—Quizá en la lavandería que hay en la esquina...

—Sólo fui al supermercado —le aseguró.

—¿De verdad?

—¿Te mentaría?

—Sí.

Reinó una larga pausa. Peggy se ruborizó al pensar en la información que le había retenido, que había aceptado casarse con un delincuente como Miles. Al menos no se había acostado con él. La había presionado para hacerlo, pero siempre se había contenido.

Era como si en lo más hondo de su ser, sus instintos hubieran estado funcionando. No obstante, creyó que la amaba y que el anillo que le había dado era algo real.

—En realidad, no te mentaría —repuso al final—. Sólo unas mentirijillas inofensivas.

—Ninguna mentira es inofensiva —expuso él tras meditarlo.

Durante un minuto, simplemente se observaron.

Una vez más, consideró contarle toda la verdad, pero no quería explicarle a ese hombre íntegro y sexy el déficit que tenía su vida amorosa. Desterró el pensamiento y se concentró en negar las chispas que pasaban entre Oliver y ella. Era inútil. Su cuerpo traicionero se negaba a reconocer que estaban generadas por la furia y no el deseo.

Sentía los nervios a flor de piel y el espíritu cantarín. En el estómago le aleteaban mariposas. Luchó contra ello, decidida a distanciarse de él en ese momento, después de haber dispuesto de todo el día para pensar en su relación, pero los ojos se demoraron en la proximidad de la cremallera de los pantalones de Oliver.

Soltó el aliento contenido. ¿Qué iba a hacer? La noche anterior había sido tan satisfactoria como la primera vez en el hotel; sin embargo, aún no estaba preparada para volver a involucrarse con un hombre. Intentó apartarse, pero sólo logró aproximarse y quedar atrapada entre la encimera y el cuerpo de él. Ante el contacto, se le reseco la boca y le costó tragar saliva. Cuando alzó la vista para encontrarse con sus ojos, vio que él la miraba como si nunca antes la hubiera visto.

—Quería prepararte la cena —repitió cuando encontró la voz, pero en absoluto sorprendida de oír las palabras roncadas—. Anoche

comentaste que te gustaban los estofados de atún...

«Y la música de Miles Davis. Y leer en la cama. Y el color azul...»

—Sí.

—Y como me sé de memoria la receta de la tía Jill, y en el apartamento no hay comida... —calló—. Me moría de hambre —él se adelantó una fracción, lo justo para presionarla con su cuerpo. Sin aliento, trató de soslayar la creciente presión, aunque el corazón se saltó varios latidos. De repente, sintió las rodillas flojas. De los muslos para abajo, todo se le había licuado—. Pensé que tú también podrías tener hambre...

—Podrías haber pedido algo por teléfono. Hay muchos restaurantes por la zona, Peggy. O podrías haber esperado que llegara a casa para ir a hacer la compra.

«Casa. Compra.»

Las palabras fueron más inquietantes que ver la boca sensual de Oliver. No porque invocaran sensaciones corporales de sus besos, sino porque sonaban increíblemente domésticas. De algún modo, eso era perturbador. Él seguía mirándola, pero la boca que sabía que podía besar como los ángeles exhibía una expresión de desagrado.

—Lo siento de verdad —se disculpó ella.

Nada le habría gustado más que evitar esa tensión. Había estado todo el día sola. Y por primera vez en mucho tiempo, había dispuesto de tiempo para pensar. Sí, temblaba cada vez que recordaba cómo la había tocado Oliver la noche anterior. Y también había dedicado parte del día a disfrutar de los recuerdos de estar entre sus brazos, haciéndola sentir segura y cálida.

Entonces se recordó que no estaba interesada en los hombres.

No podía permitírselo. Después de lo sucedido con Miles McLaughlin, quería una temporada sin relaciones. Una temporada larga. Quizá para siempre. Era evidente que debía cobrar más conciencia de sus elecciones. ¿Por qué no? Tenía un buen trabajo y no necesitaba que un hombre se encargara de ella. Algún día querría

casarse y tener una familia grande... Si sobrevivía.

Cuando en su mente centelleó una imagen de Susan Jones, tembló. Al menos disponía de la ayuda de Oliver. Él no tardaría en aclarar toda esa situación caótica. Y en cuanto tuviera tiempo para reflexionar en sus relaciones pasadas y corregir sus errores, aparecería alguien especial. Ese sería el mejor momento para conocer a Oliver. Cuando estuviera segura de que entendía los errores cometidos se encontraría preparada para esa persona especial. Quería entrar en una relación de igualdad.

Su madre y la tía Jill a menudo habían bromeado con que como para ellas el amor no había funcionado, y como a la tercera iba la vencida, la vida romántica de Peggy iba a ser perfecta al final. Ella no era tan optimista; lo que veía era que descendía de una línea de mujeres que tenían debilidad por los hombres malos. A veces incluso llegó a pensar que era un problema genético de las mujeres Fox.

Como sabía que no podía permitirse el lujo de cometer más errores, no fue capaz de desterrar el tono defensivo al hablar.

—¿Sabes, Oliver? —dijo de pronto—. Esta no es nuestra casa.

Él la miró incrédulo.

—Todo lo contrario... —bajó una mano a su cintura para sentir el calor de su cuerpo a través del jersey—. Durante los próximos días, lo será.

—Sólo porque es necesario.

—Exacto —la miró fijamente—. Por tu seguridad.

—Vamos.

Se hizo a un costado y deseó que le brindara más espacio. Tan cerca de él, le costaba pensar. La presión de su cuerpo le obnubilaba los pensamientos.

—Déjalo estar, Oliver —añadió—. Me encuentro bien. No me sucedió nada en el supermercado —aunque sabía que él tenía razón. Podría haberle pasado algo—. De todos modos, ¿qué contraste en el trabajo? —cambió de tema—. ¿Algo?

Como si no pudiera evitarlo, Oliver alzó un dedo y le acarició la mejilla. Ella se sintió culpable por la preocupación que vio en sus ojos.

—No me gusta nada que hayas salido —afirmó.

—No volverá a suceder.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —juró.

Mirando esos ojos oscuros que irradiaban emociones encontradas, podría haber sentido cien cosas diferentes, pero sólo fue consciente del silencio de la noche, de la pesada nevada visible a través de las ventanas y del calor que le invadía el estómago.

—¿Qué? —murmuró él, acercándose más hasta que sus caderas quedaron unidas—. ¿Pensaste que intentaba decirte lo que tenías que hacer? ¿Como si quisiera controlarte?

—¿Por pedirme que no saliera del apartamento?

—Sí —asintió.

Era posible. Pero en ese momento la perturbaba de verdad. ¿Por qué no podía dejar el tema? Sin duda era paranoica, o la atenazaba la culpabilidad, pero casi sospechaba que Oliver sabía que no le había contado toda la verdad sobre Miles. Era como si no pudiera quedar satisfecho hasta que ella se derrumbara y le hablara del compromiso, una idea que por lo humillante ni se atrevía a contemplar. ¿De verdad había sido lo bastante tonta como para aceptar un anillo de un agente corrupto del FBI? ¿Uno que se acostaba con una delincuente y que además, ni siquiera había tratado de impedir que le disparara?

Suprimió otro escalofrío y pudo verse en el *Rainbow Room* con Miles, mientras alzaba la copa de champán y terminaba por capturar el anillo de oro entre los dientes, de modo que el diamante, o lo que había tomado por un diamante, centelleó entre sus labios. Pero aquella joya relumbrante ni siquiera estaba hecha de buen cristal.

Sintió que el corazón se le contraía dolorosamente al pensar en cómo Miles se lo había quitado de los labios para deslizárselo por un

dedo. ¿Cómo podía ser tan cruel un hombre? Intentó no pensar en el poder que debió de haber sentido al saber que el diamante no era verdadero y que se acostaba con otra mujer, una fugitiva.

Se dio cuenta de que Oliver la observaba.

—¿Piensas que me siento controlada por ti? —logró comentar, fracasando en ocultar el dolor y la furia que acababan de surgir.

Después de todo, no era culpa de Oliver.

—No lo sé. Por eso lo pregunto.

—¿Por qué no me lo dices tú? —contrarrestó—. Tú eres el experto en trazar perfiles.

—¿Por qué me apartas?

—No estoy segura de que me guste que me psicoalicen.

—No es lo que estoy haciendo.

—Mmm. Creo que están trazando un perfil de mí —mantuvo el tono ligero—, y mientras estás ocupado con ello, quizá debería ir a sacar el resto de mi ropa de la secadora.

—Ya estás vestida —bajó la voz un poco—. Y me gusta —tras una pausa, añadió—: Mucho. Te sienta bien el verde.

La vista que bajó por la tela del vestido de lana estaba lo suficientemente encendida como para marcarla al rojo vivo. Al pasar sobre sus pechos, los pezones se le endurecieron visiblemente y él lo notó. Algo abrasador pareció surcarle las venas y la piel se le erizó. Lo siguiente que supo era que pensaba en el tanga que llevaba. Respiró con gesto trémulo y trató de soslayar el hecho de que se humedecía por él y que apenas había tela suficiente para capturar esa humedad.

—Gracias —dijo con voz nerviosa—. Me alegro que te guste, de verdad. Mmm, escucha, Oliver... —estaba decidida a recuperar la situación, pero cuando inadvertidamente posó la vista en el taburete en el que la noche anterior había empezado a hacerle el amor, sintió que se ruborizaba—. La cena estará lista en unos minutos —continuó con extraña valentía, ya que su proximidad le aflojaba por completo

las rodillas—. Si prefieres charlar en vez de dejarme sacar la ropa de la secadora, entonces, ¿por qué no me cuentas qué averiguaste en el trabajo?

—¿Por qué no quieres estar conmigo esta noche? —replicó él. Como si creyera que no iba a entenderlo, se lo aclaró—: Me refiero sexualmente, Peggy.

No cabía duda de que iba directo al grano.

—¿Qué? —enarcó una ceja—. ¿Acaso lees la mente?

—Desde luego.

—El presente es un momento tenso —respondió.

—¿Y por eso me tienes miedo?

—Le tengo miedo a Miles McLaughlin y a Susan Jones —corrigió.

—A mí me temes más.

Una vez más, daba en el clavo. Antes de que pudiera responder, una de las manos grandes y sexys de Oliver se posó en su pelo. Con los dedos abiertos, trazó su sien, y luego le apartó los mechones. Era tan agradable sentir los dedos, que no pudo evitar suspirar y entregarse, dejando que la fuerza de su contacto le echara la cabeza para atrás. También cerró los ojos. Antes de volver a levantar las pestañas, él se aprovechó. En el momento en que le cubría la boca con los labios, susurró:

—Oliver, habló en serio...

Demasiado tarde. Oliver ya estaba besándola.

—Es el momento equivocado para que inicie una relación —murmuró sobre sus labios—. Quizá cuando todo esto haya acabado, quizá cuando sepamos que estoy a salvo...

Pero probablemente él conocía la verdad. Al apartarse un poco para estudiarla, lo vio. Si la soltaba en ese momento, lucharía contra la atracción física e intelectualizaría el apetito animal que los unía. De modo que simplemente le tomó otra vez la boca.

—¿Tiene que ser una relación? —murmuró.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Un sexo magnífico —rió entre dientes.

Tal vez tenía razón. Sin responder, dejó que volviera a besarla, en esa ocasión con más profundidad y ardor. No porque así la abrumara o la forzara a rendirse, sino porque lo deseaba desesperadamente.

Cuando su mano le acarició el costado, la sensualidad estalló en el interior de Peggy, y cuando extendió su lengua para explorar la de ella, salió a su encuentro. En el momento en que volvió a adelantar el cuerpo, la sensación de la erección le provocó un temblor, ya que la lana fina del vestido y el pantalón no representaban una barrera para los cuerpos. Era tan evidente que él la deseaba, que la mente se le oscureció.

Cuando Oliver le tomó la mano y la llevó hacia el dormitorio, estaba preparada. Le había llenado cada célula del cuerpo de deseo. Y cuando llegaron a la cama de agua, cualquier pensamiento lógico se había desvanecido de su mente. En alguna parte, lejos, había un mundo peligroso que tenía poco que ver con la sencilla Peggy Fox, azafata, que compartía un apartamento con otras cuatro mujeres y que trabajaba duramente y se preocupaba por su madre y por su tía Jill en Ohio.

En alguna parte, lejos, estaba ese momento horrible en el *Rainbow Room* cuando había aceptado un diamante falso como anillo de compromiso de un hombre que en realidad no la amaba... Y cuya verdadera amiga era una criminal. Y había una mujer llamada Susan Jones que había llegado a apuntarla con una pistola y le había disparado.

En alguna parte, lejos, también tenían lugar cosas más agradables. Las parejas compraban por primera vez juntas un árbol para Navidad. Los coros de las iglesias cantaban villancicos. Los niños se sentaban en el regazo de Papá Noel y le decían lo que querían de regalo.

Pero todas esas cosas parecían a un millón de kilómetros de distancia. Lo único que importaba era el momento. Ese hombre que

le quitaba el vestido por la cabeza.

Oliver se quitó la chaqueta. No dejó de mirarla mientras se deshacía de la corbata, se desabotonaba la camisa y con un movimiento de los hombros poderosos, terminaba en el suelo. La siguieron los pantalones.

Cuando los calzoncillos descendieron, Peggy sintió que el aire no le llegaba a los pulmones. Oliver se hallaba completamente excitado, con la piel encendida. Entonces, vio que él notaba el tanga.

—Bonito —musitó él con la voz ronca, pasando un dedo por una tira—. Rojo. Mi color favorito.

—Pero anoche dijiste que era el azul...

—Cambié de parecer —sonrió.

—¿Cuándo? —le devolvió la sonrisa.

—En este mismo instante, Peggy.

Despacio, movió un dedo adelante y atrás; luego, cambió de dirección y presionó el dedo hacia dentro... En el interior de ella. Lo siguió un segundo dedo. Cada vez que los retiraba, giraba la mano y le provocaba oleadas de fuego.

Peggy se arqueó mientras el dedo pulgar se deslizaba por su clítoris. Con la mente nublada por la sensación del contacto, bajó los brazos y con el dorso de las manos le acarició los muslos, hasta que él gimió.

—Tócame también —susurró Oliver.

Cuando la mano se cerró sobre su lanza, él suspiró. Apretando mientras subía y bajaba, Peggy dejó que la creciente excitación de él, la involuntaria embestida de sus caderas, la empujara hacia el borde del abismo. El olvido parecía al alcance de la mano cuando bajó la mano con un leve jadeo en busca de los testículos. Con suavidad los sopesó y comprobó lo contraídos que estaban hasta que él le tomó la mano.

—Vamos...

La guió hacia la cama, pero no se acostó a su lado. La contempló

durante unos momentos. La tenue luz que entraba a través de las persianas le iluminaba la cara.

—Eres hermosa... —musitó con voz apenas audible, como si las palabras le fallaran porque lo que acababan de compartir fuera más de lo que podía soportar—. Cámeron —añadió—. Eres realmente bella, ¿sabes?

Con la excitación, a Peggy le costó sonreír.

—¿En qué sentido?

—No puedo imaginar una mujer más sexy en Estados Unidos.

—Ni yo a un hombre más sexy.

—Pero los preservativos jamás son sexys...

Al sacar uno de la mesilla, ella vio que la mano le temblaba. Así era cuánto la deseaba.

—Ahora mismo lo son —expuso, y experimentó un escalofrío al ver cómo se lo ponía.

Luego, él se echó al lado de ella en la cama, y a pesar de lo preparado que se encontraba, le tomó el rostro entre las manos y la miró a los ojos, estableciendo una conexión de una intimidad que ella jamás había vivido. Y entonces la besó con languidez, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, hasta que ambos gimieron y desearon más.

Al final se echó hacia atrás, arqueó la espalda y embistió los pliegues rojos. Cada embestida provocaba una ola en la cama, y cada vez que sus caderas se reunían, sentía que rompía sobre la playa. Algo en lo más hondo de su ser estaba a punto de quebrarse.

—Cámeron... —susurraba él.

—Deja que sea la mujer de tus fantasías —respondió mientras surcaba las olas—. ¿Qué te gustaría hacer conmigo?

El sexo ya estaba demasiado encendido como para durar. La penetró más honda y duramente. Ella lo recibió en su totalidad.

—Sólo esto.

Era excesivo. Cuando otra ola ondulante lo empujó de vuelta al

interior de Peggy, penetró tan profundamente que ella gritó. Con codicia, su boca cayó sobre el cuello de ella, más para beberla que besarla.

—Ahora —jadeó con voz ronca.

Juntos experimentaron el orgasmo. Explosiva y veloz, la satisfacción mutua parecía extrañamente increíble.

—Por lo general no sucede —logró decir Peggy unos momentos más tarde, cuando las palpitaciones de su cuerpo casi habían cedido.

—No, es verdad —susurró Oliver entre besos mientras la subía sobre él y la mantenía en sus brazos—. ¿Te ha ayudado a cambiar de idea sobre no querer comprometerte?

¿Por qué tuvo que sacar ese tema en ese momento? Peggy suspiró despacio.

—Necesito... Tiempo para aclarar las cosas.

—Podemos mantener una relación informal.

—De acuerdo.

Pero era mentira.

El tipo de calor que compartían jamás podía ser casual. Clavó la vista en la ventana. Entre las aberturas de las persianas cerradas podía ver fragmentos del cielo y de la luz procedente del club nocturno. Nevaba mucho. En el suelo, la nieve debía de tener por lo menos treinta centímetros de profundidad.

No supo el tiempo que transcurrió antes de decir:

—¿Crees que tendremos unas Navidades blancas, Oliver?

—Sí —respondió él con voz ronca.

—Y... ¿Crees que estaremos juntos durante la Navidad?

—¿Te molestaría? —se encogió de hombros.

—En realidad, no —repuso tras reflexionarlo—. Echo de menos a mi madre y a la tía Jill, pero... —de pronto comprendió que sus planes para alejarse de la relación no habían funcionado—. ¿Y tú?

—No me importa —afirmó—. ¿Y quién sabe? Quizá se nos ocurra

algo antes.

Aliviada por el cambio de tema, se acurrucó encima de él.

—¿Qué averiguaste en el trabajo?

—Mucho. Lo suficiente para relacionar a Miles con Susan Jones. No hay ninguna operación secreta. Esos dos se conocen desde hace tiempo. Miles fue el primero en interrogarla después de que la arrestaran por su primer robo a un banco. También fue la persona responsable en conseguirle la libertad condicional. Hasta donde sé, aportó documentación que justificaba que la había usado como informadora.

—¿Y es verdad?

—Lo dudo.

Antes de que pudiera explayarse, la voz de Miles McLaughlin quebró el silencio. Los dos se sobresaltaron, luego Oliver la bajó de su pecho, se levantó de la cama y se dirigió al salón. Peggy recogió una manta que había doblada al pie de la cama, se la pasó por los hombros y lo siguió.

Cuando llegaron a la grabadora que había al lado del teléfono en el salón, los dos se dedicaron a escuchar.

En ese momento sonó la voz de Susan Jones.

—Ya tengo los billetes, cariño.

Peggy pensó que reconocería esa voz en cualquier parte.

—¿Con nombres falsos?

—Desde luego. Viajamos como Mortimer y Sally Fife. Me he cortado el pelo y comprado un tinte rojo para mí, para ti he elegido una peluca y unos bigotes castaños —suspiró—. Dentro de unos días, tu vida va a cambiar.

Eso esperaba Peggy. Esperaba que Oliver y ella fueran capaces de meter en la cárcel a Miles y a Susan.

—¡Ah! —suspiró Miles—. Se acabaron las reuniones. Los miserables sueldos del gobierno. ¿Cuándo nos vamos?

—El día después de Navidad.

—Entonces la seguridad del aeropuerto va a ser más estrecha.

—Cierto —aceptó Susan Jones—, pero también podremos perdernos entre la multitud. Es el día del año de mayor densidad de tráfico aéreo.

—Hasta entonces, no deberíamos vernos.

—Te llamaré para informarte del sitio en el que quedaremos — Susan hizo una pausa—. ¿Has tenido alguna noticia de...?

—No —cortó—. Nada.

Peggy se puso tensa y se preguntó si se referirían a ella. Rezó para que no dijera nada que alertara a Oliver de la relación que había tenido con él.

Durante un segundo, la calidez de la Navidad pareció muy lejana y Nueva York demasiado fría para una mujer de ciudad pequeña como ella. Después de que Miles y Susan colgaran, miró a Oliver.

—¿Adónde crees que irán?

Oliver se encogió de hombros.

—No lo sé —frunció el ceño—. Estoy seguro de que emplearon líneas de teléfono seguras. Aunque quizá no. Lo comprobaré mañana —con gesto distraído se mordió el labio inferior—. Al menos esto demuestra que nuestras suposiciones son correctas. Se va de la ciudad con ella. Con un poco de suerte, podré rastrear la llamada.

—¿Y si no?

Trataba de mantener la vista clavada en su tronco superior, pero no dejaba de descender.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Con algo de suerte, interceptaremos otra llamada. La próxima vez, quizá mencionen el destino elegido.

De pronto ella se quedó boquiabierta.

—¡El estofado! ¡Estaba en el microondas!

Oliver esbozó una sonrisa.

—Estupendo. ¿Qué te parece si cenamos en la cama?

—No sería la primera vez...

Recordó el Washington Square Hotel.

—Pero esta vez —rió él—, será mucho más fácil.

Ella devolvió la risa, relajada. A pesar del hecho de que acababan de oír una conversación entre dos criminales, uno de las cuales le había disparado, se sentía segura, incluso feliz.

—¿Más fácil?

Oliver le tomó la mano y la guió hacia la cocina.

—Mmmm. Será mucho más fácil porque en esta ocasión tú no llevas puestos unos pantalones de licra.

Justo antes de que él se detuviera, girara, la abrazara y reclamara su boca, Peggy susurró:

—Reconócelo, Oliver. Esos pantalones te encantaban.

Capítulo 10

—¡Vamos! —dijo Oliver unos días más tarde, mirando por encima del hombro y tirando de la mano de Peggy mientras subían al tejado del edificio de Anna—. Es Nochebuena. Disfrutemos.

¿Cómo iba a poder hacerlo? La verdad era que cada minuto que pasaba con Oliver se sentía más confusa. Principalmente porque jamás había sido tan feliz como en los últimos días. Cuando él estaba en el trabajo, era consciente de que lo echaba de menos. Nunca se habría imaginado que estaría tan pendiente del reloj mientras esperaba que un hombre llegara a casa.

Además, todos los días se desnudaban a los pocos minutos de su llegada. Y eso también era una novedad. Nunca había tenido a un hombre que estuviera tan hambriento de sexo con ella. Y Oliver la hacía sentir sexualmente magnífica.

Habían dedicado las dos últimas horas a hacer el amor y aún se hallaba en las nubes. Siempre la animaba a tocarlo de formas nuevas...

En ocasiones, ni siquiera recordaba el verdadero motivo de encontrarse allí. El hogar de Anna y Vic parecía un refugio celestial, un lugar fuera del tiempo. Entre la fuerte nevada y toda la gente que se había marchado de Nueva York para pasar la Navidad fuera, semejaba una cabaña aislada en el bosque.

Volvió a suspirar. La armonía física que mantenían era asombrosa. ¿No debería conducir a algo más? Parecía tan especial...

Sin embargo, no se sentía preparada para algo más. ¿Y si por accidente se casaba con alguien como Miles? ¿Y si un hombre así se

convertía en el padre de sus hijos? ¿Y si cometía el mismo error de su madre y su tía Jill... y terminaba sola? Traicionada demasiadas veces y abandonada toda idea de una relación mujer-hombre.

Movió la cabeza como para despejar la confusión. Habían pasado días, y así como habían mantenido dos llamadas más, Miles y Susan todavía no se habían arriesgado a divulgar el destino de la huida. Oliver empezaba a preguntarse si no sería mejor llevar el caso a sus superiores, pero temía que Miles tuviera contactos que pudieran alertarlo.

Y encima, al día siguiente sería la primera Navidad que pasaba lejos de su madre y de su tía Jill. Aunque hablaba con ellas por teléfono, las echaba de menos.

—Lo siento, Peggy —murmuró de repente, sintiéndose sin aire al llegar a la quinta planta—. Desearía que hubiéramos descubierto a donde van a ir. Aún hay tiempo. Si no hemos averiguado nada un día después de Navidad, llamaré a Ohringer, mi jefe en Quántico. Es de confianza. Sé que no podría estar involucrado, y por lo menos daría la alarma a los funcionarios del aeropuerto.

—Miles y Susan irán disfrazados —señaló ella.

Al llegar a lo alto de la escalera, Oliver la apoyó contra su pecho, y luego se volvió para que la espalda le quedara apoyada contra la pesada puerta de metal que conducía al tejado.

Le alzó el mentón para darle un beso. Con el simple contacto de sus labios, todo el cuerpo de Peggy comenzó a derretirse. El frío aire invernal que se filtraba a través de la puerta hacía que fuera aún más consciente del calor que corría por sus venas. Como el viento, parecía correr por su interior, silbando alrededor de sus huesos y tendones, recorriendo todas sus extremidades.

Peggy introdujo los dedos entre el pelo de Oliver y lo acercó todavía más, para aumentar la presión de sus bocas hasta que le dolieron todas las zonas erógenas. Se arqueó hacia él, y cuando comprendió que era inútil debido al grosor de los abrigos, la

frustración la dejó molesta y nerviosa. Cerró los ojos en el momento en que Oliver apoyó la mano en el cuello para acariciárselo con sus dedos largos.

—Parece que esto promete ser bueno —murmuró él.

—La sensación es buena —susurró ella.

—Entonces supongo que lo es —rió Oliver.

—Pero tendrás que probarlo para estar seguro, ¿verdad, Oliver?

—Supongo —con el dedo pulgar le levantó la barbilla antes de acariciarle el cuello y establecer una serie de besos desde la clavícula hasta la oreja. Lentamente, le pasó la lengua por el interior, y luego sopló en los puntos que había dejado húmedos, provocándole un escalofrío—. El sabor es tan bueno como prometía al mirarte.

—No suelo romper las promesas —impulsivamente, se puso de puntillas y volvió a reclamarle la boca—. Luego, viene el sexo —indicó—. ¿Y después?

—Lo dices como si debiera tenerlo planificado.

—¿Y no es así?

—Por lo general, soy espontáneo, como quizá hayas notado.

Ella sonrió y volvió a darle un beso rápido en los labios.

—Prometiste entretenerme, Ollie.

—Oh, lo haré —aseveró.

Se acercó sin quitarle la vista de encima.

—La única persona que sale bien parada después de llamarme Ollie es mi hermana pequeña —añadió.

Antes de detenerse a reflexionar sus palabras, Peggy soltó:

—¿No soy lo bastante especial?

Durante una fracción de segundo, la pregunta flotó en el aire, y luego Oliver la besó otra vez hasta encender un fuego lento. Entonces murmuró:

—Eres especial, desde luego. Realmente especial, Peg.

Ella tragó saliva, sabiendo que había buscado esa respuesta, pero también que no quería oírla.

—Vamos —pidió con demasiado entusiasmo—, a ver quién llega primero al exterior.

—¿Me desafías a mí? —preguntó él divertido.

Después plantó las manos sobre los hombros de ella y por medio de la fuerza la apartó de la cara de la puerta.

—Las damas primero —rió Peggy.

—Ni lo sueñes.

Todavía reía cuando con exageración él se dio la vuelta y abrió la puerta. Unas ráfagas heladas invadieron el interior cuando cruzó el umbral. Peggy pudo ver que la nieve aún caía con fuerza. Un segundo más tarde, Oliver comenzó a correr hacia el reborde que daba a la calle y se volvió casi invisible.

—El fantasma de Oliver.

Al susurrar esas palabras, algo le atenazó el interior al pensar que alguna vez podría perderlo. Desterró con rapidez esa sensación y se puso los guantes de lana. Las botas de Anna eran un número más grande y a punto estuvieron de hacerla tropezar. Los pies se hundieron en la nieve y al avanzar, sintió como si marchara a través de arena mojada.

Con el hombro, cerró la puerta contra el viento.

—¡Qué bonito se ve todo desde aquí arriba! —comentó al llegar al lado de él.

Oliver apoyaba las manos sobre el reborde y contemplaba Barrow Street. Justo cuando le rodeó la cintura, él le dio la espalda para quedar detrás de ella con las manos cerradas sobre su estómago. Peggy le tomó las manos y miró por encima del hombro, sonriendo.

—Sí —convino—. Las vistas son muy bonitas. Desde aquí arriba parece un camino comarcal.

La nieve lo cubría todo y ninguna rueda de coche la hollaba. Ni siquiera los vehículos aparcados resultaban visibles. Los alféizares de las ventanas y las gárgolas que adornaban los edificios estaban

cubiertos de blanco.

Bajo la suave luz de las farolas y las ventanas de los apartamentos, la nieve en el suelo parecía un polvillo mágico. Los cristales centelleaban y contrastaban con el fondo blanco.

—Es precioso. Pero hace frío aquí.

—Necesitas un hombre que te dé calor.

—Ya tengo uno.

—¿Sí? —provocó.

—Por el momento —titubeó. Pero antes de que él pudiera contestar, añadió—: Se estaba mejor en la cama.

—No te lo puedes quitar de la cabeza, ¿eh?

—¿Qué?

—Practicar el sexo conmigo.

Una vez más, ese nudo no deseado se asentó en su garganta. La mente le dio vueltas como un remolino y se preguntó qué sucedía de verdad entre ellos.

—Fue divertido —respondió con tono ligero.

—Es —corrigió al tiempo que le daba un beso en la mejilla—. No te preocupes, estaremos haciendo el amor pronto.

«*Haciendo el amor*». La facilidad con que él había pronunciado esa frase la dejó rígida. Estaban adquiriendo una intimidad demasiado intensa; debería haber dado marcha atrás en esa relación. Sin embargo, tampoco lo hizo en ese instante, sino que siguió apoyada en él. Se dio cuenta de que eran como adolescentes incapaces de mantener las manos alejadas el uno del otro. Y entonces sintió un destello de furia. Antes había leído una copia del historial personal de Miles, que Oliver había obtenido de la base de datos del FBI.

El contenido la había indignado. Prácticamente todo lo que Miles le había contado de su pasado era mentira. No había tenido una vida familiar feliz. De hecho, sus padres estaban divorciados, igual que los de ella, y no había mantenido una relación con su padre, de nuevo igual que ella. Tampoco había ido a una de las universidades

importantes del país, como afirmaba. Apenas se había licenciado con las notas justas que le permitieron ingresar en el FBI.

Después de que Oliver le dijera que las personas como Miles a menudo arrastraban traumas de la infancia, casi había esperado oír historias terribles, como que habían abusado de él... Pero hasta donde podía ver, la historia era casi como la suya. Entonces, ¿por qué se había convertido en un mentiroso y un ladrón?

El perfil que Oliver había trazado de Miles no proyectaba mucha luz sobre el tema. Según este, Miles tenía una personalidad narcisista. Y en el FBI había más de uno con el mismo trastorno. A menudo, las personas con un sentido del yo dañado resultaban empleados ejemplares. Con la necesidad de probarse, con frecuencia sobresalían. Su inestable autoestima, incapaz de aceptar el fracaso, los impulsaba a realizar un esfuerzo extra.

—Un céntimo por saber lo que piensas —murmuró Oliver.

Peggy vio que la observaba con atención.

—Pensaba en el perfil que hiciste de Miles McLaughlin —respondió con sinceridad.

—¿Y? —enarcó las cejas.

Ella se encogió de hombros.

—Pensaba en cómo dijiste que le gustaba utilizar a las mujeres... Sentir su poder sobre ellas.

—Le gusta sentir que lo aman a pesar de sus crímenes —añadió Oliver—. Es una prueba de que lo aman de verdad. Cuanto más lo perdonan, más poderoso se siente. Pero con el tiempo terminará traicionando a Susan Jones.

—¿Le quitará el dinero del atraco cometido por ella?

—Eso, o llevará a otra mujer a casa.

Las mejillas de Peggy ardieron a pesar del frío. Se preguntó cómo había podido ser tan estúpida, tan ciega.

—Querrá ver las reacciones de las dos mujeres —continuó Oliver, ajeno a los pensamientos que la atormentaban—. Querrá saber quién

está más enfadada. Quién lo ama más. Quién lucha por él.

Sin duda, había sido Susan Jones. Había estado a punto de matarla a ella por la peor clase de hombre imaginable. Dominada por un impulso, Peggy se zafó del abrazo de Oliver.

—Vamos —lo rodeó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó él a su espalda.

—Dentro.

Justo cuando llegaba a la puerta y la abría, él la agarró por el hombro y la hizo girar para mirarlo.

—Peg —los ojos oscuros reflejaban preocupación—. ¿Qué sucede? ¿Qué acaba de pasar?

De pronto, Peggy fue consciente de que el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho.

«*Deja de mirarme de esa manera*», pensó. Quizá debería haberlo expresado, pero tenía la boca reseca. Además, la conmovía demasiado la ternura que irradiaban sus ojos, una ternura que la tentaba a contarle que había estado flotando cuando Miles McLaughlin le había pedido que se casara con él. Al haber otro hombre interesado en ella, de algún modo le resultaba más fácil reconocerlo, pero aún dolía. Había estado tan impresionada por Miles, tan cautivada por sus supuestos logros y puesto laboral, y por los delitos y crímenes que había dicho que había solucionado...

Sí, había estado impresionada por Miles, igual que lo estaba por Oliver. También él era atractivo y había triunfado en su trabajo; por eso no iba a permitirse confiar otra vez en el instinto.

—Sólo quiero ir dentro —logró contestar—. ¿De acuerdo?

—No.

Lo peor era que en ese momento él era un psicólogo. Empleaba ese tono de voz suave, gentil, persuasivo... Y los ojos mostraban ánimo y paciencia.

—Dame un minuto —pidió Peggy.

Pero él no hizo movimiento alguno para retroceder y la tomó del

brazo. En ese momento, la sola presencia física de Oliver resultó abrumadora, el aroma de su cuerpo demasiado excitante...

— ¿Por qué pensar en Miles te ha hecho huir?

Peggy pensó que él podía ver a través de ella.

— No fue Miles.

Bajó la vista, conmovida por la habilidad que Oliver parecía tener penetrando en su alma.

— Sí.

— ¿Nunca cejas en tu empeño?

— No cuando se trata de lo que quiero.

Lo miró con exasperación.

— ¿Qué quieres?

— A ti.

— ¿Qué ha sido de eso que dijiste de mantener la relación en un plano informal?

Oliver no se molestó en contestar; simplemente la abrazó, el movimiento inesperado casi rudo.

— Probemos una vez más —indicó—. ¿Qué sucede?

Ella soltó el aire con gesto trémulo. Tenía que confiar un poco en él.

— Tengo muchos problemas con los hombres.

— Eso te convertiría en una mujer —clavó la vista en los labios entreabiertos—. Jamás he conocido a una mujer que no tuviera problemas con los hombres, Peg. Nosotros somos los problemas.

— Tú, desde luego —no pudo evitar comentar. Luego, volvió a soltar el aire con exasperación—. Mis novios no han sido... —buscó las palabras adecuadas—. Lo que yo necesitaba.

Oliver pareció muy interesado.

— ¿Lo que necesitabas?

— Emocionalmente —asintió.

— ¡Maldita sea! —musitó—. Yo puedo ser emocional, Peg. Eres tú quien no ha querido involucrarse, quien afirmó que sólo quería sexo.

—Y quiero sexo. O, al menos, lo quería.

—¿Y ya no? —preguntó, visiblemente dolido.

La conversación iba en la dirección equivocada. De pronto, Peggy miró alrededor. De forma inesperada, las lágrimas le presionaron los párpados. No tenía idea de lo que quería, ni de él ni de ningún hombre.

—Necesito reflexionar y cerciorarme de que me encamino hacia las relaciones que me harán feliz. Cuando eliges a una pareja, puede ser una elección de por vida...

Calló. La situación empeoraba por minutos. ¿Por qué hablaba como si Oliver y ella pudieran ser una elección de por vida?

Los ojos de él la evaluaron.

—¿Quién te hizo daño, cariño? —musitó.

—De hecho, muchas personas —reconoció al final—. Un hombre llamado Guy Slater usó mi tarjeta para sacar dinero de mi cuenta. Para pagar las facturas de aquel mes, tuve que hacer turnos extra. Luego, un chico llamado Steven Winkler usó mi teléfono para llamar a números 906.

Oliver la miraba incrédulo.

—¿Era tu novio?

—Bueno, en realidad, no. No me había acostado con él...

Pero había estado a punto de hacerlo, aunque Oliver no necesitaba esa información.

Él asintió.

—¿Y cuándo tuvo lugar eso?

La proximidad física de Oliver aún le hacía hormiguar el cuerpo, y de repente deseó poder olvidar la conversación y empezar a besarse otra vez.

—Cuando iba a la universidad.

—Pero eso fue hace mucho tiempo, Peggy.

Era tan sensible como cualquier hombre acerca de su edad.

—No hace tanto —se defendió.

—Sabes a qué me refiero.

Suponía que sí.

—Pero no paró allí. Por ejemplo, Kiki me presentó a alguien que conoció en un vuelo en primera con destino a Europa... Un hombre llamado Groucho Garfield.

—¿Groucho?

—Ahí quiero llegar. Al final resultó que no era su nombre. Según sus tarjetas de identificación, se llamaba Samson Anderson.

—Y llegaste a ver sus tarjetas...

—Estaban en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Y dónde estaba Samson Anderson mientras tú inspeccionabas la chaqueta?

—En ese momento en el cuarto de baño.

De hecho, llevaba allí un tiempo sospechosamente largo, aunque no pensaba contarle eso a Oliver. No tenía ni remota idea de lo que Samson Anderson habría estado haciendo allí. Y tampoco quería saberlo.

Oliver la miraba como si se sintiera más fascinado por momentos. Ninguna mujer en su sano juicio se negaría a ser el objeto de su inteligente atención, aunque ella empezaba a sentir como si volviera a evaluarla.

—Tener citas es difícil —indicó él al final.

—Mucha gente es rara —convino Peggy—. Mi compañera de piso, Annabella, conoció a un programador de páginas web que al día siguiente le envió a un hombre que se desnudaba mientras cantaba.

—Interesante —reinó una pausa prolongada antes de que él añadiera—: ¿Tienes la costumbre de inspeccionar las carteras de tus citas?

—Nunca se puede tener demasiada cautela —respondió—. Lo he aprendido a la fuerza.

Sin duda, debía de pensar que había hecho lo mismo con él en el Washington Square Hotel.

—Pero estos hombres parecen irrelevantes, Peggy.

Cierto. Pero Miles no lo había sido. Claro está que por él no había sentido lo que sentía por Oliver Vargo. No había experimentado nada de ese apetito físico e insistente, ese anhelo innegable de sexo.

Pero había sido imperdonablemente ingenua. Se había dejado impresionar y no había sido capaz de ver su verdadera naturaleza, como su madre no había podido ver la de su padre, ni la tía Jill la del hombre con el que se casó. Oliver tenía razón. Esos otros hombres habían sido irrelevantes, y por fortuna, esa debilidad no había provocado ninguna situación irreversible. Sin embargo, la muerte lo era. Y con Miles McLaughlin el resultado casi había sido mortal.

—Por favor... —pidió, con la esperanza de que dejara de psicoanalizarla—. No me digas que el que mi padre nos abandonara me ha incapacitado para confiar en los hombres.

—¿Lo ha hecho?

—Por supuesto.

Al mirarlo a los hermosos ojos, se preguntó si le gustaría vivir con un hombre que poseía una licenciatura en psicología. Pero para su asombro, se sintió segura. ¿Sería Oliver el tipo de hombre a quien podría confiarle todos sus problemas? ¿Todos sus secretos?

Viendo a donde iba a parar, se dio la vuelta de golpe y alargó la mano hacia la puerta, pero los dedos de él se cerraron sobre su brazo.

—No tan deprisa.

—¿Quieres que vaya despacio? —lo miró.

—Muy despacio —se acercó.

Y entonces volvió a posar los labios en su boca. No había modo de parar a ese hombre. Era insaciable.

—Ha sido una Navidad estupenda —murmuró Oliver la noche siguiente, abrazándola mientras le daba la vuelta en la cama para poder penetrarla por detrás.

—Tú eres estupendo —susurró con voz trémula, suspirando mientras entraba y la dejaba disfrutar de cada centímetro de calor.

No descansó hasta que tuvo el hueso pélvico pegado a su trasero.

Juntos experimentaron un escalofrío. Peggy se movió mientras Oliver le acariciaba el vientre; tenía la piel tan suave como las sábanas de satén verdes y rojas que había comprado para la cama. Le alzó los pechos por abajo. Era tan hermosa, tan perfecta... Dobló los dedos y los alzó hasta que pudo cerrarlos sobre los pezones duros.

—Has sido una chica mala —murmuró con voz ronca, leyendo la frase escrita en el gorro de Papá Noel que Peggy había comprado aquella tarde.

—Quizá necesito unos azotes.

Oliver dejó de acariciarle un pecho el tiempo suficiente para separarse y oírla gemir por la retirada. Deslizó la mano entre ambos y la posó sobre un glúteo, que frotó con lentos movimientos circulares para sensibilizarle la piel. Cuando lo sintió cálido, le dio un golpecito que le provocó un grito... No de dolor, sino de placer.

—Buena —corrigió Peggy con un jadeo, dándole la vuelta al gorro —. He sido buena.

La única respuesta fue la respiración entrecortada de él. Los brazos se cerraron sobre su torso. De pronto sintió que nunca podría tenerla lo bastante cerca.

—¡Ah! —logró suspirar mientras con el dedo jugueteaba con el núcleo de ella.

Después de capturar su humedad, frotó en círculos alrededor del clítoris. La noche anterior ella lo había asustado. Se había dado cuenta de que no quería que Peggy Fox abandonara su vida. Y esa mañana había sentido lo mismo. Quería unirla a él para que nunca necesitara irse.

Al darse cuenta de que estaba al borde del precipicio, se contuvo cuando ella comenzó a temblar contra él.

Una y otra vez le acarició el pecho antes de subir los dedos hacia

el pezón. Al atrapar la punta firme entre los dedos, ella gritó. Lo pellizcó y tiró del capullo turgente mientras realizaba un movimiento circular cada vez más lento.

—Por favor... por favor... —suplicó en un murmullo.

—Si hubieras sido buena —jadeó Oliver—, entonces quizá Papá Noel te habría regalado algo que hubieras querido para Navidad. ¿Qué habrías querido?

—Esto —la palabra sonó estrangulada.

—¿Esto? ¿Que te haga qué, cariño?

Peggy se lo susurró al oído; una sola palabra, no muy elegante pero que definía a la perfección lo que deseaba.

—Hazlo, Oliver...

Él deslizó las manos para amoldarlas sobre sus caderas y tensó la espalda. De pronto se arqueó y la atrajo hacia sí mientras la dura erección volvía a embestirla. La penetró hasta el fondo y todo el cuerpo le tembló por el placer y el control férreo que lo mantenía ante el precipicio del clímax.

Peggy estaba completamente confusa. La noche anterior la había llevado a la cama y amado tanto como había podido. Y ella lo había asustado. Había dado media vuelta y huido sin más explicación, lo cual lo había sorprendido.

En ese momento, Oliver la acarició entre las piernas... Con más presión y velocidad. Pero él no aguantó. No fue capaz. Su propio orgasmo fue súbito, demasiado abrumador. Sin embargo, ella también estaba alcanzando el orgasmo, y los diminutos espasmos internos le parecieron el cielo. «*No te vayas, Peg*», quiso decir al enterrar la cara en el hombro de ella. Pero guardó silencio.

Horas más tarde, se activó la grabadora conectada al teléfono.

—Todo listo para mañana —indicó Susan—. Me alegro de que estés en el despacho, Miles. No pensé que te encontraría.

—Entonces, ¿por qué llamas? —él sonó seco.

—Probé a localizarte en casa, pero...

—Como he dicho, el despacho es el único lugar que barren con asiduidad en busca de micrófonos ocultos. Además, olvidé borrar algunos de mis ficheros. La noche de Navidad sabía que no habría nadie aquí —suspiró—. ¿Te acuerdas de ese tipo del que te hablé? ¿Vargo?

—Sí.

—No confío en él. He mirado algunas de las cosas que tiene sobre su mesa y creo que me ha estado investigando. Había un papel con mi nombre en él.

—Bueno, no importa. Mañana nos vamos. Nunca más tendrás que pensar en él. ¿Estás seguro de que te parece bien ir a París?

—Es un punto de partida. Una vez que nos encontremos a salvo fuera de Estados Unidos, podremos ir a cualquier parte. Tendremos que hacerlo. Básicamente, en cuanto recojamos el dinero, deberíamos trasladarnos a otro sitio a las veinticuatro horas.

—¿El dinero? ¿Estás seguro de que podrás sacarlo?

Miles rió confiado.

—Hoy utilicé mis credenciales para facturarlos. Con tantas personas pendientes de las fiestas, nadie mostró ninguna sospecha. Todo el mundo cree que estoy transportando dólares falsos hechos en Francia. Como nadie piensa que es dinero de verdad, no lo vigilarán tanto durante el transporte.

—¿Cómo lo recogeremos?

Susan pareció preocupada.

—Un mensajero americano llamado Mortimer Fife, que viajará con su esposa, Sally, recogerá el dinero. Supuestamente, se trata de un agente que lo trasladará a las autoridades. Envié mi foto en su lugar, vestido con el mismo traje que voy a llevar.

—Brillante —susurró Susan. Hubo una súbita emoción en su voz—. Estoy impaciente por verte, Miles. Mañana al mediodía, en la puerta de embarque, ¿correcto? Te he echado tanto de menos...

—Yo, también.

Oliver decidió que no sonaba sincero.

—Apuesto que la dejará en cuanto tenga el dinero —le comentó a Peggy cuando se acabó la comunicación.

—¿Qué hacemos ahora?

Oliver llamó a información del aeropuerto.

—A juzgar por lo que me han dicho —anunció al colgar—, su vuelo sale a las doce y veinte. Y... —la miró de reojo—. Resulta que los Fife tienen reserva en tu compañía aérea.

Peggy se sintió aliviada.

—Por lo general es el vuelo de Sophie, pero habrá intentado organizarse para no trabajar durante las fiestas. Es posible que haya cambiado días con Juliette o Isabella —hizo una pausa—. Bueno, las llamaré. Si no es una de ellas, sabrán quién hará el trayecto.

—¿Y para qué necesitas esa información? —la miró fijamente.

—Para poder ir en el vuelo.

—Me lo temía —bajó la vista, el semblante serio.

—Hemos de ir, ¿no? —lo miró confusa.

—Yo sí. Tú no. Tú no irás.

—Iré.

Antes de que pudiera protestar, lo agarró por la cintura y lo tiró sobre el sofá del salón... Encima de ella.

—Es posible —murmuró él—. Porque es muy difícil discutir contigo, Peggy Fox.

—Me pregunto si podrás dar con Ohringer en casa —dijo Peggy una hora más tarde.

Convencerlo de que dejara que fuera con él iba a ser difícil; en cuanto involucrara al FBI, la mantendrían en Nueva York a menos que él convenciera a sus jefes de lo contrario.

Oliver se encogió de hombros.

—Supongo que esta noche estará en casa. Tiene hijos adultos,

todos casados, y por lo general van a pasar la Navidad allí. Sé que este año planeaban la reunión habitual. Su mujer y él me invitaron a ir.

—Un detalle.

—Sí. Sabía que Anna y Vic se iban fuera. Habría aceptado de no haber planeado quedarme aquí en vez de regresar a Virginia.

—Es una pena que tengamos que molestar a la familia en estas fechas.

—Probablemente lo agradezca. Se jubila el año que viene y este tipo de arresto le permitirá hacerlo a lo grande. Además, está acostumbrado a recibir llamadas los días festivos. Por no mencionar a todas las horas del día y de la noche. Va con el rango.

—¿Y para ti es lo mismo? —inquirió Peggy.

Se mostró vagamente preocupado.

—¿Te refieres a si recibo muchas llamadas?

—Sí —asintió.

—¿Es malo?

—Bueno... No —repuso tras pensarlo. Sintió un nudo en el pecho. A medida que se acercaba el fin de su tiempo juntos, las conversaciones de ese tipo se tornaban más y más frecuentes. Lo que en realidad quería saber era si podría soportar el estilo de vida de un agente de la ley—. Sólo me lo preguntaba.

—Sí —corroboró—. Recibo muchas llamadas. Cuando un caso está a punto de cerrarse, a veces no vuelvo a casa. Y ahora mismo viajo mucho. Voy a distintos escenarios de crímenes por todo el país.

—Pero te tomaste tiempo libre para cuidar de mí —indicó con culpabilidad.

Nuevamente, él pareció saber lo que pasaba por su cabeza.

—El trabajo es importante —manifestó—, y hay mucha presión para producir resultados...

—¿Consideras que si no estás trabajando se podría perder una vida?

—A veces —apreció la comprensión que mostraba—. Pero es así como aprendes que tu propia vida personal tiene que ser igual de importante. Los agentes que no son capaces de poner primero sus necesidades, que sienten un exceso de responsabilidad y siempre han de ser el centro de la acción, terminan por quemarse. O se divorcian. O no tienen una relación buena con sus hijos. Lo he visto pasar más veces de las que puedo recordar.

«Fue lo primero que me enseñó Ohringer. Al final, las personas que no cuidan de sus vidas le causan un perjuicio a todos. Son buenos agentes, pero sólo a corto plazo. No aguantan una carrera prolongada.»

Peggy reflexionó sobre ello. Empezaba a creer que Oliver era como aparentaba: Un hombre con poder equilibrado. Pero ¿se extendería eso a su vida privada?

—Parece un tipo inteligente ese Ohringer.

—Uno de los mejores. Y un buen padre además.

—Hablo en serio —dijo Peggy, cambiando de tema y acercándose a él en el sofá—. Antes de que llames, quiero que aceptes que vaya en el avión.

Él suspiró y la miró de reojo.

—En cuanto entre en juego Ohringer, ya no va a depender de mí.

—Lo sé, pero prestará atención a tu recomendación.

—La verdad, no creo que sea tan buena idea, Peg.

—Sé que a veces recurrís a civiles.

—Sólo cuando es absolutamente necesario.

—¿A pesar de lo persuasiva que he sido?

Sonrió y le pasó una mano por la cintura para subirla al regazo. Abrió las piernas para que el trasero pudiera caer entre ellas, y se sintió acunada por Oliver. Durante un momento, guardó silencio y disfrutó de la calidez sólida de su cuerpo y del calor procedente de la chimenea.

—Desde luego, has sido muy persuasiva, Peg —susurró él con voz ronca.

Peggy pasó una uña por sus pectorales y trazó una línea invisible entre ellos, sin detenerse hasta que los dedos tocaron el cordón de los pantalones de chándal que llevaba puestos.

—Me ha encantado cada minuto —reconoció al tiempo que Oliver le apartaba el pelo de la cara—. Escucha —añadió—, sé que quieres protegerme, pero...

—También sé que eres capaz de protegerte a ti misma —le acarició la mejilla—. Ya te has enfrentado a esa gente.

—Exacto.

—Y ahora es tiempo de que los profesionales se encarguen de apresarlos.

Ladeó la cabeza para observarlo mejor. Jamás había visto unos ojos tan inteligentes ni capaces de mostrar emoción. Sin embargo, había ocasiones en que daban la impresión de cerrarse, de volverse inescrutables. Como en ese momento.

—¿Por qué sabía que ibas a decir eso?

—¿Por qué quieres ir? —preguntó él cuando dejó de observar las llamas en sus ojos.

Por un momento, Peggy esquivó su mirada.

—Porque tiene que ver conmigo —respondió al final, con un escalofrío al recordar cómo había huido de la casa de Miles—. Fue a mí a quien dispararon —pero por supuesto, había más. Estaba el orgullo. Miles la había utilizado de la peor de las maneras, haciéndole creer que la amaba cuando en realidad había estado con otra mujer. Algo en eso hacía que quisiera involucrarse—. Quiero que los arresten.

—Lo harán. No hace falta que estés presente.

—Pero quiero participar.

—Esa es la primera regla —le enseñó—. Jamás te lo tomes como algo personal. Lo más peligroso que puede hacer una persona es anteponer sus emociones.

De pronto Peggy sintió un nudo en la garganta. Se preguntó si

sería la única mujer joven a la que habría utilizado Miles. Dado lo que había dicho Oliver, probablemente hubiera más.

—¿Cómo no vas a anteponer tus emociones?

Él se encogió de hombros.

—Cuando los malos hacen cosas malas, no se trata de algo personal.

Desde luego, la sensación lo era. Pensó en aquella noche en el *Rainbow Room*, cuando Miles se le había declarado. Había estado tan entusiasmada, tan feliz; con el corazón a rebosar de júbilo.

—Pues yo creo que sí lo es —replicó—. Quizá las personas como Miles saben elegir un blanco fácil.

—Las personas malas explotan las debilidades de los demás —convino—. Pero sigue sin ser algo personal, porque su tendencia es hacer el mal, sin más.

—Pero yo puedo ayudarte a capturarlo —protestó. Estaba segura. Conocía a Miles mucho mejor que los agentes, aunque no quería decírselo a Oliver—. Fui yo quien reconoció a Susan Jones... —respiró hondo, y luego añadió—: En el avión.

—Otras personas también la reconocerán, Peg. Así como la cinta que hemos grabado de las llamadas telefónicas no será admitida en un tribunal, los agentes pueden utilizarla. Gracias a ella sabemos cómo van a ir disfrazados, y eso facilitará localizarlos.

Oliver guardó silencio y se mesó el pelo.

—Los agentes están entrenados para ver a través de cualquier disfraz —continuó—. Siempre se introducen métodos nuevos para perfeccionarlo.

—¿Como el software *Combinación Rápida*?

Él asintió.

—Es gracioso —comentó al bajar la mano y frotarle la espalda—. Su propia obra se volverá en su contra.

—Pero, Oliver, si la cinta no se puede utilizar en un tribunal, será difícil demostrar que existía una relación entre Miles y Susan. Él fue

parcialmente responsable de conseguirle la libertad condicional, pero hasta eso podría ser circunstancial. En el mejor de los casos, podrás demostrar que manipuló documentos para afirmar que Susan lo ayudó a arrestar a otros delincuentes.

—Regla segunda —indicó—. Nuestro trabajo es atrapar a los malos. Los abogados hacen el resto.

—Lo sé —aún no estaba dispuesta a dejar la discusión—. ¿No quieres establecer de forma irrefutable la relación existente entre ellos?

—Estarán juntos en el avión. Y los reconoceremos gracias a la descripción que ha hecho ella del aspecto que iban a tener. En la llamada sugerían tener una relación personal.

—Pero ¿no sería mejor si tuviéramos algo que demostrara que esa relación siempre ha tenido un objetivo delictivo? Probablemente...

De pronto unas emociones que ni siquiera podía nombrar le atenazaron el pecho. Ya no le importaba Miles. Sus sentimientos habían cambiado en cuanto lo vio en la cama con Susan Jones, pero la traición aún le dolía. Costaba imaginar que otra persona pudiera desear aplastar sus esperanzas, deseos o sueños.

Oliver la observaba con atención.

Logró ofrecerle una sonrisa rápida.

—Iba a decir que probablemente hacía tiempo que eran íntimos.

—Sigo convencido de que la va a traicionar.

—Razón por la que necesitas una mujer.

—Desde luego que necesito una mujer —sonrió.

—Me refiero en el avión, contigo.

Él se puso serio.

—¿Qué es lo que propones, exactamente?

—Bueno... Has dicho que a Miles le gusta el poder —respondió, animada por su interés—. Y que le gustaría que dos mujeres se pelearan por él.

—Es lo que indica su perfil.

—¿Qué pasaría si lo llevara al lavabo del avión conmigo y...?

—Vaya —musitó él.

—Deja que termine. ¿Qué sería más tentador —habló del plan a medida que se iba desarrollando en su mente—, que la oportunidad de traicionar a Susan Jones en el avión?

Oliver enarcó una ceja.

—¿Vas a seducirlo? ¿A preguntarle si quiere una aventura sórdida en el lavabo del avión, delante de su amante y compinche?

Peggy asintió.

—¿Por qué no?

—Podría llevar un micro, hacer que hablara. De acuerdo con el perfil que trazaste de él, podría funcionar.

—Mis palabras se vuelven en mi contra.

Ella sonrió con dulzura.

—Dijiste que le gustaría que dos mujeres se pelearan por él, ¿verdad?

—¿Quieres enfrentarte a Susan Jones?

—¡Claro que no! Pero él sí. Si una azafata sexy le sugiriera que tuvieran una aventura en las narices de ella, a Miles le gustaría que su novia lo averiguara...

—¿No crees que te reconocería?

Lo pensó unos momentos.

—No. Porque estaría disfrazada.

—Está entrenado para reconocer a personas con disfraz...

—Tú me ayudarías —repuso—. Además, él sólo... —respiró hondo otra vez—. Sólo me vio fugazmente... En el aparcamiento del aeropuerto —en ese instante supo que no podía contarle la historia con Miles. Si la conociera, bajo ningún concepto le permitiría participar—. En el vuelo estará tenso —murmuró, sin apartar la mente del plan que iba desarrollando—. Tendrá miedo de que lo descubran. Quiero decir, sin importar lo grandioso que se sienta, lo poderoso que se crea, sabrá que viaja con una fugitiva, y que en

cuanto el avión aterrice tiene que recoger dinero de un atraco a un banco. Es arriesgado. Apuesto que le sudarán las manos.

—Es posible. Pero envió el dinero a través de los canales del FBI, con credenciales para sacarlo del país.

—Por supuesto —convino—. Pero en lo más hondo, está asustado. Sabe que hace mal.

—¿Crees que posee conciencia? Yo no estoy tan seguro.

—Yo sí. Piensa en ello. Su sexto sentido debió de indicarle que echara un vistazo a tu escritorio.

—Por lo que sabemos, también inspeccionó todos los escritorios —repuso él, desempeñando el papel de abogado del diablo.

—Es posible. Pero lo que lo puso nervioso fue ver el papel en el tuyo con su nombre escrito.

—Sea cual fuere el papel al que aludía, no estaba relacionado con esto —aseguró Oliver—. Probablemente tuviera que ver con el software *Combinación Rápida*.

—Eso no importa. Lo único que digo es que, en lo más hondo, hemos sacudido su jaula. Es demasiado poderoso y frío como para mostrarlo, pero casi espera que lo capturen. Sin importar que mirara en tu escritorio o en el de otras personas también, el hecho es que buscaba algo sospechoso —de pronto se dio cuenta de que Oliver le sonreía. Frunció el ceño y preguntó—: ¿Qué?

—Eres buena en esto, Peg —rió entre dientes.

—¿Esto?

—En trazar perfiles.

De pronto ella también rió, y se sintió bien. Durante un segundo, la tensión la abandonó.

—No mentía cuando dije que me encantan los libros sobre investigación criminal.

Se miraron largo rato y experimentó una conexión emocional en la mirada que jamás había compartido con otro hombre. La verdad era que había empezado a pensar que los hombres y las mujeres no

compartían cosas de ese estilo, que esa clase de conexión era sólo un mito. De pronto en su interior anidó la tristeza. Estuviera a bordo del avión al día siguiente o no, quizá fuera la última noche que pasaban juntos.

—Es tan acogedor esto...

No pudo contenerse. Había un árbol de Navidad encendido, un fuego en la chimenea... Y Oliver.

—¿En qué más piensas?

Se acurrucó contra él.

—En muchas cosas —pero regresó a la discusión—. Una mujer tiene más posibilidades de hacer que Miles hable.

Oliver se mordisqueó el labio con gesto pensativo.

—Tienes razón. Podemos enviar a una agente. La prepararemos para que se comporte como una azafata.

—Ser azafata no es tan fácil como parece —replicó—. Sé que suena gracioso —continuó a la defensiva—, pero un observador entrenado podría notar si una azafata parece fuera de lugar. Además, como tú has dicho, Miles podría reconocer a uno de los vuestros. Será menos factible que me reconozca a mí disfrazada —añadió, aunque no estaba segura de eso.

Oliver se mesó el pelo y suspiró, claudicando.

—¿Llevarías un micro? —antes de que pudiera contestar, maldijo en voz baja y la abrazó—. Peg, esa mujer te disparó. De hecho, tienes suerte de estar con vida... —calló mientras le besaba la coronilla. En un suspiró, agregó—: Yo tengo suerte.

Ella alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Sé que estás preocupado, Oliver, pero siento que es lo correcto. Soy yo quien puede ayudar a capturarlo y proporcionarte más pruebas para poder condenarlo.

Él alargó la mano hacia el teléfono.

—Será mejor que llame antes de que se haga más tarde. Ohringer va a necesitar tiempo para arreglar que las autoridades francesas se

reúnan con nosotros al pie del avión.

—¿Nosotros? ¿Significa eso que debería ir?

—Lo que has dicho tiene sentido —alzó el auricular—. Miles podría reconocer a un agente, aunque creo que sería capaz de disfrazarme lo bastante bien como para que no lo hiciera. A ti te ha visto sólo una vez, y no en un contexto personal —suspiró de nuevo—. Con agentes vigilando, y dado el hecho de que la seguridad del aeropuerto es férrea, Miles y Susan no tendrán armas, de modo que no correrás un verdadero peligro...

—De acuerdo —decidió de repente después de marcar el número de Ohringer—. Intentaré convencer al jefe. Creo que tenemos una buena corazonada.

Capítulo 11

¿Dónde estaba Oliver?

Los ojos de Peggy inspeccionaron el largo pasillo, más allá de Susan y Miles, pero el asiento de Oliver seguía vacío. Miró el reloj. Faltaban momentos para que aterrizaran en París. Ohringer había viajado en un vuelo anterior para ayudar a las autoridades francesas a organizarlo todo. Por precaución había permitido que Oliver fuera en el mismo vuelo que ella. De hecho, resultaba irreconocible... Rubio, ojos azules, con gafas y muletas.

Pero ¿adónde había ido? Se llevó una mano temblorosa al pecho y tocó el micro diminuto que le habían pegado a la piel. Un cable bajaba entre sus pechos hasta el estómago, y luego se ceñía a su cintura, acoplado a una grabadora que se activaba por la voz en la base de su columna.

Soltó un suspiro trémulo y esperó que funcionara. Pero podía jurar que Miles la miraba. Con la peluca y el bigote castaños, no se parecía en nada al hombre con el que había salido. Como Oliver, estaba irreconocible. Y ella. Contuvo el impulso de tocarse la peluca. Era de un rubio platino, de pelo lacio y hasta los hombros. Unos mechones caían sobre unas gafas elegantes. Unas lentes de contacto hacían que sus ojos fueran de color avellana y unos implantes en las mejillas, que no resultaban tan incómodos como había imaginado, modificaban el contorno de su cara. En un espejo, jamás se habría reconocido. Al darse cuenta de que contenía el aliento, lo soltó despacio. La sensación de que Miles la observaba tenía que ser producto de su imaginación...

¿Debería entrar en acción ya e insinuársele? Había querido hacerlo horas atrás, pero ningún momento le había parecido el adecuado. O estaba demasiado asustada. Se humedeció los labios reseco, preguntándose qué la había impulsado a lanzarse a esa aventura. ¿Y si no volvía a ver a su madre ni a la tía Jill?

Sintió el corazón en un puño y el deseo de llorar le agujoneó los ojos. Si las personas que la querían pudieran verla en ese momento, se morirían de preocupación. Oliver no había querido que lo hiciera. Cuando le explicó que ninguna literatura podía prepararla para la acción real, había parecido tan preocupado que no había dudado de que ella le importaba.

Y tenía razón. Ser una aficionada a la criminología no significaba que pudiera defenderse en una crisis de verdad. Lo había descubierto en cuanto Susan Jones saltó de la cama para dispararle.

Iba sentada al lado de Miles. Sabía que ninguno habría podido subir a bordo con un arma, pero seguía preocupada.

Pero tenía que continuar. sólo ella conocía la verdad. Era la única que podía conseguir que Miles hablara. Al pensar en lo que Oliver podría oír en la cinta, se encogió por dentro.

Sin embargo, quizá ya no importara. Miles y Susan eran delincuentes. Su lugar estaba en la cárcel. Y ella disponía de la mejor oportunidad para lograr una confesión.

Miles seguía mirándola como si pudiera ver más allá del disfraz. ¡Era perturbador! Vio que le susurraba algo a Susan, quien dio la impresión de que todo iba bien.

El corazón se le desbocó cuando él se puso de pie y avanzó hacia ella. Se le formaron unas gotas de sudor en el labio superior al mirar entre los asientos de primera y la cabina. Cerró la cortina, para impedir que los pasajeros de primera pudieran presenciar el intercambio que mantendría con Miles.

A través de un resquicio entre la cortina, siguió buscando a Oliver con la vista. ¿Y si empezaba a hablar con Miles y él no lo escuchaba?

Se pasó las palmas sudorosas por el uniforme azul mientras Miles se acercaba.

—Peggy —susurró para sí—. Tranquilízate. Haz lo que se supone que tienes que hacer.

Era su gran oportunidad de darle a Miles McLaughlin lo que se merecía.

Se escuchó el sonido que indicaba que los pasajeros debían retornar a sus asientos, pero Miles no le prestó atención. Peggy echó la mano atrás y abrió la puerta del lavabo. Lo tentaría a entrar con ella para disponer de más intimidad. Si un pasajero los interrumpía, quizá no lograra sonsacarle la confesión.

«Olvida el plan que trazaste con Oliver. No te molestes en fingir que eres una azafata que no conoce, que quiere seducirlo. Lánzate a tumba abierta. Usa el perfil trazado por Oliver. Desafía su ego».

Lo tenía a medio metro.

—Eh, Miles —comenzó, mirando al hombre que apenas reconocía con bigote y peluca—. Apuesto que ni siquiera me recono...

Unos nudillos en el plexo solar la levantaron en el aire y la lanzaron hacia atrás. Aterrizó en el mueble de la comida, llevándose la mano al pecho, convencida de que el cable se había soltado. Intentó incorporarse, pero Miles plantó el tacón en la punta de su zapato.

—¡Para! —logró exclamar—. ¿Qué ha...?

La mano de Miles se cerró en torno a su cuello y la levantó. Sufrió una arcada. La puerta se había cerrado detrás de él. Lo vio extender una cinta adhesiva de un rollo surgido como por arte de magia. Se la pasó por las muñecas para atarla.

—¿Qué haces? —jadeó con voz ronca.

—¿De verdad pensaste que no te iba a reconocer? —rugió.

Oliver se apoyó en una pared cerca de los lavabos de la zona turista. Estaba más tranquilo. Cerca del asiento que acababa de dejar,

un bebé había estado llorando. Movi6 la cabeza irritado. Había querido mantener a Peggy a la vista, pero no podía oír por encima del llanto del bebé. Además, ella había cerrado la cortina.

Acomodó el receptor metálico que llevaba en la oreja, pero algo iba mal. ¿Se le habría soltado el micro? Habría jurado que había oído hablar a Miles.

Se preguntó si Peggy estaría sudando y si la transpiración habría entrado en el transmisor. Las palabras sonaban aisladas:

—...Pensaste que era... Estupendo, no... La gran aficionada a los polis... Y no haría...

Oliver maldijo. ¡Era enloquecedor! Jamás debería haber dejado que Peggy lo convenciera de usarla como cebo, pero ¿cómo podía negarle algo a una mujer que le había robado el corazón? Ya no podía hacer nada. Sólo sabía que no quería vivir sin ella, no más de lo que quería dejarla con un maníaco.

Volvió a tocarse el auricular. Pasado un momento, oyó un tarareo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Miles entonaba la antigua canción de *Buddy Holly, Peggy Sue*.

Cuando habló, las palabras continuaron desordenadas.

—...No querías... Cama conmigo. No podías... ¿Verdad, Peggy?

La voz de Peggy sonaba ronca, como si tuviera mal la garganta.

—¿Eso representó una amenaza para tu orgullo masculino?

Una pausa con estática.

—...Sólo te utilizaba.

—¿Me utilizabas y me diste un anillo de compromiso?

—Era falso. Supongo que nunca hiciste que tasarán ese diamante.

Oliver abrió mucho los ojos. ¿Qué estaba sucediendo? El micro transmitía con más claridad. Pero no podía creer lo que oía. ¿Miles y Peggy habían estado prometidos?

¡Todo lo que le había contado ella era mentira! Lo más probable era que no hubiera visto a Miles y a Susan en un vuelo, sino en un entorno más íntimo. De pronto, los fragmentos que con anterioridad

habían estado sueltos encajaron. Sabía que el asesinato no era el modo en que operaba Susan Jones. Sin embargo, los celos podían haber provocado semejante intento.

Una cosa estaba clara. Para Peggy se trataba de algo personal, y él había dejado que sus emociones interfirieran, de modo que no había sido capaz de deducirlo. Movi6 la cabeza, sabiendo que jam6s tendr6a que haberse acostado con una mujer que hab6a recurrido a 6l en busca de ayuda.

Furioso consigo mismo, intent6 controlar la ira que lo invad6a. Tens6 el cuerpo mientras esperaba a que alguien volviera a hablar. El sonido a6n era incoherente.

—Menos mal que no... Sexo con... —era Peggy.

Adivin6 que eso significaba que no se hab6a acostado con Miles, y sinti6 una marejada de alivio. No era que le importara. Si se hubiera acostado con 6l, lo habr6a hecho por haber sido conquistada por un hombre que se enorgullec6a de herir a las mujeres. A los narcisistas les gustaba usar a la gente. Ni siquiera los profesionales, entrenados para descubrir a los mentirosos, pod6an ver a trav6s de ellos. Pero ¿por qu6 le hab6a mentido Peggy?

De pronto, la voz de ella son6 clara.

—Te acostabas con Susan Jones, ¿lo has olvidado? ¿Y qu6 me dices de la base de datos? ¿De verdad pegaste mi foto a su historial?

Miles ri6.

—S6. Fui inteligente, ¿eh?

—Estupendo —murmur6 Oliver, aturdido a6n por el descubrimiento de que Peggy y Miles se conoc6an.

6l acababa de reconocer que hab6a manipulado ficheros del FBI. Pero no pod6a tolerar que Peggy estuviera atrapada en un espacio reducido con un miserable de esa cala6a. S6lo a6os de entrenamiento lo frenaron de marchar por el pasillo y sacarla de all6.

Eso y el hecho de que quer6a una confesi6n completa. Las autoridades francesas los esperaban y Susan y Miles ser6an

arrestados. El avión había iniciado el descenso.

—¡Vamos! —murmuró—. Di algo...

Pasó otro momento, y luego:

—...La mujer que trató de matarme. Susan Jones. La mujer que está sentada en el 17 B. ¿Sabe que estás aquí conmigo, Miles? —volvía a provocarlo—. ¿No tienes miedo de que trate de matarme otra vez?

Las palabras parecieron sonar en el vacío. El pensamiento de que pudieran tratar de matarla lo dejó helado. No le extrañó que Peggy hubiera tenido aquel aspecto la noche que pasaron en el Washington Square Hotel.

El micro emitió un ruido, y luego:

—Estaba asustada cuando fui a tu casa...

La voz de Peggy se quebró y el corazón le dio un vuelco al darse cuenta de que no era por fallo del micro, sino por la emoción. Le había importado Miles, quizá profundamente. Su instinto le indicó que esa era la razón por la que le había ocultado información; la avergonzaba que la hubiera engañado. Y en ese momento ponía su vida en juego para arreglar las cosas.

—¡Maldito sea su orgullo...! —susurró Oliver, respetándola.

—Salimos tres meses —dijo ella—. Y... Cuando... Te encontré en la cama con una criminal... Yo...

—¿Detestaste vernos a Susan y a mí juntos?

Las palabras de Miles sonaron con claridad. Era evidente que disfrutaba con cada momento. La voz fue más fácil de entender.

—¿Esa es la causa por la que estás a bordo, Peggy? Al principio pensé que le hacías el turno a una de tus compañeras de piso y que te habías disfrazado porque estabas suspendida. Supuse que necesitabas el dinero. Pero ahora... —la voz se perdió un momento, pero al instante se recuperó—. Veo que estás aquí porque quieres recuperarme...

El ego de ese tipo no conocía límites.

Ella jadeó.

—Aquí... Porque quiero verte arrestado. ¡Viste que Susan trató de matarme!

—Claro que lo vi —convino. Transcurrieron tres segundos insoportables y al cabo de un instante, la voz retornó— ...No te deseaba... Pensé que serías de utilidad porque trabajabas en la línea aérea.

—¿De utilidad... Cuando te marcharas con Susan Jones y todo el dinero del último atraco de ella?

—Exacto.

¡La confesión íntegra! ¡Peggy la había conseguido! En el momento en que Oliver dejaba a un lado las muletas que formaban parte de su disfraz y empezaba a correr por el pasillo, una mujer se plantó ante él, bloqueándole el paso. A través del auricular, oyó el jadeo de Peggy.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Un cuchillo.

—¡No puedes tener un cuchillo a bordo!

—Eso es lo bueno de ser un agente de la ley, Peggy Sue. Aprendes a saltarte las leyes.

Entonces, con suavidad, de un modo que le heló la sangre a Oliver, Miles se puso a cantar otra vez la melodía de *Buddy Holly*.

Y lo siguiente que oyó fue el grito de Peggy.

Capítulo 12

¡Todo sucedía demasiado deprisa! Miles le bloqueaba el paso con un cuchillo en la mano. ¿Cómo se había saltado la seguridad del aeropuerto? Peggy sentía que por las venas le corría hielo.

Esquivando la hoja, alzó las manos atadas y las dejó caer sobre el hombro de él, con la esperanza de que el golpe abriera la puerta, pero Miles se había encargado de echar el cerrojo. Entonces levantó la pierna y apuntó a su entepierna. «¡Haz algo!», le gritó la mente.

Él la esquivó y sonrió como si realmente disfrutara con la situación.

—De modo que es así como quiere jugar Peggy Sue —rió—. Bueno, Miles también quiere jugar.

Afilada y letal, la hoja centelleó bajo la luz fluorescente. De repente el avión bajó, haciendo que Miles oscilara. Peggy aguantó el equilibrio y esquivó el acero. Hacía años que volaba. Ladeó el cuerpo hacia la izquierda, luego hacia la derecha, y trató de escapar por debajo de su brazo. El puño de él la pilló de lleno. Una bilis ácida le quemó la garganta. ¿De verdad pensaba matarla? ¿Estaba tan loco? ¿No sabía que lo atraparían?

¿O tenía razón Oliver, y se consideraba tan grande a sus propios ojos, que creía que podría librarse? A medida que el terror se apoderaba de ella, el avión volvió a sacudirse y oyó el sonido de metal cuando el tren de aterrizaje se posó en la pista.

¿Dónde estaba Oliver? ¿Le habría hecho algo antes de dirigirse al lavabo? El corazón se le encogió. ¡Pobre Oliver! No podía perderlo.

Cuando el avión tocó la pista, el impacto los lanzó contra el

lavamanos, Miles acercó el cuchillo y la punta le rozó la mejilla.

Con la visión periférica, Peggy vio el destello metálico muy cerca del ojo. Cuando Miles ladeó la hoja, atravesó la piel. De la herida goteó sangre.

—Por favor... —susurró ella.

Y entonces Oliver surgió de la nada. La fina puerta blanca se abrió y él llenó el marco como un gigante. Al parecer, la había arrancado de sus goznes. Tras una evaluación rápida de la situación, alargó una mano grande y Peggy observó fascinada cómo los dedos largos, esbeltos y artísticos que tan a menudo la habían tocado con pasión suntuosa y exquisita, se cerraban sobre la espalda de la chaqueta deportiva de Miles. Con aparente ausencia de esfuerzo, lo alzó y lo tiró a un lado como si fuera una pieza de basura sin valor.

Entonces, con voz baja y tranquilizadora, como cuando estaban desnudos y abrazados en la cama, le preguntó:

—¿Te ha hecho daño, Peg?

Sin quitarle la vista de encima, ella fue consciente de que el avión se había detenido sin dirigirse hacia la puerta de desembarque. La puerta más próxima a la cabina se había abierto y unas voces autoritarias en francés llenaron la atmósfera mientras unos hombres subían a bordo. Oyó pisadas.

—Soy Ohringer —dijo un hombre detrás de Oliver antes de agarrar a Miles.

—¿Estás herida? —repitió Oliver.

La miraba como si temiera que se hallara en estado de conmoción. Quizá así era. Extrañamente insegura de cómo se sentía una vez pasado el peligro, se llevó un dedo a la mejilla, tocó el pinchazo, retiró la mano y contempló la gota de sangre.

—Un poco —respondió.

—¡Maldita sea! —musitó al tiempo que se adelantaba para tomarle las manos y notar por primera vez que las tenía atadas.

Con los dientes desgarró la cinta adhesiva. En cuanto Peggy

quedó libre, le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Suéltense!

Fue el grito de una mujer... Sin duda de Susan Jones.

Vagamente, Peggy se dio cuenta de que alguien le leía a Miles sus derechos. Pero nada de eso importaba ya. Tenía los brazos alrededor de Oliver y la boca de él descendía. Firme pero suave. Cálida como una manta. Renovadora como una mañana.

Le devolvió el beso y durante ese instante, intentó decirse que no era un beso de despedida.

En el suelo, la situación era caótica. Las autoridades, sin saber con qué iban a encontrarse, habían reunido ambulancias y coches de bomberos. Los pasajeros eran conducidos a autobuses que los transportarían hasta la terminal.

Al pisar la pista, Oliver miró de reojo a Peggy y decidió que aún no era el momento de pedir explicaciones. Quería que ella supiera que su mentira acerca de la relación que había tenido con Miles no era lo más importante... Al menos no para él. Estaba convencido de que ya sabía por qué lo había hecho.

—Vas a tener que pasar por la unidad médica.

—Estoy bien.

Lo dudó, a juzgar por la expresión vidriosa que vio en sus ojos.

—Es mejor que te examinen.

—Lo sé. No me importa. Subiré a uno de los autobuses.

Más adelante, un grupo de policías franceses lo miraba mientras algunos hablaban con Ohringer, a la espera de que se acercara. A Peggy le darían atención médica en el interior de la terminal, y él era el representante del FBI, así que estarían ocupados durante horas.

Cuando uno de ellos agitó la mano en su dirección, reconoció el gesto con un simple asentimiento. Luego, se detuvo y se volvió hacia Peggy.

—Aguarda un segundo, ¿quieres? —le pidió.

—¿Qué sucede? —Peggy frunció el ceño.

«Nada», pensó él. «Todo». La verdad era que no estaba seguro. Aún no. ¿Continuaría Peggy la aventura que tenían? Le pasó una mano por el cuello y lo acarició brevemente antes de quitarle los alfileres que le sujetaban la peluca. La alzó y la guardó en el bolsillo de su abrigo.

—Quiero ver tu pelo —explicó con sencillez.

Con gentileza, pasó los dedos por el cabello, sorprendido al experimentar una aguda punzada de dolor. Su tiempo juntos se había acabado y eso lo dejaba tan frío como la noche francesa.

No cabía duda de que era una mujer de ensueño. Llena de vida y divertida. Al darse cuenta de que ella no se había abotonado el abrigo, bajó los dedos.

—Llevas el abrigo abierto.

—Tengo cosas en el apartamento de Anna —comentó ella de repente, pensando lo mismo que él.

¿Qué iban a hacer a partir de entonces, cuando ella ya podía regresar a su hogar? ¿Iban a permanecer en París? ¿Regresar juntos a Nueva York? ¿Ir a la casa de Anna?

Oliver suponía que la decisión sólo dependía de ella. Peggy sabía lo que él quería. A ella, a ella... A ella. Le acarició el cuello. Pudo ver dónde la había lastimado el otro en su intento por estrangularla.

—Has hecho un gran trabajo —admiraba cómo se había desempeñado. Suspiró—. ¿Dónde estabas realmente cuando ella te disparó?

Peggy respiró hondo.

—En el dormitorio de Miles. Los encontré juntos en la cama — brevemente, le habló de la relación.

—¿Por qué me mentiste? —murmuró—. ¿Por qué no me hablaste de Miles?

—Fue una mentira inofensiva, Oliver —se defendió—. Lo importante es que lo han arrestado. Igual que a Susan Jones.

—Acordamos que ninguna mentira es inofensiva.

—Lo siento —susurró Peggy.

—Las relaciones se cimentan sobre la confianza...

Pero no había confiado en él.

—Al principio me sentí demasiado avergonzada para contártelo. Luego, supe que si lo hacía, no me dejarías participar en el plan para atraparlo.

En eso tenía razón.

—Era demasiado arriesgado.

De haber sabido que Miles y ella habían sido íntimos, habría adivinado que no conseguiría engañarlo con el disfraz.

—Pero al final acabó bien, Oliver.

—¿Sí?

Así como tenía motivos para no confiar en los hombres, la conclusión final era que no había confiado en él. Desde su punto de vista, no era un final de cuento de hadas.

—Los han arrestado.

Pero ese no era el final en que pensaba Oliver. Pensaba en los dos. Y ella había dicho que lo sentía...

—Yo también lo siento, Peg.

Fue consciente de la bocina de un coche, y después de un megáfono. Las autoridades intentaban despejar la pista para que el avión pudiera continuar avanzando hasta la puerta de desembarque.

—¡Usted! —llamó un agente de policía francés—. ¿Es usted del FBI?

Oliver se obligó a dejar de mirar a Peggy.

—Sí.

—La señorita necesita ir con los médicos —indicó en un inglés con marcado acento.

—Sí —corroboró Peggy.

Justo cuando giraba, ella se puso de puntillas y le dio un beso dulce y sentido. Brevemente, sus labios se unieron a la perfección.

Luego, se marchó.

De pronto Oliver sintió como si el corazón fuera a partírsele. Se parecía demasiado a la película *Casablanca*, que Anna le había hecho ver más veces de las que podía recordar. En ese momento, Peggy se parecía a Ingrid Bergman justo antes de subir al avión.

El cuerpo se le puso tenso. Se preguntó si debería ir tras ella. Lo deseaba. Tenía que hacerlo. Sin embargo, había una cosa sobre la que Peggy jamás había mentido... Su intención de marcharse. No confiaba en su instinto. No confiaba en los hombres. O en él. Y como psicólogo, sabía que semejante relación no podía funcionar, que ella debía sentirse preparada.

O al menos dispuesta a intentarlo.

Se imaginó corriendo tras ella de todos modos, deteniéndola para abrazarla. No obstante, caminaba tan deprisa, con la cabeza baja, protegida contra el viento que se empecinaba en agitarle el pelo, que supuso que era así como quería despedirse.

—Toma —dijo Kiki, que tres días después interpretaba el papel de amable anfitriona. Entró en el salón con una bandeja de bambú llena de refrescos—. Te he traído unas servilletas extra, ¿ves?

—He puesto toda la comida en una bandeja —aclaró Sophie detrás de Kiki—. Espero que os parezca bien. Tenemos berenjenas en salsa de ajo, pollo al limón, gambas fritas y más rollos de primavera que personas.

—Por no mencionar galletas de la fortuna —indicó Isabella.

Juliette suspiró al sentarse en el suelo delante del televisor.

—Deberíamos tener invitados más a menudo —comentó con expresión complacida mientras miraba en torno a la habitación—. Nunca imaginé que nuestro apartamento pudiera ser tan acogedor.

A pesar de tener por los suelos el estado de ánimo, Peggy no pudo evitar sonreír.

—Es acogedor, desde luego.

Después de dejar a Oliver en la pista de París, había subido al

siguiente avión con destino a Estados Unidos. Una fuerte tormenta de nieve había cerrado los aeropuertos, y debido a ello, las cinco mujeres se hallaban por primera vez al mismo tiempo en el apartamento.

Y por supuesto, tenían invitadas.

—Sin duda tuviste un susto de muerte durante ese vía crucis — dijo la tía Jill, acurrucada en un extremo del sofá.

«*vía crucis*» era la palabra que tanto la tía Jill como su madre habían elegido para describir lo que le había pasado.

—Vinimos en cuanto pudimos —agregó su madre.

La tía Jill miró entre las agujas de tejer, Peggy y las noticias en la televisión, antes de añadir:

—Bueno, al principio, cuando Kay Hill dijo que te había visto en el programa *Atrapar A Un Ladrón*, identificada como una delincuente, tu madre y yo nos reímos. Pero luego, cuando Mavis Roebuck y Alyssa Evans dijeron lo mismo en la parroquia, empezamos a preocuparnos. Quiero decir, no creímos que fueras capaz de hacer algo malo, pero...

—Algún hombre podría haberte coaccionado —explicó su madre.

—Y uno lo hizo —señaló la tía Jill.

—Ese espantoso Miles McLaughlin —convino su madre con un escalofrío.

Sentada en el sofá entre su madre y la tía Jill, Peggy sintió que el corazón se le inflamaba de cariño. Cerró momentáneamente los ojos y respiró hondo, sintiéndose contenta por su buena suerte personal. Estaba segura y a salvo. Era querida. Y Oliver...

Por suerte, el presentador cortó sus pensamientos.

—Y ahora nos trasladamos a Nueva York, donde Kate Olsen se encuentra con un hombre al que ha entrevistado muchas veces. Oliver Vargo.

—Esperad, esperad —pidió la tía Jill—. ¡Aquí está! ¡El informe!
Kate Olsen apareció en la pantalla.

—Nos encontramos en directo desde Nueva York, en compañía de Oliver Vargo, el exitoso autor de *Cómo Piensa El Mal* y *Capturar Criminales A La Antigua Usanza*. Sin apenas ayuda, él arrestó a la ladrona de bancos Susan Jones y a su cómplice, el agente del FBI, Miles McLaughlin.

—Bueno lo cierto es que recibí mucha ayuda —corrigió Oliver.

Peggy escuchó a medias mientras enumeraba la contribución realizada por ella y le aseguraba al público que casi todos los agentes, a diferencia de Miles, seguían un camino recto. Mencionó que el ex agente había preparado que Peggy fuera identificada como una delincuente en *Atrapar A Un Ladrón*. Era un delito por el que también iba a ser acusado.

—Entre los cargos contra él —dijo Kate—, también está el de intento de asesinato de Peggy Fox, la mujer que tan admirablemente ayudó a los agentes a conseguir una confesión plena de los acusados. La señorita Fox, anteriormente suspendida —continuó—, vuelve a ocupar su puesto en la línea aérea.

De hecho, la publicidad obtenida por su actuación heroica había reportado a Peggy un aumento de sueldo. Pero ella no estaba segura de permanecer en la compañía. A menudo había aspirado a otra cosa.

Apareció su imagen en la pantalla. Era la misma que la había identificado al principio como Cámeron ante Oliver.

—Estás tan bonita, cariño... —murmuró su madre con orgullo.

Peggy habría sonreído, ya que la verdad era que se parecía mucho a su madre de joven, pero las lágrimas le llenaban los ojos y no confiaba en ser capaz de hablar. Echaba mucho de menos a Oliver.

Al oír el nombre de él, suspiró profundamente y volvió a concentrar toda su atención en la pantalla.

—Oliver Vargo —anunció Kate Olsen para el público—, un héroe de verdad.

—Y Peggy Fox —añadió él con presteza antes de que devolvieran

la conexión a los estudios—, una verdadera heroína.

El hecho de que mencionara su nombre le recordó que él seguía en Nueva York, a un par de manzanas de distancia. En poco tiempo regresaría a la casa que tenía en Quantico. Desaparecería de su vida para siempre...

—¡Qué amable de mencionarte! —alabó su madre—. Y qué atractivo es.

—Y con talento —aprobó la tía Jill—. Escribe libros. Y por el modo en que acaba de hablar de ti, creo que le gustas, Peggy.

Puede que incluso Oliver la hubiera amado. ¿Por qué lo había dejado de esa manera en el aeropuerto? ¿Tanto miedo tenía de probar con un hombre?

—¿Has hablado con él desde el vía crucis? —preguntó su madre.

—Dijo que no —respondió Kiki.

Nadie parecía notar que se hallaba al borde de las lágrimas.

—¡Para ti, Peggy! —exclamó Isabella mientras le ponía un plato lleno en el regazo—. ¿Palillos o tenedor?

—Palillos —respondió su madre por ella—. Mi hija vive peligrosamente.

Cuando bajó la vista a la mano que tenía apoyada en la rodilla, el corazón pareció encogerse en el pecho. Probablemente, no debería llevar puesto ese albornoz. Oliver se lo había regalado para Navidad. Con sólo mirarlo, parecía transportarla de vuelta al pasado.

—¿No vas a comer, cariño? —inquirió su madre.

—Desde el vía crucis —intervino la tía Jill con voz preocupada—, no ha comido mucho.

—Me muero de hambre —aseguró Peggy.

Pero antes de tocar la cena, abrió una galleta de la fortuna. La partió en dos y sacó el papel que había dentro. *No te mientas en el amor*, leyó.

Epílogo

—Ollie, ¿serías tan amable de contarme qué pasa?

La voz de Anna llegó algo distorsionada por el teléfono móvil.

—Nada.

Miraba entre los árboles, preguntándose si de verdad había oído el ruido de la puerta de un coche al cerrarse. Lo único que vio fue el cachorro de setter irlandés que había comprado el día anterior. El animal corría en círculos alrededor del único cerezo silvestre que había en el patio. Casi todos los árboles eran sicómoros, robles y fresnos. Sin embargo, había suficientes plantas como para ocultarle el camino.

—¿Ollie? ¿Me estás escuchando?

—¿Eh?

—¿Lo ves? —acusó Anna—. Algo no va bien, hermano. Según lo que me estás contando, te encuentras en el exterior. Y con esta nevada... —indicó—. Vic y yo saldremos para Quantico ahora mismo. Pasaremos la noche contigo y recibiremos juntos el año nuevo.

—Tenéis planes. Una gran fiesta, ¿lo has olvidado?

—Lo sé —pareció rota por la duda—. Pero me tienes preocupada.

—No lo estés —la tranquilizó—. Esta noche pienso darme un gran beso.

—Vic y yo haremos las maletas ahora mismo —juró Anna—. ¿Quieres algo?

—Puede que esta no sea la mejor noche para que vengáis.

—Es esa mujer, ¿verdad? —sonó dolida—. ¿La que tomaste por Cámeron?

—Sí —no vio ningún motivo para mentir—. Claro.

—Vic y yo vamos para allá —repitió—. Podemos estar allí en un par de horas, hermano.

—Esta noche no.

—¡Pero es Nochevieja!

Lo último que necesitaba era tener a una pareja que acababa de prometerse en su casa. No, no quería ver nada de eso... Los besos, las miradas llenas de promesas y mensajes secretos...

—¿Por qué no la llamas? —instó Anna.

—¿Porque estoy hablando contigo?

—Si colgamos, ¿la llamarás?

—Quizá... No.

—Oliver... —gimió—. Eres mayor que yo, y yo ya me he prometido.

—¿Y?

—Que creo que el primogénito debería casarse primero —respondió—. Así es como se supone que debe ser —de pronto jadeó—. ¡Oh, Ollie! Lo siento, pero tengo que colgar. Vic va a llegar de un momento a otro y le prometí tener algo preparado para cenar. Piensa en lo que hemos hablado y si nos permites ir a visitarte, hermano, puedes llamarme en quince minutos. ¿De acuerdo? Tú nos importas más que la fiesta a la que se supone que hemos de ir.

Oliver no pudo evitar reír, pero en cuanto se despidieron, cortó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo de detrás de los vaqueros, sintiéndose extrañamente abandonado. Hablar con su hermana, a pesar de que parecía embobada, era mejor que no hablar con nadie.

Al menos en dos días tenía que regresar al trabajo. Los arrestos de Susan y Miles habían puesto todo patas arriba, de modo que el papeleo lo mantendría ocupado. En especial después de que la ridícula política promovida por Miles de conseguir un FBI sin papeles se hubiera cancelado. Kevin Hall había sido ascendido, lo

cual era bueno. Resultó que hacía tiempo que sospechaba de Miles. Se había acercado a éste para documentar sus cuestionables prácticas, algo que ayudaría a sustentar las condenas.

Suspiró, se levantó el cuello de la chaqueta de lana y con la vista buscó al cachorro.

Fue en ese momento cuando la vio.

Se hallaba delante de un árbol cubierto de nieve, a unos treinta pasos de distancia, con un abrigo rojo, largo, que nunca antes le había visto, y un gorro a juego. Llevaba falda y unas botas que le llegaban a las rodillas. Vestida de rojo, con el árbol a su espalda, parecía la viva representación de la Navidad. El setter irlandés, al que todavía no le había dado un nombre, corría en círculos alrededor de Peggy.

Oliver no se movió. No podía. Y durante unos momentos, incluso llegó a dudar de su cordura. Demasiadas veces había perseguido la aparición de esa mujer por las calles de Manhattan, y en ese momento no podía terminar de creer que Peggy Fox estuviera allí.

Con la cabeza indicó el árbol que había detrás de ella.

—Creía que los ángeles se colocaban encima del árbol.

—Algunos ángeles caminan por la tierra.

—Demuéstralo —el corazón se le inflamó al oír su voz. Desde luego, sonaba real—. Quiero ver huellas.

Despacio, Peggy comenzó a caminar hacia él mientras la ligera brisa invernal le alzaba el pelo, recordándole el aspecto que había tenido en el aeropuerto, cuando se despidió de él.

Se preguntó si habría ido sólo para saludarlo.

—No eres una aparición —decidió al tiempo que se erguía—. Siéntate —le indicó una de las sillas.

Ella asintió pero se quedó de pie. Lo miró y eso fue lo único que hizo falta. Una simple mirada y entre ellos pasó una vida entera. Había anhelo, esperanza, vulnerabilidad, necesidad sexual. Oliver le tomó la mano y la sentó en su regazo. La hamaca osciló bajo su peso

y quedó asombrado por el entusiasmo que lo recorrió. Al sentirla, la entrepierna se le contrajo; la piel se le encendió. Quería... No, necesitaba, tomarle la boca y saquearla, pero...

—¿Por qué has vuelto, Peg?

—Por ti. Bésame —susurró ella cuando él le metió los dedos entre su pelo y le quitó el gorro—. Perdóname por huir. Estaba asustada.

Antes de que sus labios se juntaran, Oliver murmuró con voz queda:

—¿Y ya no?

—Claro —repuso Peggy, entre besos que se volvían más lánguidos—. Pero no tanto como para no querer estar contigo.

—Bien —dijo él antes de volver a besarla—. Podemos recibir el año nuevo y quizá bautizar a mi nuevo amigo.

—Creía que yo era tu nueva amiga.

—Lo eres...

Sólo podía mirarla a la cara y casi no creía lo que veía. Era tan arrebatadora... Las mejillas acaloradas eran del color de las rosas y suaves como el terciopelo. Introdujo la mano entre ambos y desabotonó los abrigos.

—De esta manera —explicó—, podemos estar en los brazos del otro y usar ambos abrigos como mantas.

—Suena acogedor, Oliver.

Él asintió, con el corazón martilleándole en el pecho. Mientras le acariciaba la espalda, comenzó a palpar detrás de la cremallera de los vaqueros, de forma insistente, y la sensación fue tan intensa que casi resultaba dolorosa.

—Te he echado de menos —jadeó Peggy.

Oliver supuso que llegaría el momento de hablar largamente sobre su relación. Pero en ese instante, lo importante era que ella había regresado a sus brazos. Y a su cama. O al menos a su hamaca. Profundizó el beso cuando sintió que los pezones se endurecían contra su pecho.

—Puedo hacer algo acerca de eso —aseguró.

Ella sonreía.

—Por eso vine a pasar la Nochevieja. Para que pudieras hacer justo eso, Oliver.

No necesitó más razones. Verla del otro lado del patio lo había excitado tanto que quería explotar. Con un jadeo, bajó la mano y la amoldó al redondeado trasero. Flexionó los dedos y la pegó a él, arqueándose mientras lo hacía.

—Vayamos dentro, Oliver.

—No quiero perder tanto tiempo.

Ella rió encantada.

—Eh... Creo que será lo mejor. No me gustaría que tu... —con delicadeza, calló—. Ya sabes... Que se te congele y se te caiga. Me entiendes, ¿no?

—¿Con lo encendido que estoy? —Oliver rió entre dientes mientras le subía la falda—. En absoluto, cariño.

Mientras introducía una mano entre sus piernas, ella emitió un gemido suave. Estaba ardiente al tacto. Y tan mojada que había empapado las medias y las braguitas.

Tiró del material para probarlo, realizó un movimiento seco y lo desgarró. Cuando ella se dio cuenta de que había abierto un agujero, era demasiado tarde para protestar.

Aunque tampoco lo habría hecho.

—¡Qué animal! —susurró, complacida.

A pesar de lo mucho que la deseaba, Oliver rió.

Con un movimiento veloz, se ocupó de la cremallera para bajarse los vaqueros y después los calzoncillos; luego, la instó a sentarse a horcajadas sobre él. Ninguno volvió a pensar que estaban en el exterior. O a una temperatura bajo cero. El calor que emanaban sus cuerpos era demasiado intenso, la fricción que creaban demasiado ardiente y jubilosa.

Casi habían llegado al precipicio, jadeando y riendo juntos con el

placer absoluto que les brindaba lo que hacían, cuando los ojos de él se pusieron serios.

—Prométeme una cosa... —murmuró.

—Lo que quieras, Ollie.

—Se acabaron las mentiras —ella aceptó con un movimiento de cabeza—. Y no volverás a desaparecer.

—Nunca —susurró Peggy a medida que el momento sexual se aproximaba a la culminación.

Temblando, descendió por toda la extensión de Oliver... Hasta que el espacio entre ellos se desvaneció y realmente fueron una sola persona.

—Jamás —murmuró—. Nunca más, Oliver.

Fin